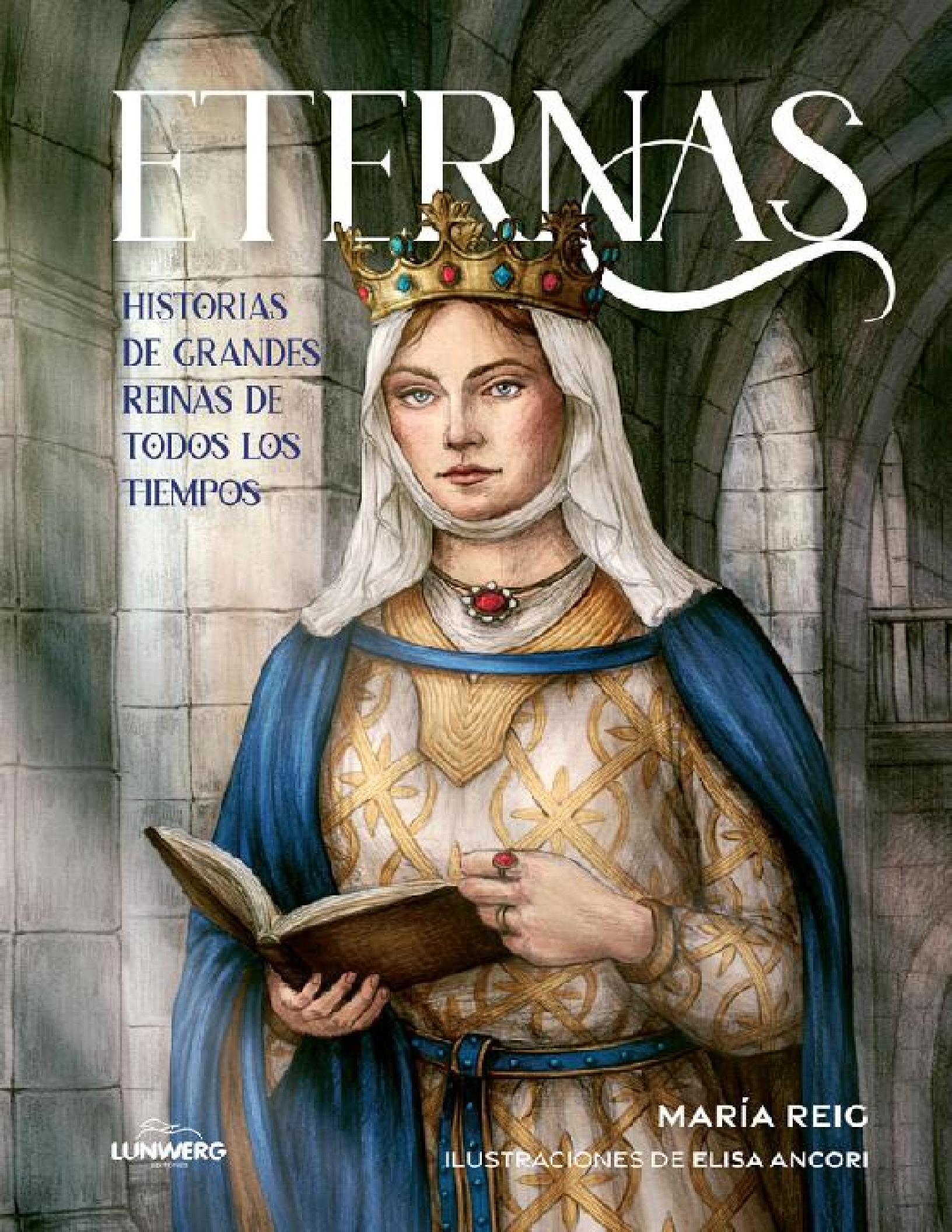

ETERNAS
HISTORIAS DE GRANDES REINAS DE TODOS LOS TIEMPOS
MARÍA REIG
ILUSTRACIONES DE ELISA ANCORI
LUNWERG

Índice

PORTADA
PORTADILLA
PRÓLOGO
CLEOPATRA (69-30 a. c.)
JULIA DOMNA (c. 170/174-217 d. c.)
TEODORA (497/500-548)
LEONOR DE AQUITANIA (c. 1122-1204)
ISABEL LA CATÓLICA (1451-1504)
CRISTINA DE SUECIA (1626-1689)
CATALINA LA GRANDE (1729-1796)
MARÍA ANTONIETA (1755-1793)
SISI (1837-1898)
BIBLIOGRAFÍA
CRÉDITOS

ETERNAS

HISTORIAS DE GRANDES REINAS DE TODOS LOS TIEMPOS

María Reig
Ilustraciones de Elisa Ancori

LUNWERG
EDITORES

PRÓLOGO

A lo largo de la historia de lo que hoy conocemos como Occidente han existido mujeres que han dejado una huella imborrable. Aunque la mayoría de las vidas se nos escapan en la amnesia que deja la falta de documentación, la recuperación de figuras femeninas que han ostentado lugares de privilegio y, por ende, han sobrevivido al olvido, es una manera de completar un relato que lleva siglos escrito a medias. Este proyecto es un intento de rescatar a nueve mujeres de las garras de la condescendencia o infantilización y de la propaganda misógina que suele poner excesivo celo en su vida sexual. Para lograrlo, he utilizado fuentes académicas de historiadores avalados en su especialidad, trabajos actualizados que buscan revisar con rigor estas figuras para darles el lugar que merecen (ni más ni menos).

Estas nueve reinas existieron en el universo que ha ido nutriendo la historia europea. Desde Cleopatra, última reina helenística, el último coletazo de la aclamada cultura griega, hasta Sisi, cuya vida tiene ecos que llegan hasta la Primera Guerra Mundial. Cada una de estas reinas nos permite conocer, aunque sea de forma breve y siempre desde el punto de vista de las élites a las que pertenecieron, la realidad de cada una de las épocas. Viajamos así por ese Mediterráneo a punto de ser integrado en el inconmensurable Imperio romano, somos testigos de su esplendor y declive; atravesamos tiempos de cruzadas y vasallaje, con las primeras catedrales góticas alzándose al cielo; continuamos hacia la época del

humanismo y los descubrimientos, alcanzamos tiempos de pugna religiosa, de reforma, del ocaso de la monarquía hispánica en favor de Francia; nos codeamos con la Ilustración en la lejana Rusia, en los últimos compases de una Europa a punto de cambiar; saboreamos las mieles y sentimos los horrores de la Revolución francesa para terminar en un siglo XIX tan lleno de cambios que Europa dejó de reconocerse a sí misma.

Y en todos y cada uno de estos episodios, nuestras protagonistas aparecen inmortalizadas por el talento de Elisa Ancori, para que podamos imaginar que las miramos a los ojos, mientras su historia se abre con un breve ejercicio de ficción, para que tratemos de empatizar con ellas en unos momentos que las marcaron. Todas ellas son mujeres que no pretenden presentarse aquí de un modo omnipotente ni omnipresente, pues exagerar su poder o influencia también sería invisibilizarlas. Son figuras llenas de luces y sombras, aciertos y tropiezos. Y justo en eso reside su interés histórico: en que, siendo humanas, inmersas en tiempos y lugares de hombres, condicionadas por un relato plagado de desinformación y prejuicios, han logrado trascender y ser ETERNAS.





CLEOPATRA

(69-30 a. c.)

Dejo los párpados caer, abatidos por el sol que abrasa y se refleja en esas aguas que lo ven todo, que lo saben todo. Las velas moradas de mi barco conversan con el viento. Respiro. A lo lejos, lomas de un relieve que, si alguna vez me importó, ya no. Siento la rabia en la garganta. Una frustración que me quema. ¿Quién se ha creído que es para obligarme a permanecer aquí? Ya no es nadie, ... no es nada. Y yo tampoco lo seré si no logro moverme con rapidez. Esta guerra nos debilita cada día. Y yo estoy aquí, sin opciones. No puedo permitirlo. A lo lejos, el rumor de la batalla, de más fuego en balde. Miro alrededor. Sesenta barcos a mi cargo, a la espera de combatir, pero sin posibilidad de regresar a casa antes que esos romanos que solo dan para quitar. La angustia se va tornando en una energía que brota de mi pecho y llega hasta esta boca que muchos desean callar, envenenar con falsedades. Lanzo otro vistazo a las velas. Sí, el viento es propicio. Doy la orden de avanzar. Soy la reina de Egipto, me debo a mi pueblo. Pido a los dioses que me protejan mientras desoigo las órdenes del que ha sido mi compañero en los últimos años. Él ya no es nadie, ... y yo quizás tampoco. Pero no puedo permitir que Octavio llegue antes a Egipto que yo. El barco zarpa y se dirige al centro de la batalla. El rumor se convierte en estruendo. Pero estoy un paso más cerca de casa.

Cleopatra, «gloria de su padre», fue el nombre escogido para la segunda hija del rey de Egipto, Ptolomeo XII. Con ella y los cuatro hermanos que se conocen, Berenice IV, Arsínoe IV, Ptolomeo XIII y Ptolomeo XIV, se sumó una nueva generación a la dinastía de los Ptolomeos, fundada a la muerte de Alejandro Magno por Ptolomeo, uno de los generales que se enfrentaron y repartieron el vasto imperio que el rey macedonio amasó a golpe de conquista militar durante el siglo IV a. C. Así, como Ptolomeo I, el oficial pasó a ser sátrapa y, después, rey de Egipto, territorio dominado por los macedonios desde el 332 a. C. y al que se confirió, entonces, una nueva capital: Alejandría. Al nacer Cleopatra, casi trescientos años después, la ciudad creada por Alejandro Magno había cambiado mucho, pero todavía conservaba las joyas que le habían otorgado Ptolomeo I y Ptolomeo II: la biblioteca, con el *museion* y el *serapeion*, y el faro. Continuaba siendo un importante centro comercial y cultural, con una población de gran diversidad que, tras el fin definitivo del Egipto faraónico, en el siglo VI a. C., había tenido que dar la bienvenida a reyes extranjeros: primero de la mano del Imperio persa y, después, del Ptolemaico o Lágida. No en vano, los restos del gran Alejandro Magno descansaban allí, muestra de que Alejandría era una isla helenística en un mar egipcio.

Mirando al Mediterráneo, casi incluso a las tierras de las que procedía la dinastía ptolemaica que ahora ocupaba el trono —al norte de la península griega— Alejandría pudo advertir el cambio de rumbo de la política regional desde el siglo II a. C. cuando Roma se convirtió en un poder emergente sin freno en unas aguas que terminaría por bautizar como *Mare Nostrum* (nuestro mar).

El mundo de los Ptolomeos era el mundo helenístico. Fue uno de los principales legados de Alejandro Magno quien, a través de su expansionismo, logró dominar los territorios del este del Mediterráneo, Asia occidental y parte de Asia central hasta la India.

Gracias a ello, se produjo un fenómeno de fusión entre la cultura griega clásica predominante en el reino de Macedonia y ciertos elementos de las culturas orientales de las nuevas posesiones anexionadas. Esta mezcolanza cultural, en la que el griego era el idioma de la educación y las élites, los panteones de dioses griegos se unieron a los locales y se fundaron nuevas escuelas filosóficas, sobrevivió a su muerte y a la fragmentación de su reino y llegó hasta Cleopatra, considerada la última reina helenística. Por contrapartida, ese mundo romano cada vez más presente en el Mediterráneo, aunque con sustrato cultural en común y abierto al sincretismo de la región, se había ido construyendo una identidad propia en la que, entre otras cuestiones, la valorada austeridad contrastaba con el gusto por el lujo helenístico.

Sin duda, el romano y el helenístico eran dos universos que, entre los siglos IV y I a. C., estuvieron condenados a convivir y entenderse. Los antecesores de Cleopatra lo sabían y, a medida que la situación en Egipto se tornó más y más crítica debido a los problemas económicos y a la inestabilidad, comprendieron que no era mala idea tener a Roma de aliada e, incluso, de árbitro en sus cuitas internas. Su propio padre se preocupó de mantener los lazos con Roma y, de algún modo, sentó las bases para que el destino de su hija estuviera ligado a ella.

Cleopatra nació a principios del 69 a. C. Su padre, Ptolomeo XII Auletes, había subido al trono diez años antes. Los primeros años del reinado del padre de Cleopatra fueron relativamente tranquilos, pese a que la inestabilidad económica y su falta de popularidad, por derrochador e ilegítimo, eran indiscutibles. De la madre de Cleopatra, nada se sabe, pero parece seguro que no era la mujer-hermana del rey, sino una mujer egipcia desconocida. Tampoco existen registros de la infancia de Cleopatra, pero, a juzgar por las aptitudes demostradas en su adultez, puede deducirse que recibió una completa educación en filosofía, retórica, oratoria y medicina. Así mismo, se sabe que, además de griego, su lengua materna, Cleopatra llegó a hablar egipcio, etíope, troglodita o arameo, entre

otros idiomas. También parece probable que tuviera nociones de la historia de su familia, del mundo griego, de Egipto y de la política de Roma; que aprendiera a cazar y montar a caballo, como miembro de la realeza, y, con el tiempo, a comandar embarcaciones, rasgo distintivo de las reinas helenísticas.

Los años en los que, acompañada de una relativa calma, Cleopatra debió de visitar la biblioteca para avanzar en las lecciones guiadas por su tutor, Filóstrato, terminaron en el 59 a. C. Unos años antes, Roma había empezado a tratar de hacer efectivo el testamento del tío abuelo de Cleopatra, Ptolomeo X, que, en un momento de necesidad de sus intermitentes reinados, había accedido a utilizar Egipto y Chipre como aval de un préstamo para costear las guerras civiles en las que se hallaba inmerso. El padre de Cleopatra, dispuesto a conservar el poder, activó entonces una política de acercamiento a Roma y de sobornos que cristalizaron en un pacto con el cónsul Julio César en el que se le reconoció como rey de Egipto y amigo de Roma. Eso sí, Chipre, donde gobernaba su hermano, fue anexionado a la República. Este acuerdo con la potencia mediterránea que parecía atentar contra el *statu quo* del este no sentó bien a las élites alejandrinas, en las que las facciones a favor y en contra de la amistad con Roma o de la legitimidad del monarca se multiplicaron por doquier. Así, en el 58 a. C., Ptolomeo XII marchó al exilio. Con él se llevó a su hija Cleopatra, de solo once años.

Después de pasar por Atenas, Ptolomeo XII se dirigió a la amiga Roma, en la que esperaba encontrar apoyo para recuperar el trono de Egipto. En su ausencia, el poder recayó en la hermana mayor de Cleopatra, Berenice IV, y en la mujer-hermana de su padre, Cleopatra VI, quien, no obstante, murió al poco tiempo, dejando a su hija como única reina. En Roma, Ptolomeo XII terminó por conseguir ayuda, gracias a Pompeyo, uno de los hombres más poderosos de la República. Esta estaba motivada, en parte, por la cuantiosa deuda que el lágida había contraído con el banquero romano Cayo Rabirio Póstumo y que solo podría devolver si tenía

acceso, como monarca, al tesoro de Egipto. El plan pasó por convencer al gobernador romano de Siria, Aulo Gabinio, de que invadiese Egipto. Entretanto, Berenice IV, se había casado con Arquelao II, sumo sacerdote de la Comana en Capadocia y también protegido de Pompeyo, lo que nos habla de la enrevesada política de alianzas romana en esos tiempos. La expedición de las fuerzas de Gabinio comenzó en la primavera del 55 a. C. Arquelao II cayó en la segunda batalla, por lo que, en poco tiempo, Ptolomeo XII pudo recuperar el poder. Como castigo a la deslealtad, mandó asesinar a su hija Berenice IV y purgó Alejandría de facciones enemigas.

Quizás intuyendo que se había embarcado en la etapa final de su vida, Ptolomeo XII decidió escribir un testamento al poco de restablecerse en el trono. En él concretó que, a su muerte, debían gobernar de forma conjunta el mayor de sus hijos y la mayor de sus hijas de todos los que le sobrevivieran y que Roma, donde envió una copia del escrito, debía ser guardiana. La violenta muerte de su primogénita, Berenice IV, convirtió a Cleopatra en una de las dos partes aludidas. Tanto es así que, en el 52 a. C., la nombró corregente. Fue justo en este momento cuando Cleopatra abandonó las sombras y comenzó a dejar el rastro con el que hoy podemos tejer su historia.

El padre de Cleopatra murió, por causas naturales, a principios del 51 a. C. Aplicando su última voluntad, lo sucedieron Cleopatra y su hermano Ptolomeo XIII, de unos diez años. En la corte, en la que existían diversas facciones, pronto se fueron alineando en torno a un hermano u otro. Por un lado, Cleopatra no tardó en empezar a dar pasos para consolidar su posición, a sabiendas de su delicada situación, por detrás de un mero muchacho. Así, en el mismo año de su ascenso al trono, decidió participar en la ceremonia de sustitución del toro Buchis, cerca de Tebas, que se decía que contenía el alma del dios Amón-Ra, como parte del programa de acercamiento a la religión indígena que tanto valoraba el pueblo en las dinastías de origen extranjero. Por otro, existían voces reticentes a los

movimientos en solitario de la reina, deseosas de que el poder recayera en manos masculinas.

En medio de la tensión creciente por la cuestión dinástica, asunto que llevaba azotando y desestabilizando a los ptolomeos desde hacía generaciones y que probaba que ni los reinados conjuntos de hermanos ni los matrimonios incestuosos eran infalibles, la implicación de algunos hombres de la guarnición que Aulo Gabinio había dejado, tras la guerra, en Alejandría, en el asesinato de los dos hijos del procónsul de Siria, provocó, en el 50 a. C., el primer contacto directo de Cleopatra, como reina, con Roma. Un año después, el hijo de Pompeyo, Cneo Pompeyo el Joven, fue el primer romano en visitar Egipto durante el reinado de Cleopatra. Lo hizo para solicitar apoyo militar en nombre de su padre, enfrascado en su lucha contra Julio César. Cleopatra, que sabía que los movimientos políticos de su padre la convertían en deudora tanto de Pompeyo como de Julio César, terminó accediendo, junto a su hermano, a enviar sesenta barcos y quinientos soldados, entre los que se encontraba la problemática guarnición dejada por Gabinio seis años atrás.

No obstante, la ayuda militar a Pompeyo no fue provechosa para Cleopatra, pues, un año después y sin que se sepan los motivos, este decidió violar el testamento de Ptolomeo XII y nombrar al hermano de Cleopatra, Ptolomeo XIII, gobernador único. Así, la balanza de las tensiones cortesanas se decantó por el niño. Traicionada, pero dispuesta a recuperar el poder, marchó, junto a su hermana Arsínoe IV, a Tebas y, después, a Siria, donde se aplicó en reunir un ejército. Mientras tanto, la guerra entre Pompeyo y Julio César continuaba. Era el verano del 48 a. C. Pompeyo, derrotado en la batalla de Farsalia, en Grecia, huyó a Alejandría, donde esperaba hallar refugio gracias a Ptolomeo XIII, al que él mismo acababa de ayudar a convertirse en rey único de Egipto. Sin embargo, el joven monarca, influenciado por sus consejeros, optó por tender una trampa al romano. Pompeyo murió asesinado en Pelusio, tierra egipcia, tras recibir una carta en la que Ptolomeo XIII fingía estar

dispuesto a ayudarlo. Julio César llegó poco después, siguiendo el rastro de su némesis.

Muerto su principal enemigo, Julio César pudo tomarse un momento para tratar de mediar en la compleja situación de Egipto y restaurar la voluntad del padre de Cleopatra, de la que Roma era albacea. Ella, que había conseguido reunir fuerzas suficientes para enfrentarse a su hermano y a los partidarios de este, se resistió a las primeras llamadas de Julio César invitándola a encontrarse con su hermano en su presencia y desbloquear la coyuntura por la vía diplomática. Sin embargo, tras enviar a varios representantes, Cleopatra regresó a Alejandría. Mucho se ha elucubrado sobre el primer encuentro de Cleopatra y Julio César, del que no se tienen datos. Se dice que César quedó asombrado con ella y, quizás es cierto, pues no debemos olvidar que Cleopatra era una joven de veinte años y él un hombre de cincuenta y dos. En cualquier caso, Julio César planteó que se volviera al gobierno conjunto estipulado por Ptolomeo XII. Esto no gustó a los partidarios de Ptolomeo XIII, a los que se terminó uniendo también Arsínoe IV, que enseguida acusaron al romano de estar del lado de Cleopatra. Pese a los intentos de César, la guerra terminó estallando.

La llamada guerra de Alejandría se extendió varios meses hasta inicios del 47 a. C. Uno de los efectos que tuvo fue un importante incendio que asoló la ciudad tras la quema de unos barcos egipcios por parte de las fuerzas de Julio César y que afectó a la biblioteca. Durante la contienda, el jovencísimo Ptolomeo XIII cayó en batalla y Arsínoe IV fue capturada. No se conoce registro de la participación de Cleopatra. Julio César, victorioso, pudo, por fin, hacer valer el testamento del padre de Cleopatra. Ella continuaba siendo la hija viva de mayor edad, pero, en cuanto al hijo, el turno pasó a su otro hermano pequeño, Ptolomeo XIV, de doce años. Para evitar más conspiraciones, los hermanos se unieron en matrimonio. Con la situación encauzada, Julio César permaneció unos meses más en Alejandría. Se sabe que llevó a cabo algunas medidas constructivas

en la ciudad. Regresó a Roma en la primavera del 47 a. C., dejando a varias legiones en la capital lágida, al servicio de Cleopatra.

El 23 de junio del 47 a. C., Cleopatra dio a luz a su primer hijo, Ptolomeo César, al que los alejandrinos enseguida pusieron el sobrenombre de «Cesarión». Según manifestó siempre Cleopatra, el hijo era de Julio César, pero el romano jamás reconoció esta paternidad ni hay pruebas en ninguna parte, pese a que todo indique que sí pudo existir una relación personal entre ambos en los meses en los que él estuvo en Alejandría. De cualquier modo, Cleopatra aprovechó el nacimiento de su hijo para seguir nutriendo su programa propagandístico en el que se comenzó a identificar a la reina y a «Cesarión» como Isis y Horus, madre soltera e hijo en el panteón de dioses egipcio.

Aproximadamente un año y medio después, a finales del 46 a. C., Cleopatra y sus hermanos Ptolomeo XIV y Arsínoe IV visitaron Roma, donde se instalaron en la villa de Julio César como amigos de la República. Se desconoce si llevaron a «Cesarión». No fue nada excepcional ni su presencia tuvo mayor relevancia que la de otros reyes orientales, pero, en aquellos tiempos, era evidente que Julio César había quedado impresionado con su estancia en Alejandría, pues había mandado instalar una estatua de Cleopatra en el templo de la Venus Genetrix y planeaba la construcción de una gran biblioteca y de un templo a la diosa egipcia Isis en Roma. Durante esta estancia de carácter diplomático, se consolidó la alianza entre Roma y Egipto y se decidió el destino de Arsínoe IV, a la que Julio César envió al exilio a Éfeso como castigo a su deslealtad. Los hermanos regresaron a Alejandría antes de que terminara el año, pero, a principios del 44 a. C., se sabe que Cleopatra volvió a Roma, aunque se desconocen los motivos exactos.

Así, la reina de Egipto se encontraba en la ciudad el día en que Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, entre otros conjurados, asesinaron a Julio César en el Senado. Los detractores de Julio César no veían con buenos ojos el nivel de poder que estaba alcanzando —había sido nombrado dictador vitalicio en febrero del 44 a. C.—, pues

en la República, establecida en el siglo VI a. C. tras un periodo de monarquía, no podía existir ninguna figura que se asemejase a la de un rey. No debió de ser sencillo para Cleopatra reaccionar a este giro de los acontecimientos del 15 de marzo del 44 a. C., «los idus de marzo», pero se sabe que no abandonó la ciudad inmediatamente. Esto demuestra que su amistad con Roma no estaba supeditada de forma exclusiva a Julio César. Sin embargo, los comentarios de Cicerón dejan patente que, en general, no gustaba la presencia de la reina extranjera. En esas semanas de máxima tensión, Cleopatra pudo querer confirmar si existía reconocimiento de «Cesarión» en el testamento de Julio César, pero no hubo mención alguna. El dictador había muerto sin descendencia directa. Así, la facción que apoyaba a Julio César recurrió a su sobrino-nieto e hijo adoptivo en el testamento. Octavio, para que heredara el poder. Parece ser que Cleopatra y Octavio, enemigos en la eternidad, no llegaron a coincidir en Roma, pues cuando este llegó, la reina egipcia ya se había marchado, rumbo a casa.

En Alejandría, Cleopatra se movió con rapidez. Aunque no se sabe si tuvo implicación directa, su hermano, Ptolomeo XIV, murió envenenado, lo que permitió que ella tomara las riendas de la cuestión sucesoria. De todos los hijos de Ptolomeo XII, solo quedaban vivas dos hijas: Cleopatra y Arsínoe IV, exiliada. Así, Cleopatra, ante la imposibilidad de seguir aplicando la voluntad de su padre, pudo nombrar rey a su hijo «Cesarión», como Ptolomeo XV. Llevaba desarrollando la narrativa Isis-Horus desde hacía tres años, por lo que el pueblo aceptó y legitimó esta nueva combinación en el gobierno que garantizaba la anhelada continuidad y la estabilidad. Entretanto, la situación en Roma desembocó en una guerra civil en la que se enfrentaron los partidarios de Julio César —liderados bajo un triunvirato formado por Marco Antonio, su mano derecha y heredero político, Octavio, su sobrino-nieto, y Marco Emilio Lépido, otro de sus aliados— y sus detractores, encabezados por Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino. Cleopatra mostró cierta ambigüedad en este punto, pues, aunque finalmente solo ayudó al

bando del César, al que asistió con su propia flota comandada por ella misma en la costa occidental de Grecia, mantuvo comunicación con ambas partes.

La contienda se decidió en la batalla de Filipos, en el 42 a. C., de la que Marco Antonio y Octavio salieron victoriosos. Tras esta, optaron por mantener la fórmula del triunvirato y repartirse el gobierno entre los dos por un periodo de cinco años. Octavio se estableció en el oeste y Marco Antonio, en el este. Lépido, por su parte, quedó excluido, por lo pronto, por su supuesta cercanía con uno de los principales opositores del triunvirato, Sexto Pompeyo, y por no haber participado directamente en la guerra. Más adelante, con su fidelidad probada, se le otorgó el control de África. Así, Marco Antonio, militar condecorado, recibió, con los territorios, la responsabilidad de asegurar la gobernabilidad de las provincias orientales, reducir las inestabilidades de la región y encargarse de la sempiterna campaña contra los partos, compleja expedición hacia tierras de Asia central que no dejaba de posponerse. En ese mapa estratégico, una de las piezas más relevantes era Egipto, con el que era recomendable mantener la alianza. Esto explica que Marco Antonio llamara a Cleopatra a Tarso en el verano del 41 a. C.

Al principio, la reina, en una pugna por el estatus, fue reticente y obvió las cartas en las que se le solicitaba reunirse con Marco Antonio en la que era la capital de la provincia romana de Cilicia, en Anatolia. El triunviro debió enviar a su mano derecha en persona para que Cleopatra aceptara. La reunión en Tarso es uno de los episodios más emblemáticos de la vida de Cleopatra y de la Historia Antigua. Fue un despliegue de poder de dos potencias dispuestas a calibrar su amistad, cuyos representantes se identificaron con dioses. Del lado de Cleopatra, destacó el desfile de lujo, tan habitual en las monarquías helenísticas. El encuentro de ambos líderes fue bastante fructífero y, entre otras cuestiones, permitió que Cleopatra explicara el malentendido que había surgido con respecto a sus afinidades durante la guerra al caer algunas de las legiones que

había proporcionado al bando de los defensores de César en manos de Cayo Casio Longino.

De las negociaciones con las que renovaron la alianza y, por tanto, el apoyo de Egipto a esa nueva Roma del triunvirato —y, por tanto, la posibilidad de aprovechar su posición estratégica y sus recursos— emanaron tres peticiones de Cleopatra con objeto de asegurar su poder. Por un lado, el asesinato de su hermana exiliada Arsínoe IV, la única que podía atentar contra su permanencia en el trono. Por otro, el asesinato de un tipo que decía ser su fallecido hermano Ptolomeo XIII, arguyendo que, en realidad, no había muerto en la guerra de Alejandría. Y, por último, la detención del gobernador de Chipre, Serapion, considerado un traidor por haber enviado barcos al bando de Casio sin el consentimiento de la reina, lo que hizo que esta sospechara que, quizás, conspiraba a favor de su hermana Arsínoe IV. Marco Antonio las aceptó. La reina, antes de abandonar Tarso, invitó a Marco Antonio a Alejandría. El triunviro le tomó la palabra y se presentó allí ese mismo otoño.

Marco Antonio permaneció en Alejandría desde el otoño del 41 a. C. hasta la primavera del 40 a. C. El pueblo lo recibió con los brazos abiertos, pues llegó en calidad de ciudadano, no de militar, dispuesto a disfrutar de un retiro ocioso durante los meses fríos en los que no había activa ninguna campaña. En ese tiempo, y prueba de la relación personal existente entre ellos, Cleopatra se quedó embarazada. Sin embargo, Marco Antonio debió partir hacia Siria para sofocar una revuelta antes de que diera a luz. La reina lo apoyó en su expedición con doscientos barcos. Al poco tiempo, nacieron los gemelos Alexander Helios y Cleopatra Selene. Marco Antonio y Cleopatra no volvieron a verse en tres años.

Aunque las fuentes se silencian en los años coincidentes con los embarazos y crianzas, se sabe que, en torno al año 40 a. C., Egipto vivió instantes de tensión ante la ausencia de crecidas del Nilo durante dos años consecutivos, lo que debió de tener un efecto catastrófico en la agricultura, que dependía estrechamente de estas inundaciones periódicas. También que Cleopatra llevó a cabo varios

programas constructivos vinculados con la gestión de las aguas que, no obstante, tendieron a limitarse a la ciudad de Alejandría, a cuyas élites debía mantener contentas, lo que no ayudó en la crisis de los cultivos y la consiguiente carestía con la que debió lidiar en su reinado. Así mismo, dentro de su plan urbanístico, construyó un palacio en una isla de la zona norte de Alejandría y creó varios centros culturales. Y, tal y como había hecho desde su ascenso al trono, se preocupó por mantener el contacto con la religión egipcia mediante la construcción de templos y las donaciones. Además de todo ello, y aunque se ha perdido su legado como autora, rasgo exigido en la realeza helenística, se conservan vestigios de lo que parece ser una sola obra, *Cosmetics*, un trabajo sobre Medicina y Farmacología.

Durante el verano del 40 a. C., la vida de Marco Antonio dio un nuevo vuelco. Su mujer, Fulvia, animal político, se enfrentó en Roma a Octavio cuando este solicitó divorciarse de su hija, Claudia, lo que interpretó como una afrenta contra Marco Antonio, ausente. Apoyada por el hermano de Marco Antonio, reunió varias legiones con las que marcharon a la guerra en Perusia. No obstante, Octavio salió vencedor, con lo que Fulvia debió partir al exilio. Marco Antonio se disponía a reunirse con ella cuando Fulvia falleció de forma repentina, lo que aclaró el camino para que los dos triunviros se sentaran a dialogar y a limar asperezas. La renovación de la alianza se selló con el matrimonio de Marco Antonio con la hermana de Octavio, Octavia, con la que se instaló en Atenas y tuvo dos hijas en los siguientes años.

No se sabe con exactitud qué noticias debió de tener Cleopatra sobre Marco Antonio, y viceversa, en los tres años en que no se vieron. Lo único que motivó su reencuentro fue la política, pieza siempre presente en su relación. Así, Marco Antonio, tras renovar el triunvirato con Octavio en el 37 a. C. y hasta el 33 a. C., se decidió a activar los preparativos de la ambiciosa campaña contra los partos, para la que necesitaba el apoyo de su aliado Egipto. Solicitó a Cleopatra que se reuniera con él en Antioquía, en Siria. En esa

negociación, Marco Antonio transfirió a Cleopatra el poder de Celesiria, algunas ciudades de Fenicia y Palestina, buena parte de Cilicia, distritos de Creta y zonas de Arabia. Estos territorios tenían en común la producción de maderas que eran precisas en la construcción de los barcos egipcios que él necesitaba. Por otro lado, este juego de concesiones, nunca a riesgo de atentar contra los intereses de Roma, fue habitual en la política de Marco Antonio, consciente de la necesidad de tener reyes aliados en Oriente. Con todo, la relación personal de Marco Antonio y Cleopatra continuó. Y es que, no solo reconoció a los gemelos Alexander Helios y Cleopatra Selene, sino que la reina marchó de nuevo embarazada.

El tercer hijo de Cleopatra y Marco Antonio, Ptolomeo Philadelphos, nació en el verano del 36 a. C. En ese momento, el triunviro se encontraba en medio de la campaña contra los partos, que se extendió desde primavera hasta otoño. Fue un absoluto desastre. Marco Antonio decidió entonces dirigirse a Alejandría en lugar de a Atenas o Roma durante los meses de invierno y el cese de la actividad militar. Y, cuando llegó el momento de reactivar la campaña, con la llegada de la primavera del 35 a. C., rehusó hacerlo. Poco le importó que su mujer oficial, Octavia, se hubiera implicado en reunir refuerzos. Marco Antonio se había dado por vencido y, con ello, renunció a su vida en Roma. No es de extrañar que el fracaso contra los partos y la cercanía de Marco Antonio con Cleopatra irritara a Octavio, al que se le debieron de unir los motivos personales, pues el otro triunviro no dejaba de ser su cuñado, con los políticos. Es en este momento cuando, con objeto de presentar a su hermana como una víctima, Octavio activó la campaña propagandística contra la pareja, que se endureció un año después, en el 34 a. C., cuando se produjeron las llamadas Donaciones de Alejandría, después de que Marco Antonio invadiera Armenia, capturara a su rey y la convirtiera en provincia romana.

Aunque Marco Antonio, según aseguran algunos historiadores, no dio ningún paso en contra de Roma y todas las cesiones a Cleopatra estuvieron ratificadas por el Senado y respaldadas por la

ley, la extravagante puesta en escena que llevaron a cabo él y Cleopatra, al calor del triunfo sobre Armenia, no gustó a muchos en la República. Aunque las dos principales fuentes existentes no coinciden por completo con el relato, parece ser que se celebró un multitudinario banquete en el *Gymnasium* de Alejandría y que Marco Antonio, Cleopatra, vestida como Isis, y los hijos de ella se aposentaron en tronos de oro. Cleopatra fue proclamada reina de reyes —título procedente del Imperio Persa— y reina de Egipto, Chipre, Libia y Celesiria. «Cesarión», también bajo esa fórmula, fue reconocido como hijo de César por Marco Antonio y declarado gobernador conjunto de su madre. Alexander Helios, gobernador de Armenia, Media y Partia, cuando fuera sometida. Cleopatra Selene, de Creta y Cirene. Ptolomeo Philadelphos, de los territorios en Fenicia, Siria y Cilicia. Y Marco Antonio recibió algunas tierras de Egipto. Algunos historiadores defienden que tales movimientos siempre estuvieron dentro de la hoja de ruta de Marco Antonio con objeto de pacificar y controlar el este del Mediterráneo; otros consideran que aquello sí fue una traición a Roma y una extralimitación de sus poderes. En cualquier caso, el exceso de teatro político lo presentó, ante algunos romanos y gracias a la mano propagandística de Octavio, como una marioneta en manos de la implacable Cleopatra.

Como Marco Antonio no dejaba de ser un general romano condecorado con una familia que continuaba gozando de cierto prestigio en Roma, la estrategia de Octavio fue centrar la narrativa en torno a Cleopatra, una reina extranjera. «Regina meretrix» o «Male Nostrum» fueron algunos de los apelativos con los que se empezó a nombrar a Cleopatra en Roma. El relato que se expandió fue el de *femme fatale*, hechicera y alcohólica capaz de dominar a hombres respetables de la República y hacer que actuasen en su favor, privados de criterio. Un discurso que permeó en las fuentes romanas coetáneas y posteriores que se tradujeron en la Edad Moderna e influenciaron la obra de William Shakespeare, la pintura del siglo XVI y hasta el siglo XIX y el cine, y que solo empezó a

contestarse, a partir de la arqueología, en el siglo xx. Así, solo desde hace unas décadas se ha comenzado a buscar un retrato de la reina de Egipto más allá del aparato propagandístico del que fue el primer emperador de Roma y que logró, entre otras cuestiones, presentar ante el pueblo el conflicto con Marco Antonio, su gran rival, no como otra guerra civil entre romanos, sino como una afrenta contra un enemigo extranjero.

La tensión escaló durante el siguiente año y cuando, en el 33 a. C., llegó el momento de renovar el triunvirato, este se disolvió. Ya no había alianza. Los partidarios de Marco Antonio abandonaron Roma, donde no habían dejado de circular rumores sobre las excentricidades de Cleopatra. Marco Antonio, despojado del poder por el que había hecho y deshecho durante los últimos once años, ya no era garantía de la amistad entre Roma y Egipto, y Cleopatra debió de advertirlo. Era una situación arriesgada. En Roma, Octavio, que no dejaba de presionar al Senado para declarar la guerra a Egipto, decidió robar el testamento de Marco Antonio del templo de Vesta, redactado de nuevo en torno al 32 a. C., y hacerlo público, lo que le sirvió para activar, al fin, la ofensiva contra Cleopatra. Los testamentos de la República de Roma, que habían pasado de orales a escritos a lo largo de los siglos, eran documentos jurídicos que servían para que el testador nombrara a sus herederos. Las vírgenes vestales eran las responsables de guardar las tablillas en el templo. Solo podían extraerse una vez el testador estuviera muerto y por parte de la persona escogida para ello. Sin embargo, Octavio debió de sopesar lo mucho que le convenía cometer el delito.

Así, leyó ante el Senado y la Asamblea las que, según dijo, eran las últimas voluntades de Marco Antonio, entre las que, supuestamente, estaban las cesiones de territorios romanos a los hijos que había tenido con Cleopatra, el reconocimiento de «Cesarión» como hijo de Julio César —lo que era del todo inconveniente para Octavio, considerado su heredero natural— y el deseo de ser enterrado en Alejandría y no en Roma. Aunque, según muchos historiadores, Octavio manipuló el contenido e incluyó

algunas de las disposiciones de las Donaciones de Alejandría, pues estos puntos no tenían sentido ni aplicación según la ley romana, lo cierto es que logró el objetivo de cargar las tintas contra Marco Antonio, quien solo pudo atacar a Octavio acusándole de haber profanado de forma ilegal su testamento. Dispuesto a recuperar el poder y a no dejarse engullir por Octavio, Marco Antonio se había dirigido a Éfeso, Samos y Atenas con objeto de reunir fuerzas para la batalla. Cleopatra lo acompañó y apoyó, aspecto que no fue del agrado de algunos de los partidarios del ex triunviro. Finalmente, la contienda estalló en la primavera del 31 a. C. Aunque Cleopatra y Marco Antonio gozaban de superioridad numérica, Octavio tenía tropas mejor preparadas.

Después de un verano lleno de derrotas para Cleopatra y Marco Antonio, el 2 de septiembre del 31 a. C. se libró la batalla de Accio, en la costa occidental de Grecia. La reina estaba a cargo de sesenta barcos, pero Marco Antonio hizo que se ubicara en una zona del golfo de Ambracia que era poco compatible con marchar a Egipto para defenderlo si todo salía mal. En un momento determinado, Cleopatra optó por desoír las indicaciones del romano y mover su flota a la zona de lucha. Marco Antonio, que reconoció el barco por las características velas moradas, la siguió y abordó su nave para saber qué estaba pasando. Varios barcos de Octavio los siguieron y consiguieron capturar dos. Cleopatra, con Marco Antonio a bordo, continuó camino hacia el cabo Ténaro. La partida de la pareja provocó una serie de deserciones, también motivadas por la presencia de espías de Octavio en las líneas de Cleopatra y Marco Antonio, que terminó por dar la victoria a Octavio, quien pronto controló toda Grecia continental, territorio dominado por Marco Antonio en los años de triunvirato. La propaganda vendió este evento como el triunfo de la civilización contra la barbarie.

De vuelta en Alejandría, Cleopatra trató de contener las noticias sobre la derrota. Marco Antonio intentó buscar refuerzos en Egipto, sin éxito. En los siguientes meses, la pareja empezó a distanciarse, principalmente porque la caída de Marco Antonio dejaba a Cleopatra

en una posición muy delicada si deseaba que Egipto mantuviera su independencia de Roma. La falta de apoyos para luchar y también para huir debió de convencer a la reina de que la única vía era la diplomática, así que empezó a enviar embajadas a Octavio, con objeto de negociar una salida a esa situación. Estas conversaciones fueron del todo infructuosas y, en la primavera del 30 a. C., Octavio empezó a moverse hacia el sur, dispuesto a solventar el asunto de Egipto por la fuerza.

Octavio penetró en tierras egipcias sin mayor dificultad. Al parecer, Cleopatra, quizás todavía esperanzada con una posible solución diplomática, ordenó que no se opusiera resistencia, aspecto con el que Marco Antonio no estuvo de acuerdo. Así, el romano se enfrentó a las fuerzas de Octavio cuando estas llegaron a Alejandría, pero no pudo con ellas y el ejército ptolemaico se disolvió a causa de las deserciones. Ante tal situación, Cleopatra decidió actuar. Se escondió en la tumba que se estaba construyendo para reposar eternamente —habitual en los reyes de la Antigüedad— y envió un mensaje a Marco Antonio anunciando su muerte, esperando que aquello lo llevara a suicidarse. Y así ocurrió. El venerado general romano se apuñaló en el estómago. Para Cleopatra eso pudo suponer una mejor circunstancia para un potencial pacto con Octavio, pero se equivocó.

Cleopatra fue encontrada en la tumba por los partidarios de Octavio y llevada de nuevo al palacio, al que acudió Octavio, triunfante. La reina intentó negociar hasta el último momento: echó la culpa a Marco Antonio, prometió regalos y riquezas. Sin embargo, lo único que consiguió fue que Octavio le perdonase la vida. Cleopatra, que ya había intentado suicidarse ante el empeoramiento de la coyuntura, descubrió, gracias a un espía, que Octavio planeaba llevarla a Roma y exponerla en un triunfo, junto a sus hijos. Ella, reina de reyes, no podía soportar tal indignidad. Así, pese a que existe mucha literatura en torno a su muerte, lo que parece seguro es que, después de visitar la tumba de Marco Antonio, darse un baño y comer, envió un mensaje a Octavio y se encerró, no se sabe

si en la tumba o en sus dependencias en palacio, junto a sus doncellas, Eiras y Charmion. Al recibir el mensaje, Octavio envió a algunos hombres que lograron acceder a la estancia en cuestión y encontraron a las tres sin vida. Aunque la leyenda afirma que fue por la picadura de un áspid, lo cierto es que la causa de la muerte de Cleopatra es un misterio. Lo que sí es cierto es que, el día 10 de agosto del 30 a. C., la vida de la última reina de Egipto llegó a su fin con no más de cuarenta años.

Pese a que el reino pasó a manos de su hijo «Cesarión», este fue asesinado dieciocho días después. El 29 de agosto, por tanto, supuso la liquidación definitiva de esa dinastía ptolemaica que había nacido a la muerte de Alejandro Magno y de la que Cleopatra VII fue su última representante. El Egipto lágida desaparecía en favor de la provincia romana de Egipto.



JULIA DOMNA

(c. 170/174-217 d. c.)

Sangre de mi sangre. No puedo creerlo. El corazón no puede soportarlo. No debe soportarlo. Sangre de mi sangre. Es la que mancha esta túnica, la que brota por mi mano, la que se seca en las heridas de mi hijo. Oigo a lo lejos esa voz, sangre de mi sangre. Las palabras son punzadas a la poca cordura que me queda. Se entremezcla con los recuerdos del pasado, los susurros en el templo de Emesa, las espadas afilándose en el campamento militar, las ruedas chirriantes recorriendo caminos infinitos, una cítara desafinada, las sabias conversaciones que han sido alivio de mis pesares. ¿Podría acaso haberlo evitado? ¿he sido una ingenua? ¿no he estado a la altura? Sangre de mi sangre. Estos ojos que me dieron aliento al verlos por vez primera se apagan sin remedio. Quiero chillar, desgarrarme por completo. No soy capaz de entender qué ha pasado. Miro alrededor, a los guardias que me contemplan e ignoran. Las lágrimas hacen que se me nuble la vista. El corazón sigue latiendo a pesar de que me siento desfallecer por momentos. Necesito gritar. Veo cómo él, sangre de mi sangre, nos observa una última vez y se va. Me mezo, arañando aire a estos marchitos pulmones, sosteniendo el cuerpo, pesado, entre los brazos. No es posible, no ha podido ocurrir lo que creo. ¿Acaso mi hijo me ha utilizado para asesinar a su hermano?

Doscientos años después de que Octavio, el gran enemigo de Cleopatra, lograse proclamarse primer emperador de Roma con la venia del Senado, nació Julia Domna, oriunda de la ciudad de Emesa, en Siria. Como imperio, Roma acababa de alcanzar la máxima extensión de sus fronteras bajo los gobiernos de los emperadores Adriano y Trajano. Así, ese mar Mediterráneo, antaño compartido, ya era enteramente suyo. En el oeste, había llegado hasta Finisterre, el final del mundo. Al norte, además de controlar el sur de la isla de Gran Bretaña con límite en el muro de Adriano, había logrado inmiscuirse en tierras germánicas y había dominado la Dacia —que coincide, más o menos, con las actuales Serbia y Rumanía—, última provincia en conformarse. Al sur, además de todo el litoral norte de África, la incorporación de Egipto a la muerte de Cleopatra había hecho que el poder romano llegase hasta las puertas del actual Sudán. Y, en el este, pese a conservar las ya antiguas provincias de Siria, Palestina o Fenicia, los partos continuaban siendo la piedra en el zapato de los distintos emperadores.



En esa zona oriental del Mediterráneo, también llamada «el levante», existía, como en cada rincón del imperio, una mezcolanza de culturas que se habían ido superponiendo, a través de conquistas

y migraciones, a lo largo del tiempo. En concreto, la provincia romana de Siria, tradicionalmente dividida en pequeños estados, tenía raíces semíticas, mesopotámicas, persas, por su pertenencia al primer Imperio persa durante dos siglos, y greco macedonias, como el Egipto de Cleopatra, debido a que había formado parte, durante dos siglos y medio, del Imperio seléucida, fundado por Seleuco, otro de los generales de Alejandro Magno. Por lo tanto, la vida espiritual de los habitantes de ese territorio, dependiente de Roma desde el siglo I a. C., estaba conformada por el poso que habían ido dejando las distintas civilizaciones de las que había dependido. Así, entre las deidades veneradas en Emesa a finales del siglo II d. C., lugar y momento en que nació Julia Domna, estaba Elah-Gabal (heliogábalos) o dios del sol, que se cree que era una adaptación local del dios semítico Baal. El culto a Baal llevaba rondandoporlazona norte del llamado país de Canaán, es decir, Siria y Fenicia, desde el II milenio a. C. —en la zona sur, los hebreos terminaron evolucionando, en el I milenio a. C., al monoteísmo en torno al dios Yahvé—. Se trataba de una adoración de gran antigüedad e importancia, que había subsistido a los envites del destino. En Emesa, además, existía un rico templo en el que se rendía culto a una piedra cónica de color negro que representaba a ese dios. El paso de los greco macedonios y, por tanto, su pertenencia al mundo helenístico, había dejado impronta en la leyenda en torno a esa piedra, pues se había empezado a decir que había sido el dios Zeus el que la había llevado hasta allí.

Aquellos que se dirigían a Emesa, en torno al 170 d. C., lo hacían principalmente por motivaciones espirituales, pues el templo era famoso en toda la región y, de hecho, se cree que pudo ser el germen de la aparición del primer asentamiento. No en vano, esa ciudad, de origen desconocido y a orillas del río Orontes, disponía de una llanura fértil en la que se cultivaban cereales, vid y hortalizas y, además, se encontraba, como toda la provincia de Siria, en un cruce de vías de comunicación. Pero, de cualquier modo, regresemos a ese templo de la piedra negra, pues su sacerdote principal, en la

segunda mitad del sigloII d. C., no era otro que Julio Bassiano, el padre de Julia Domna. Julio Bassiano aseguraba ser descendiente del rey Sampsigeramus, perteneciente a una dinastía de origen árabe y que había reinado en Emesa durante los años en los que Siria había pasado a depender de Roma. Se cree que fueron, precisamente, las buenas relaciones de esta familia con la República lo que propició que se les concediera la ciudadanía romana —algo no muy habitual en Emesa— y el nomen «Julio». El *cognomen*, Bassiano, se cree que hace referencia a esa función sacerdotal. Una vez más, no hay rastro de la madre. Pero se sabe que Julio Bassiano tuvo dos hijas entre los años 170 y 174 d. C.: Julia Mesa (se considera que significa «caminar con paso danzante») y Julia Domna (cuyo *cognomen*hace referencia al color negro, tan relevante en el culto de Emesa).

Las fuentes no han dejado constancia de la infancia de Domna. Quizás, pese a saber que tendría un futuro asegurado al ser la hija de un hombre bien posicionado en la élite de Emesa, nada podía augurar la magnitud de su destino. La deducción de los historiadores es que, como hijas del sacerdote de Emesa, Mesa y Domna recibieron una buena educación en la que perfeccionaron la que era su lengua materna, el griego, herencia del helenismo en la parte oriental del imperio. También filosofía, misticismo y ascetismo. Sí se sabe, no obstante, que, coincidiendo con esos primeros años de vida de Domna, el que sería su futuro marido, Septimio Severo, nacido en el 145 d. C., estuvo destinado en Siria como legado de la IV Legión Escítica. Se cree que las obligaciones derivadas de su posición, así como su inclinación hacia las religiones astrales —procedía de Leptis Magna, en la actual Libia, y tenía raíces semíticas— pudieron llevar a que visitara Emesa y estableciera contactos con la élite local, en la que, sin duda, el padre de Domna tenía un papel muy especial. Sin embargo, en el 183 d. C., Septimio Severo, que llevaba diez años formando parte del Senado de Roma, abandonó Siria y marchó al exilio en Atenas, acusado de conspirar en contra del emperador, Cómodo. Su situación se restauró cuando, en Roma, se descubrió

que la persona que lo había denunciadoera,enrealidad,elverdadero traidor.Así, se le nombró gobernador de la provincia de la Galia Lugdunense, que coincide con el este de la actual Francia aproximadamente. Esta restitución de sus dignidades no evitó un nuevo golpe: la muerte de su primera esposa, Paccia Marciana.

La conveniencia de buscar una nueva mujer lo llevó de vuelta a Siria y, en concreto, a Emesa. La hija mayor del sacerdote Julio Bassiano, Mesa, ya estaba casada por entonces con Julio Avito, también de la élite de Emesa, pero la jovencísima Domna continuaba soltera. Así, se arregló el matrimonio entre ellos y Domna debió partir hacia la lejana Lugdunum —Lyon—, ciudad en la que estaba destinado Septimio Severo como gobernador de la Galia Lugdunense. Poco se sabe de la travesía y de la posterior ceremonia de matrimonio, solo que se hizo según el rito romano. En Lugdunum, ciudad comercial en la que existía una importante colonia siria con la que Domna tuvo una estrecha relación, residieron durante los primeros años de vida en común, a lo largo de los cuales nació su primogénito, Septimio Bassiano. Las fechas en esta época son inciertas y no hay acuerdo entre las fuentes ni entre los historiadores, pero lo más probable es que el periodo de Lugdunum se extendiera, más o menos, desde el 186 d. C. al 189 d. C. Se cree que, para la primavera del 189 d. C., momento en que Domna dio a luz a su segundo hijo, Septimio Geta, ya estaban instalados en Roma. El traslado tuvo que ver con los distintos nombramientos de Septimio Severo que, durante varios momentos en estos años, lo alejaron de su familia y obligaron a Domna a lidiar, en soledad, con la idiosincrasia de la capital del imperio y la crianza de sus dos hijos. Es de suponer que, durante estos primeros años en Lugdunum y Roma, Domna mejoró su latín, una lengua que quizás conocía, pero no dominaba, como ciudadana de una de las provincias grecoparlantes de Roma. Quizás, el propio Septimio Severo había experimentado el mismo viaje lingüístico años antes.

En el 190 d. C., Septimio Severo fue nombrado cónsul. En el 191 d. C. obtuvo el cargo de gobernador de la provincia de la Panonia

Superior, situada, aproximadamente, en la región de las actuales Austria y Hungría. Domna se quedó en Roma. Septimio Severo, en ese momento, estaba a cargo del ejército más numeroso de la zona del Danubio. Allí se encontraba, por tanto, cuando el 31 de diciembre del 192 d. C., varios conjurados encargaron a un atleta que estrangulara al emperador Cómodo. Cómodo era hijo del celebrado emperador Marco Aurelio (sí, los de *Gladiator*), pero, en lugar de continuar la estela de su padre y demostrar que la rareza de la sucesión directa por sangre en el cargo del emperador era una buena idea, había sumido al imperio en una situación de inestabilidad fomentada por sus extravagancias y por su pésima relación con el Senado. El título fue ofrecido inmediatamente al vetusto senador Publio Elvio Pertinax, con una brillantísima carrera militar a sus espaldas. Este se dedicó a arreglar el desaguisado de Cómodo y a restablecer la precisa estabilidad que hacía gobernable una extensión de terreno de esas proporciones. Pero su gobierno apenas duró tres meses, pues el 28 de marzo del 193 d. C. fue asesinado por la guardia pretoriana, fuerza encargada de protegerlo. Aparecieron entonces dos candidatos que trataron de comprar a esta guardia pretoriana de sobredimensionado poder para que los apoyara y así convertirse en emperadores. Fue Didio Juliano quien mejor planteó sus promesas a los soldados, por lo que pudo presentarse ante el Senado, que lo aceptó con reservas.

Sin embargo, en un imperio tan extenso, lo que estaba ocurriendo en Roma no encontró acomodo en todas las regiones. Así, en la provincia de Siria, el gobernador Pescenio Níger se decidió a tomar parte en el asunto y logró que las legiones del este lo proclamaran emperador. En Britania, se otorgó la dignidad imperial a Clodio Albino. Y, en Panonia, a Septimio Severo, el marido de Domna. La noticia de las insurrecciones voló hacia Roma, donde ella permanecía junto a sus hijos, siendo testigo de la locura. La guerra civil estaba servida. Septimio Severo optó por aliarse con el enemigo más cercano, Clodio Albino: le pidió respaldo a cambio del título de César, es decir, de ser su sucesor. Gracias a ello, pudo abrirse camino

hacia Roma y reunirse, en las cercanías, con su familia, que debió de vivir momentos de máxima tensión al hallarse sin su protección al alcance de Didio Juliano y sus partidarios. Desde las inmediaciones de la capital, Septimio Severo jugó bien sus cartas para hacer que tanto Senado como guardia pretoriana estuvieran de su lado. Así, a principios de junio del 193 d. C., los pretorianos terminaron con la vida de Didio Juliano, dispuesto, hasta el último momento, a permanecer en el poder, incluso compartiéndolo con Severo. La jugada se remató con el nombramiento, por parte del Senado, de Septimio Severo como emperador de Roma. Se cree que, entre los años 193 y 194 d. C., Domna recibió el título de Augusta.

Ya como emperador y con la alianza sellada con Clodio Albino, para Septimio Severo solo quedaba un cabo que atar: el tercer supuesto emperador, Pescenio Níger, fuerte en las provincias orientales. Así que decidió atajar el problema a través de la fórmula en la que era experto, la guerra. Acompañado, ahora sí, de su familia y de un potente ejército, partió hacia Siria. Las tropas de Severo lograron derrotar a las de Níger en la batalla de la llanura de Issos, en el sudeste de Anatolia. A Pescenio Níger, que intentó huir, lo alcanzaron antes de que se esfumara, lo decapitaron y su cabeza se envió a Roma, ensartada en una lanza, y se paseó por las calles de la capital. La familia imperial, no obstante, permaneció en la provincia de Siria, algo que debió de gustar a Domna, al ser su lugar de origen. En el ínterin, Septimio Severo reorganizó el territorio a base de premios y castigos por las fidelidades demostradas durante la guerra contra Níger. Finalmente, se decidió a emprender una nueva campaña contra los partos, que habían apoyado a su opositor. Esta contienda se saldó con rapidez con una ligera ampliación del territorio romano hacia el este, pues recuperó la región de Osrhoene, situada en el curso alto del Eufrates y en los tensos límites entre Roma y Partia.

En la primavera del 195 d. C., con la situación bajo control, Septimio Severo pudo sentar las bases de su mandato. La primera y más importante era gozar de legitimidad. De este modo, no dudó en

proclamarse hijo adoptivo póstumo del bien recordado emperador Marco Aurelio, el padre de Cómodo. A Domna se le otorgó el título de *Mater Castrorum* o madre de los ejércitos, dignidad compartida con la esposa de Marco Aurelio, Faustina la Joven. Y, a su primogénito, Septimio Bassiano, le cambió el nombre a Marco Aurelio Antonino. Todo ello respondía a una campaña propagandística con la que deseaba integrarse en la dinastía Antonina como aval para su permanencia en el poder. Este mensaje impregnó las monedas de la época, principal canal de propaganda. La familia imperial regresó a Roma a finales del 195 d. C. Por el camino, Septimio Severo nombró César a su hijo mayor, lo que tuvo dos lecturas: la decisión de apostar por la sucesión directa por vía sanguínea, como había ocurrido con Marco Aurelio y Cómodo, y la ruptura del pacto que había hecho con Clodio Albino. Evidentemente, estalló una nueva guerra civil que obligó a la familia imperial a alejarse de Roma y marchar a las Galias, donde estaba previsto que se encontraran con las tropas de Clodio Albino. Septimio Severo consiguió derrotar al ejército de su rival en febrero del 197 d. C. Como había ocurrido con Níger, Albino también fue decapitado y su cabeza, paseada por las calles de Roma.

Ya sin opositores en el horizonte, Septimio Severo pudo continuar con el asunto de la legitimación. Había dado los pasos precisos para que su familia pasara a estar bajo el paraguas de la reputación de los Antoninos, la aplaudida dinastía de Trajano, Adriano o Marco Aurelio, para lo que había tenido que lavar la mala imagen de Cómodo, pero necesitaba de otra fuente de legitimidad que hiciera incontestable su derecho al trono: la victoria militar contra un enemigo externo. Así, volvió a mirar a Oriente, a esa Partia que parecía resistirse por los siglos de los siglos. Marchó con su familia a Siria a finales del año 197 d. C. y, desde allí, coordinó y llevó a cabo una segunda campaña contra los partos que resultó en la ampliación de los confines de Roma y la creación de una nueva provincia, la de Mesopotamia. Al calor de esta victoria, dio un paso más allá en su proyecto dinástico: nombró Augusto a su primogénito

y César a su segundogénito. Domna recibió, en consecuencia, el título de *Mater Augusti et Caesaris* o madre del Augusto y del César. La Augusta cada vez estaba más presente en la propaganda imperial, así como sus hijos, como parte de esta idea de continuidad y estabilidad dinástica, tan ansiada después de aquella época de guerras civiles y, por tanto, tan conveniente para Septimio Severo. Quizás optimista por el éxito que estaba teniendo con el ensanchamiento de la frontera oriental del imperio, Severo quiso activar una nueva campaña para controlar la rica ciudad de Hatra, perteneciente al Imperio parto. Sin embargo, esta se le resistió. Aunque las fuentes no son claras al respecto, parece probable que Domna pudiera tener algo que ver en la decisión del emperador de retirarse y dejar Hatra sin tocar. No se sabe.

En cualquier caso, lo que sí parece cierto es que la relación de Septimio Severo y Domna fue empeorando con los años. Uno de los motivos de su distanciamiento fue la presencia de Fulvio Plauciano, prefecto del pretorio y uno de los hombres de confianza del emperador. Plauciano compartía con Severo su origen, pues también procedía de Leptis Magna; sin embargo, el primero había nacido en un estrato social humilde, mientras que el segundo descendía de un hombre de rango ecuestre. Con un pasado delictivo, Plauciano logró, no obstante, medrar en la sociedad romana y llegar a ostentar el cargo de prefecto con Severo. Uno de los grandes interrogantes en relación con la vinculación entre estos dos hombres es el porqué Septimio Severo, que no se caracterizaba por tener escrúpulos ni andarse con medias tintas, aceptó y toleró los desmanes de Plauciano, quien no se cortaba en mostrarse soberbio incluso ante el propio emperador. Fuera cual fuese el motivo de la transigencia de Septimio Severo, parece ser que no se extendía a Domna, quien no debió de compartir las formas propuestas por Plauciano a la hora de reprimir a los enemigos, a menudo con excesiva violencia y crueldad. Es probable que la distancia marcada por Domna fuera una amenaza para Plauciano, pues, al no tener su confianza, no podía controlar, por completo, a la familia imperial para lograr sus

ambiciosos propósitos. Era una guerra por la influencia sobre el emperador. Así, pasara lo que pasase en Hatra, marcó un punto de inflexión e inició un periodo de imparable ascenso en el estatus de Plauciano en la corte.

Durante los tres años siguientes al desistimiento en Hatra, la familia imperial recorrió las provincias del este del imperio, en línea con la estrategia propagandística vigente. Pasaron un año en Egipto y, después, se instalaron en Antioquía durante un tiempo. En diciembre del 201 d. C. iniciaron el camino de vuelta a Roma. A su llegada, se decretaron siete días de celebración. Todo era poco para aplaudir el regreso de la familia imperial a la capital.

Ya instalados en el palacio Imperial, que Severo ordenó ampliar en los siguientes años como parte de su plan urbanístico para Roma, las tensiones familiares se fueron abriendo paso. Por un lado, los dos hijos de Severo y Domna, a las puertas de la pubertad, no se llevaban nada bien. Por otro, el matrimonio estaba cada vez más distante, aspecto al que contribuyó el cruce de acusaciones públicas entre Plauciano y Domna. Así, en Roma se empezaron a escuchar rumores acerca de la promiscuidad de la Augusta e, incluso, se la acusó de mantener una relación incestuosa con su hijo. Por contrapartida, Domna contraatacó filtrando chismes acerca de la extraña relación entre su marido y Plauciano. Por lo pronto, no obstante, y a pesar de que Severo no cejó en su empeño propagandístico de presentar a su familia como modélica y unida, y a su mujer como una auténtica matrona romana poseedora de las virtudes de la *pietas* y la *pudicitia* —principalmente para no generar dudas sobre la paternidad de los herederos del trono—, Plauciano consiguió dar un paso más allá en su ascenso al poder. Y es que, convenció a Septimio Severo para casar a su hija Fulvia Plautilla con su primogénito, Marco Aurelio Antonino. Este movimiento lo unió, *de facto*, con la familia imperial. Así mismo, recibió el título de «cuarto César», por lo que pasó a estar en la línea de sucesión.

Estos años de esplendor de la influencia de Plauciano sobre Septimio Severo yel acoso y derribo en contra de la Augusta

coinciden con el aislamiento de Domna, que buscó refugio en sus inquietudes intelectuales. Como hemos comentado, aunque poco se sabe de la educación recibida durante su infancia en Emesa, es muy posible que, debido a la posición de su familia, tomara contacto con disciplinas como la filosofía. En estos momentos de reclusión, amenazada por los ataques de Plauciano contra su reputación, se rodeó de sofistas y hombres de cultura y se interesó en profundizar en sus conocimientos sobre literatura, retórica y ciencia. Entretanto, en el 203 d. C., volvieron a abandonar Roma durante unos meses para hacer una visita a Leptis Magna, ciudad natal de Septimio Severo y Plauciano. Quizás con el mal sabor de boca de un viaje a una tierra que reforzaba el vínculo entre su esposo y aquel hombre que buscaba su caída, no pudo advertir el cambio de rumbo en la corte que se iba a producir al año siguiente. Por fin, después de más de cinco años de probable incomprensión y sufrimiento para Domna, Septimio Severo comenzó a abrir los ojos y a alejarse de Plauciano. El detonante fue una conversación entre el emperador y su hermano, a principios del 204 d. C., quien lo alertó de que el ambicioso Plauciano estaba mandando construir estatuas suyas por todo el imperio y que las estaba ordenando colocar en los espacios reservados a la familia imperial.

Es posible que las dudas sobre Plauciano sean el motivo por el que, en la celebración de los *ludi saeculares* o juegos de los siglos en junio de ese mismo año, este apenas tuviera un papel relevante. Los *ludi saeculares* constituían la celebración del paso de los siglos en Roma y, en definitiva, de su pervivencia. Fue Octavio, primer emperador, el que los recuperó después de una época en la que parecían haberse olvidado. Y Septimio Severo decidió hacer lo propio 221 años después. De este modo, a finales de la primavera del 204 d. C., Roma se vistió de fiesta. Los teatros, el anfiteatro y el circo se llenaron de espectáculos durante siete días. Otros tres se reservaron para las ceremonias religiosas en las que Domna, como Augusta, tuvo un papel protagonista sin precedentes. También sus hijos. Una

vez más, todo estaba al servicio de esa imagen de familia imperial virtuosa.

Menos de un año después de los fastos, en los que ni Plauciano ni su hija tuvieron un rol relevante, Domna se encontraba en una de las estancias de la zona del palacio reservada para ella, acompañada de su nuera Fulvia Plautilla, cuando un soldado abrió la puerta y mostró un puñado de cabello. Era de Plauciano. Lo habían matado. Su hijo mayor lo había orquestado todo. Alertado de ciertos rumores que ponían en cuestión la lealtad de Plauciano, Septimio Severo lo había hecho llamar ante él para pedir explicaciones. Plauciano se justificó y se disculpó. Y aquello pareció convencer al emperador, dispuesto a otorgarle su perdón. Sin embargo, su hijo, también presente, señaló al amigo de su padre y exclamó que había acudido al encuentro con una coraza debajo de la túnica, inadmisible ante un emperador. A continuación, el joven ordenó a la guardia pretoriana que lo matase. Ese puñado de cabello mostrado a Domna era lo último de Plauciano a lo que la Augusta debió enfrentarse jamás. Sin embargo, su reclusión en la corte continuó durante un tiempo. Plautilla fue enviada al exilio.

La determinación y sangre fría del primogénito de Severo y Domna se corresponde bien con la crueldad de carácter que le atribuyen las fuentes, pese a que, en este caso, fuera de ayuda para su madre. Sin embargo, la principal motivación del joven, que ya tenía unos veinte años, era el poder. Y en su camino hacia él, la presencia del manipulador y traicionero Plauciano era un total inconveniente. Esa ambición contaminó la relación con su hermano, Septimio Geta, con el que, cada día, se llevaba peor. Las horas ociosas en esa Roma en la que nunca parecían faltar espectáculos ni tampoco facciones interesadas en envenenar las mentes de los hermanos con fantasías de poder y temores de traición hicieron mella en la familia imperial. Así, Septimio Severo, que debió de intuir que la situación estaba casi descontrolada, optó por solventarla con la misma fórmula con la que había atajado los problemas dinásticos previos: la guerra. Aprovechó una revuelta en Britania para activar

una nueva campaña militar, tras algunos años de calma. En la primavera del 208 d. C. abandonó Roma junto a su familia.

El emperador fijó el cuartel general en Ebacurum, la actual ciudad de York. En la retaguardia, a cargo de los asuntos administrativos, Septimio Geta, acompañado de su madre. En el frente, Severo y Marco Aurelio Antonino. Septimio Severo, cuya salud había empeorado en los últimos tiempos, debió retirarse de primera línea a principios del 210 d. C. Quizás consciente de que el final estaba cerca, decidió nombrar Augusto a su segundogénito, con lo que los dos hermanos quedaron como coemperadores. Ambos eran herederos, ya no solo el mayor. Esto no debió de gustar nada al primogénito, quien comenzó a conspirar en contra de su padre: primero en el frente, en un intento de que las tropas lo apoyasen en el golpe que planeaba para hacerse con el poder; y, después, junto al lecho de muerte de Severo, cuando se dice que probó a sobornar a los médicos para que aceleraran el final del emperador. No tuvo éxito en ninguno de los dos casos. Sin embargo, la suerte de Septimio Severo estaba echada, con más o menos prisa. Así, falleció el día 4 de febrero del 211 d. C. El primer hijo de Domna intentó, de nuevo, buscar apoyo en el ejército para librarse del gobierno compartido con su hermano, pero no lo logró. Aun así, dio comienzo a una serie de retorcidas decisiones que no dejaron de escalar durante todo ese año. La primera, el asesinato de aquellos médicos que se habían negado a matar a su padre. La segunda, el de los consejeros y tutores que le pidieron que respetara el testamento de Severo. Nada contenía su sed de poder único.

Con una paz firmada con prisas con la población que se había sublevado en Britania, la familia imperial pudo regresar a Roma con las cenizas del emperador y celebrar un funeral público. El regreso a la capital debió de ser complicado para Domna, pues una guerra silenciosa se había declarado entre sus hijos. El Senado exigió a Domna que actuara de mediadora y, en línea con ello, le otorgó dos nuevos títulos: *Pia Felix* y *Mater Senatus, Mater Patriae* o madre del Senado y madre de la Patria. Entretanto, sus hijos se repartieron las

zonas del palacio para no coincidir y vivían atemorizados ante la posibilidad de que el otro mandara asesinos a sueldo o los envenenaran. El testamento de Severo se resquebrajaba por momentos. Los Augustos, a la desesperada, propusieron dividirse el imperio en dos partes para no tener que compartir el poder, pero Domna, que debía ser garante de la preciada unidad del imperio, se negó.

La tensión continuó en ascenso hasta que, un día de diciembre de ese año 211, el mayor de los hermanos pidió a su madre que fuera árbitro en una conversación con el pequeño con el fin de limar asperezas y reconciliarse. Domna, quizás esperanzada, aceptó. El neutral lugar de encuentro fue una de las estancias del apartamento de la Augusta. Sin embargo, cuando Septimio Geta, el hermano menor, entró en las dependencias de su madre, un grupo de soldados se dirigió hacia él. Este, deseando escapar, se abalanzó sobre Domna, creyendo que así no lo matarían, pero nada impidió que lo asesinaran. De hecho, hirieron a la Augusta en una mano. No debió de ser sencillo para ella contemplar cómo su hijo pequeño moría en sus brazos, mientras su primogénito, autor intelectual de aquella carnicería, salía de la estancia clamando que la historia había sido al revés: Septimio Geta había querido matarlo, pero la guardia lo había evitado a tiempo; había acabado con él y él, ya único en el trono, había logrado salir indemne. El Augusto repitió esa falacia delante del Senado, que la aceptó. Domna no la contradijo y se convirtió en cómplice del hijo verdugo, renunciando así a defender la dignidad del hijo víctima. Sin embargo, en un imperio tan amplio, los chismes circularon a placer.

Los siguientes movimientos del ya emperador estuvieron en línea con la crueldad que había manifestado desde muy pequeño: ordenó una represión contra los partidarios de su hermano que se saldó con 20 000 muertes. Entre ellas la de su mujer, Fulvia Plautilla, exiliada desde hacía seis años. En torno al 212 d. C. promulgó una de las medidas políticas más relevantes de su gobierno, la Constitutio Antoniniana, que reconoció como ciudadanos romanos a

todos loshabitantes del imperio, antes solo reservada a unos pocos, especialmente alos itálicos. Esta medida, no obstante, tuvo una finalidad fiscal, pues le permitió recaudar más impuestos, muy útiles en sus planes militares para superar las proezas de su padre. Y es que, entre otras cuestiones, subió el sueldo a los soldados. Su primer objetivo, en el 213 d. C., fue pacificar la provincia de la Germania Superior con el fin de aplacar las revueltas de alamanes, catos y cenios y evitar una futura insurrección general. Fue en esa época cuando, entre las extrañezas que lo caracterizaban —se cree que tenía una enfermedad neurológica—, empezó a utilizar el *caracallus*, una capa larga con capucha que empleaban los galos y los germanos. Esto le valió el sobrenombre por el que ha pasado a la historia: Caracalla (sí, el de *Gladiator 2*). En torno al 214 d. C., Caracalla se reunió con su madre en alguna de las provincias orientales del imperio, siguiente paso en los planes bélicos del emperador.

En esos años, en los que Caracalla estaba enfrascado en la vida castrense, Domna fue la encargada de atender la correspondencia en griego y latín, también de recibir a algunas delegaciones. Las fuentes lo mencionan como un ataque a las capacidades de Caracalla, más que como un reconocimiento de autoridad por parte de la Augusta. Después de visitar Nicomedia y Laodicea, Domna pudo fijar su residencia en Antioquía en el verano del 215 d. C. Volvía a estar en casa. Su hijo, por su parte, continuaba obsesionado con superar a su padre y con la figura de Alejandro Magno. En otoño, Caracalla partió a Egipto. Su llegada a Alejandría no gozó del apoyo imaginado, en la ciudad circulaban todo tipo de rumores sobre él, así que el emperador ordenó una matanza que se cobró numerosas víctimas. El verano siguiente, al tiempo que en Roma se construían las famosas termas que llevarían su nombre, se decidió a emprender esa campaña que heredaban los emperadores romanos y se dirigió a Partia, donde perpetró una nueva masacre contra población civil como fórmula para imponer su poder. Estas decisiones tuvieron como consecuencia la multiplicación de los enemigos. Tanto

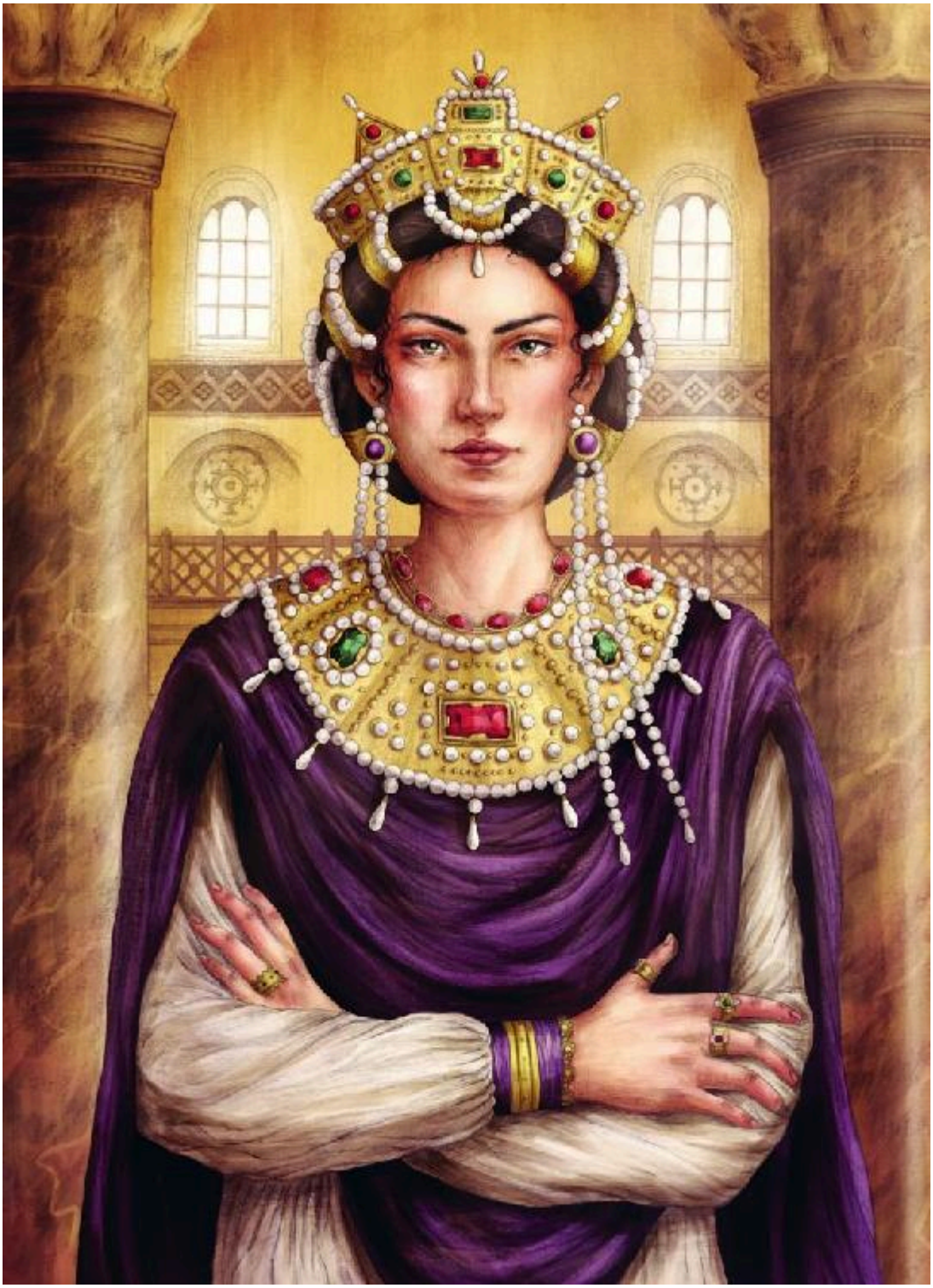
es así que, en la primavera del 217 d. C., en el momento en que iba a reanudarse la campaña contra los partos, el prefecto del pretorio, Marco Opelio Macrino, ordenó a un centurión llamado Marcial que asesinara a Caracalla mientras viajaban con las legiones desde Edesa a Carras, en la provincia de Mesopotamia, próxima a la frontera parta.

Domna recibió las cenizas de su hijo en el palacio de Antioquía. Quizás le indicaron que habían matado a su asesino, ese tal Marcial, tras ese fatídico 4 de abril, pues así fue. Sin embargo, no se desveló la implicación de Macrino, a quien enseguida se proclamó emperador. Las fuentes indican que Domna tuvo la tentación de resistir en el poder, pero las noticias acerca de la celebración de la muerte de Caracalla en Roma no debieron de ser esperanzadoras. Quizás era consciente de que no tenía nada si no era Augusta. El patrimonio de Domna equivalía a los recursos que le habían brindado su marido y su hijo, como emperadores. Su propia identidad, en un mundo en el que las mujeres no tenían nombre propio, estaba cincelada en las monedas, la estatuaria y las obras arquitectónicas que se habían ido erigiendo en las tres décadas que habían pasado desde que había contraído matrimonio y las dos desde que se había convertido en Augusta. Los títulos, concedidos dentro de estrategias políticas específicas, eran papel mojado si estaba sola.

Es posible que el rechazo a una vida alejada de ese poder por el que había incluso traicionado la memoria de uno de sus hijos la llevara a tomar la decisión final: quitarse la vida. No se conoce el motivo de la muerte de Julia Domna, pero las fuentes plantean dos opciones: la inanición o un golpe en un tumor en el pecho, con desenlace fatal. No había cumplido los cincuenta. En cualquier caso, las cenizas de Domna abandonaron su tierra para descansar eternamente en Roma.

Su hermana Julia Mesa, cuyo marido había sido promocionado por Septimio Severo, logró, después de varios cambios, que los restos de Domna reposaran junto a los de Severo. Y es que, un año

después de su muerte, el nieto de Mesa consiguió arrebatar el trono a Macrino a partir de una sublevación de las tropas de Emesa. A finales del verano del 218 d. C., este fue nombrado Augusto bajo el nombre de Heliogábalo, en referencia a ese dios solar que se veneraba en esa lejana tierra del levante que había visto nacer a Julia Domna.





TEODORA

(497/ 500 - 548)

Huele a humo, a madera quemada, a destrucción. Tengo la boca seca, el pecho exhausto. Él me mira, todos lo hacen. Pero ¿qué esperaban que hiciera? ¿mantenerme en silencio? ¿asumir la derrota? No, imposible, intolerable. Las cicatrices de mi alma no permiten que capitule, no admiten que este pueda ser el final. Allá afuera, arde la ciudad que me ha maltratado y aclamado. Aquí dentro, rostros buscando puertas por las que vender su valentía a cambio de seguir respirando. Pero ¿de qué sirve respirar si lo has perdido todo? No puedo volver a las calles. Se me revuelven las tripas si pienso en que algún hombre de mirada lasciva vuelva a rozarme. No sé si he hecho bien, si comprenderán lo que he dicho acerca de que no es relevante si quien alza la voz en un momento así es un hombre o una mujer. Si mis palabras calarán en él. Continúa mirándome, asimilando todo lo que he proclamado, quizás sopesando mis augurios acerca de una salvación corrompida por la cobardía, de una muerte en vida que no deseo. Sé que debo respetar su opinión. Es mi marido, pero, sobre todo, es el emperador. «La púrpura es una espléndida mortaja», recuerdo mis últimas palabras. Ruego a Dios no haber ido demasiado lejos. Nos miramos fijamente. Él y yo. Yo y él. Ignorando a todos los demás de la sala, caras amables que no parecen tener soluciones. Entonces,

asiente. Sonrío. Me siento poderosa. He hecho bien, lo ha entendido, mis palabras han tenido el efecto esperado. Sí, me siento poderosa. Soy la emperatriz, pero, sobre todo, soy su mujer. Empieza a dar órdenes. La batalla no está perdida. Vuelvo a sonreír.



Casi tres siglos son los que separan la muerte de Julia Domna y el nacimiento de Teodora. Trescientos años que fueron testigo de poderosos cambios en el Imperio romano. Después del brevísimo gobierno de Heliogábalo, lo sucedió su primo, Alejandro Severo, que estuvo al frente del poder siete años. A partir de ahí, la estabilidad de Roma cayó en picado y los gobiernos breves se sucedieron hasta el final del siglo III d. C. A partir de Diocleciano, que gobernó en el cambio al siglo IV d. C., se buscó reestructurar el poder con el fin de contener la crisis que asolaba al imperio. Así, su hijo Constantino I optó por trasladar la capital de Roma a Bizancio, antigua colonia griega que refundó y bautizó con su nombre: Constantinopla. Por un lado, las provincias orientales del imperio eran más ricas y tenían más población; por otro, la posición de Constantinopla era mucho más estratégica, en el centro del mundo conocido. También fue en tiempos de Constantino I cuando se firmó el edicto de Milán (313 d. C.) que legalizó el cristianismo, que había ido ganando adeptos y estatus en las entrañas del imperio. Los cristianos dejaron de reunirse en espacios privados que apenas se diferenciaban en el caserío y pudieron empezar a hacerlo en edificios públicos de tipo basílica —modelo romano para las edificaciones vinculadas con el poder— construidos específicamente para la celebración de la liturgia.

Sin embargo, no fue hasta setenta años después cuando el emperador Teodosio la convirtió en la religión oficial del Imperio romano. Atrás quedaron Júpiter, Juno o Minerva; ahora, solo un dios era reconocido, el dios cristiano. A su muerte, este mismo Teodosio

dejó el imperio a sus dos hijos, Arcadio y Honorio. A Arcadio, el mayor, le legó la mitad oriental, y al pequeño, Honorio, la occidental. Como en el caso de los hijos de Julia Domna, estos hermanos no se avinieron a gobernar en paz y se enfrentaron entre sí, ocasionando la división de Roma en dos: el Imperio de Oriente, con capital en Constantinopla, y el Imperio de Occidente, con capital en Rávena. Mientras la mitad occidental del imperio sucumbió a la crisis interna y a las oleadas migratorias e invasiones procedentes del norte de Europa, con fin en el 476, la mitad oriental, llamada Imperio bizantino por los medievalistas, sobrevivió. En ella, con esa nueva Roma fundada en el 330 d. C. con el nombre de Constantinopla, se continuaron sucediendo emperadores. A finales del siglo V, en el momento en que se cree que nació Teodora, el poder descansaba en manos de Anastasio.

Constantinopla, ... ubicada donde Asia y Europa se dan la mano, donde conectan el mar Negro y el mar Mediterráneo. Todo era poco para la capital que había tomado el testigo de la mítica Roma. En ella se erigieron palacios, termas, el Senado, el foro, iglesias, una biblioteca, murallas y se terminó el hipódromo. Curiosamente, fue Septimio Severo el que dio la primera orden de construir el hipódromo de Bizancio, después de arrasar la ciudad por su apoyo a Pescenio Níger. Sin embargo, fue Constantino I el que lo amplió —con respecto al proyecto original de Severo— y lo adornó con esculturas traídas de todas partes del imperio. Así mismo, mandó construir la *kathisma*, una suerte de palco imperial para el emperador, ubicado en el flanco este. El modelo a seguir fue el Circo máximo de Roma. Teodosio I fue el responsable de que en la *spina* —parte central que dividía la arena en dos— se instalara un gran obelisco traído de Egipto. También en la *spina* se erigía la columna de las Serpientes, que conmemoraba la victoria en la batalla de Platea. Todo era poco para este nuevo espacio de poder y sociabilidad. Y es que, a raíz de la prohibición por parte de Constantino I de las luchas de gladiadores, las carreras se habían

convertido en el espectáculo o *ludi romani* preferido. Y, con ello, el hipódromo, en el principal centro de propaganda política.

En el mundo de las carreras de cuadrigas —carros de caballos— existían cuatro equipos que se distinguían con el nombre de los cuatro colores asignados a las estaciones: azul, verde, rojo y blanco. Con el paso del tiempo, estos equipos se fueron convirtiendo en facciones vinculadas a los espectáculos celebrados en el circo y, también, a la vida política. En la Constantinopla que vio nacer a Teodora, las más importantes eran la facción azul y la verde. De hecho, justo para la verde trabajaba su padre, Acacio, como guarda o cuidador de los osos. Este oficio no gozaba de un gran estatus en la sociedad bizantina. Sin embargo, se puede deducir que Acacio fue capaz de ir sacando a su familia adelante hasta su prematura muerte. En ese momento, la situación para su mujer y sus tres hijas pequeñas, Comito, Teodora y Anastasia, se tornó precaria. Así, la madre de las niñas se casó rápidamente con otro hombre e intentó que la facción verde lo aceptara como sustituto de Acacio. Pero al director de los verdes, Asterius, no le interesó la oferta. La mujer, desesperada, adornó a las niñas y las llevó ante los verdes para ver si, así, cambiaban de opinión. Pero no tuvo éxito, al parecer, por un asunto de sobornos. Un giro de los acontecimientos permitió, no obstante, que el nuevo marido fuera aceptado por la facción azul como cuidador de las fieras, ante la muerte del que había desempeñado el oficio hasta ese momento. El hipódromo continuó ofreciendo sustento a esa familia, pues la madre de las chiquillas optó por convertirlas, cuando cumplieron algunos años más, en heteras o actrices, dedicadas a actuar en los descansos de las carreras.

Ser actriz en la Constantinopla de principios del siglo VI suponía la muerte civil. Era una salida que solo se planteaban las familias en situación de extrema necesidad, como la de Teodora, y que solo tenía otra alternativa: el convento. Comito, la hermana mayor de Teodora, enseguida tuvo éxito y se convirtió en una celebridad del circo y el teatro. Teodora empezó a actuar en los números de su

hermana, vestida de esclava, y haciendo las veces de asistente. Los espectáculos eran de mimo y solían tener una gran carga erótica. De hecho, aunque no puede asegurarse que en todos los casos fuera así, lo cierto es que la mayoría de las actrices de mimo eran, a su vez, cortesanas. El número estrella de Teodora era el de Leda y el Cisne, mito griego tornado en espectáculo erótico. De estos años en teatros y burdeles solo nos cabe imaginar el tipo de existencia miserable que debió de llevar Teodora. Una vida de abusos en lo más bajo del escalafón social de la que pudo escapar cuando el gobernador de Pentápolis, Hécebolo, la convirtió en su concubina en torno al 518.

Teodora acompañó a Hécebolo al norte de África, muy lejos de la ciudad en la que había nacido y crecido, y vivió en un palacio con él durante un tiempo. Sin embargo, cuando el gobernador se cansó de ella, la repudió y la echó. Teodora se encontró sola de nuevo, sin sustento, lo que plantea la posibilidad de que volviera a ejercer la prostitución para poder sobrevivir. En esta época, tuvo una hija, pero no se sabe con certeza si Hécebolo era el padre. Sí se sabe que Teodora se dirigió a Alejandría, la ciudad en la que vivió y murió la reina Cleopatra, y una de las urbes más relevantes del imperio. Parece ser que, durante su estancia allí, entró en contacto con unas de las corrientes del cristianismo, el monofisismo.

Uno de los grandes retos que tuvo el cristianismo en sus primeros años, y sobre todo a raíz de convertirse en religión oficial y mirarse de frente con el poder político, fue la necesidad de fijar la doctrina: es decir, en qué se creía y en qué no. La pluralidad de interpretaciones de las enseñanzas de Jesús de Nazaret que habían proliferado desde el siglo I d. C. produjo debates teológicos interminables —algunos todavía vigentes— e hizo pertinente la identificación de la ortodoxia y de las herejías: es decir, lo que había que creer porque era la verdad y lo que no porque era mentira. En medio de estas incesantes disputas, se celebró, en el año 451 —unos cincuenta años antes de que Teodora naciera—, el Concilio de Caledonia. En él se concretó que en Cristo habitaban dos

naturalezas, una divina y una humana. Por tanto, aquellas corrientes del cristianismo que negaran esto eran herejías como, por ejemplo, el monofisismo, defensor de que en Cristo solo existía una única naturaleza, la divina. Aunque en tiempos de Teodora el Concilio de Caledonia no se había aplicado en toda su crudeza y el monofisismo no estaba del todo proscrito en Oriente —pues estaba muy extendido— sí suponía un elemento de tensión en la vida religiosa y, sobre todo, en la política. Así, el patriarca de Alejandría, por ejemplo, era abiertamente monofisita.

Después del que pudo ser su despertar espiritual, Teodora se dirigió a Antioquía, la ciudad que había visto morir a Julia Domna y otro de los centros urbanos más relevantes. Allí se dice que conoció a Macedonia, una bailarina de la facción de los azules que, además, trabajaba como informante del sobrino del emperador Justino I. Justino acababa de suceder a Anastasio en el poder. Este había fallecido sin descendientes directos y el sobrino que más papeletas tenía para tomar el relevo se encontraba, en el momento de su muerte, muy lejos de Constantinopla. Justino, originario de la provincia de Dardania, en los Balcanes, había llegado a la capital huyendo de los ataques de los hunos y otros pueblos germánicos y se había alistado en los *excubitors*, la guardia de palacio. Dentro de este cuerpo, había logrado medrar y amasar una buena fortuna. En cierto momento, compró una esclava llamada Lupicina, la liberó y se casó con ella, que pasó a llamarse Eufemia. Como venía siendo habitual en el imperio, a la muerte de Anastasio, el juego de presiones y promesas con el Senado permitió que la candidatura de Justino, de avanzada edad, prosperara. Así, ocupó el trono en el 518. Una de sus primeras medidas fue identificar las tesis del Concilio de Caledonia como ortodoxia y alejarse, por tanto, del monofisismo por el que había abogado su predecesor.

Entre los hombres de confianza del emperador estaba el hijo de su hermana, al que había podido llevarse a la capital, tiempo atrás, gracias a su ascenso social. Era Flavio Pedro Sabacio Justiniano o, por simplificar, Justiniano. De orígenes campesinos, su presencia en

el círculo próximo al poder gustaba tanto a Justino, que se beneficiaba de la educación que sí tenía su sobrino y que a él le faltaba, como a Eufemia, con la que tenía buena relación. Justiniano, consciente de la dimensión política que tenía el hipódromo, se vinculó con la facción de los azules, a los que tendió a proteger en las numerosas trifulcas que tenían con los verdes. Las facciones, además de funcionar como equipos dentro el hipódromo y como una suerte de grupo de presión, eran las que, bien gestionadas, aclamaban al emperador en sus apariciones en el hipódromo o por la calle y las que animaban veladas en palacio. Así mismo, parece ser que se valió de la costumbre de informarse a través de los artistas como arma estratégica. Ese debió de ser el caso de Macedonia, la bailarina a la que conoció Teodora en Antioquía. Así, en medio de la red de conexiones de esa facción azul, Teodora y Justiniano entraron en contacto. Parece ser que él se enamoró perdidamente de ella y la convirtió en su amante. Se establecieron en uno de los ricos palacios de Constantinopla, el de Hormisdas.

Poco se sabe sobre los primeros momentos de su relación, pero, para el año 523, Teodora resucitó a la vida civil cuando Justiniano le otorgó el rango de patricia. Ya no era una paria, formaba parte del estrato privilegiado de la sociedad. Un poco antes, en el 521, Justiniano fue nombrado cónsul. En esos años, Teodora, que no estaba ni siquiera casada con él, fue intermediaria en relación con la reducción de la presión sobre el monofisismo por parte del emperador Justino I. Algo curioso de la dinámica en la corte fue que Eufemia, también de oscuros orígenes, jamás aceptó a Teodora e hizo lo posible por evitar que Justino modificase la ley para facilitar el matrimonio entre ella y Justiniano. Sin embargo, la parca llegó antes a por ella, por lo que, finalmente, el emperador accedió a suprimir la prohibición de que las actrices pudieran casarse con senadores. En torno al 525 debieron de contraer matrimonio. Y, en abril del 527, Justino I, de castigada salud, nombró a Justiniano coemperador. Murió cuatro meses después, con lo que Justiniano y

Teodora pasaron a ocupar el trono del Imperio romano de Oriente o Imperio bizantino.

Solo unos meses después de convertirse en Augusto, en febrero del 528, Justiniano presentó ante el Senado el que sería el gran proyecto de su reinado: el *Corpus Iuris Civilis*, una compilación y reforma del Derecho romano —y que hoy se estudia en las facultades de Derecho—. En este punto existe mucha ambigüedad sobre la influencia de Teodora en las reformas aplicadas por Justiniano —llamadas «novelas»— pues, aunque la reconoció como consejera en una ley relacionada con la compraventa de cargos públicos, no hay más rastro de ella en la legislación. Sin embargo, una buena parte pivota en torno a la protección de las mujeres, la erradicación de la prostitución y la reinserción social de las actrices. La redacción de estas «novelas» se extendió durante los siguientes años del reinado de Justiniano y, aunque no existen pruebas, algunos asuntos abordados sí tienen una cierta conexión con las iniciativas que llevó a cabo la emperatriz en paralelo. Una de ellas fue su cruzada en contra de la prostitución. Así, además de ayudar a antiguas amistades a través de matrimonios convenientes, liberó de las garras de los proxenetas a un buen número de prostitutas de Constantinopla, asumiendo el pago de la cantidad que habían entregado a las desesperadas y paupérrimas familias por adquirir a las jóvenes como mercancía a su servicio. Según algunas fuentes, Teodora prohibió a los proxenetas volver a ejercer el negocio y entregó a las muchachas algo de dinero y ropa para comenzar una nueva vida. Otras aseguran que mandó construir un convento, el monasterio de la Metanoia, y llevó a las chicas allí. No obstante, el problema endémico de la prostitución, en el que el empobrecimiento de la población y el sistema de dotes tenían mucho que ver, no se solventó a largo plazo.

Pese a que es dudoso el papel de Teodora en la labor legislativa del reinado de Justiniano, sí se dejó constancia de la pompa y protocolo que rodeó a la pareja y en la que ella aparecía como parte del poder imperial. Y es que, aunque Justiniano y Teodora fueron

aceptados por senadores, sacerdotes y pueblo, el origen modesto de ambos quizá los llevó a exigir una ceremonia que no dejara duda sobre su superioridad como enviados de Dios. De este modo, los senadores debían besarles los pies y los súbditos debían prosternarse ante ellos, un gesto de gran sumisión. Ambos añadieron al título de emperador y emperatriz (*basilis* y *basileus*) el de señor y señora (*despoinis* y *despotes*). En el juramento de cargos, también se debía mencionar a Teodora. Y en los triunfos por victorias militares, celebrados, cómo no, en el omnipresente hipódromo, la gloria era entregada al emperador, que la compartía con la emperatriz, ambos sentados en la *kathisma*.

Sin embargo, el estricto protocolo no impidió que la pareja tuviera que enfrentar, solo cinco años después de su ascenso al poder, la mayor crisis de su reinado. La dinámica de las facciones azul y verde era de constante violencia. Aunque Justiniano se había desvinculado públicamente de la facción azul en su ascenso al poder, fingiendo imparcialidad, los verdes lo acusaban continuamente de favoritismos en la represión de las trifulcas callejeras, alimentadas por el descontento social. En una de tantas, el 13 de enero del 532, y en esa misma tendencia de señalar las preferencias del poder, la autoridad imperial acabó por detener a varios miembros de ambas facciones y los condenó a muerte. Dos de los reos lograron escapar y refugiarse en la iglesia de San Lorenzo. Las dos facciones, en un acto casi sin precedentes, se presentaron en el hipódromo y se aliaron para pedir que se liberase a los dos condenados. Ante la ignorancia de Justiniano, que huyó a recluirse en palacio, el gentío marchó a la prisión, sita en el cuartel de la prefectura, para tomarse la justicia por su cuenta: liberaron a los dos presos, mataron a algunos guardias y quemaron el cuartel.

Las llamas se extendieron por Constantinopla y llegaron hasta la basílica de Santa Sofía, que colapsó. La multitud continuó destruyendo y saqueando la ciudad al clamor de «niké» —¡victoria! — y desoyendo las órdenes que emanaban del emperador. Este accedió a la petición de destituir a algunos de los hombres en cargos

de poder, pero la revuelta no cesó. A los dos días, la apuesta de los descontentos subió: deseaban un cambio de emperador. Buscaron sustituto en el sobrino de Anastasio que no había podido heredar la corona por estar lejos de Constantinopla en el momento de su muerte, Hipatio. Estaban dispuestos a reunirse en el hipódromo y a proclamarlo emperador. Entretanto, Justiniano continuaba aislado, acompañado solo de contadas personas de máxima confianza, en el palacio imperial. Acorralado, empezó a plantearse la huida, pero, entonces, Teodora habló. De lo que dijo solo queda una interpretación literaria de la principal fuente que se tiene de su vida, Procopio, quien la aborrecía, pero que aseguró que fue la emperatriz la que convenció a Justiniano de no rendirse y luchar por conservar la púrpura. Para Teodora huir no era una opción, pues no estaba dispuesta a renunciar a esa vida dichosa a la que tanto le había costado llegar.

De esta forma, se ordenó al general más destacado del ejército de Justiniano, Belisario, recién llegado de la guerra contra los persas, y al general Mundo de los Ilirios, que se encontraba en la ciudad en ese momento con sus tropas, dirigirse al hipódromo y zanjar el asunto por la fuerza. Se calcula que mataron a 35 000 personas. Justiniano condenó a muerte a Hipatio, borrando al usurpador del mapa. La ciudad, en la que se acumulaban las ruinas de la destrucción de esos ocho días de la conocida como revuelta de Niké, quedó sumida en el silencio durante un tiempo. Es probable que, al recorrer las calles de Constantinopla, los esqueletos de las edificaciones y los escombros compusieran una imagen desoladora. Entre ellos, partes del palacio, Santa Irene, los baños de Zeuxippos, el hospicio de Sansón —del que no pudieron salir los pacientes— y Santa Sofía.

La basílica de Santa Sofía se había terminado en el 360 d. C., como parte del nervio constructor tras la legalización del cristianismo. A principios del siglo v, siendo ya la religión imperial, se remodeló. A finales de enero del año 532 no quedaban ni los cimientos. Todo había ardido. Justiniano, con la situación bajo

control, tomó entonces la decisión de aprovechar la coyuntura para erigir una iglesia de dimensiones desconocidas hasta el momento y así hacer resurgir de las cenizas ese templo dedicado a la sabiduría. Las obras de la nueva iglesia de Santa Sofía se extendieron desde el 532 al 537. Mandó traer mármoles y columnas del Egeo y de la costa atlántica; movilizó a miles de trabajadores y contrató a dos científicos para desarrollar la empresa, Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto. El resultado fue un templo monumental, coronado por una gran cúpula —que se cayó veinte años después y debió reconstruirse —, rico en mármoles, pórfidos, cristales y repleto de efectos ópticos y juegos geométricos que recordaban al feligrés la insignificancia de su presencia en comparación con el poder de Dios y el del emperador.

Aunque Santa Sofía fue el gran proyecto constructivo del reinado de Justiniano, el emperador y la emperatriz fueron promotores de diversos edificios como, por ejemplo, los hospicios de Isidoro y Acadio o la iglesia de los Santos Apóstoles, en Constantinopla, la nueva iglesia de San Juan Evangelista en Éfeso o la iglesia de Teotokos en el monasterio de Santa Catalina en Egipto, cuyo mosaico de la transfiguración, de característico fondo dorado, es una de las obras de arte más aplaudidas del periodo.

Se sabe que, hacia el año 535, en medio de la fiebre constructiva, gran arma propagandística imperial tras la revuelta de Niké, se introdujeron muchas de las reformas legislativas anteriormente mencionadas. Entre los cambios vinculados con las mujeres, cabe destacar la prohibición de empujar a una mujer a convertirse en actriz; la posibilidad, en caso de serlo, de abandonar esa vida —incluso si se ha jurado no hacerlo, algo habitual en el mundo del teatro en esos tiempos para atar a las actrices de por vida—, y el derecho de contraer matrimonio con hombres de mayor rango social. También se igualó la dote masculina y femenina, lo que reducía la presión sobre las familias con hijas, permitió a las mujeres tener propiedades y heredar, legalizó los casamientos entre rangos sociales dispares, limitó las causas de divorcio y eliminó la pena de

cárcel para las mujeres, evitando así abusos en las prisiones, y la cambió por una fianza o el ingreso en un convento. Así mismo, se prohibió la prostitución y se expulsó a los proxenetas de la ciudad. Una vez más, no hay constancia de que Teodora influyera en estas decisiones. Sin embargo, tampoco se puede descartar, pues es evidente que muchas de las reformas aluden, de forma directa, a la propia experiencia vital de la emperatriz. En cualquier caso, estas iniciativas se inscriben dentro de la compasión cristiana en boga, pues en el *leit motiv* de toda la casuística subyace la condición del arrepentimiento y la conversión de la mujer para llevar una vida dichosa y respetable según las directrices cristianas.

La década del 540 comenzó de la peor de las maneras para Justiniano y Teodora. La peste bubónica llegó a Constantinopla y mató a la mitad de la población. En todo el Imperio de Oriente se cobró la vida de veinte millones de personas. Aquello debió de suponer un duro golpe. Y es que, el mismísimo emperador sucumbió a las fiebres. Se cree que Teodora asumió el poder durante la convalecencia de su esposo, que estuvo enfermo hasta finales del año 542. Entretanto, el célebre general Belisario, que había salido victorioso en la campaña contra el reino vándalo del norte de África en el 533, había sido enviado por Justiniano a continuar avanzando por el Mediterráneo con objeto de recuperar los territorios del desaparecido Imperio romano de Occidente. Era una empresa muy ambiciosa, un intento de revivir el imperio total tras firmar una tregua con los persas.

Así, Belisario se enfrascó en la conocida como guerra Gótica contra el reino ostrogodo, viejo aliado romano en la península itálica, pero que ahora molestaba a los delirios de grandeza del emperador bizantino. Además, eran arrianos, corriente cristiana ya considerada herejía. La contienda permitió que las tropas de Justiniano recuperaran Rávena, que había sido la última capital del Imperio de Occidente y que era, en esos momentos, sede de la corte ostrogoda. Gracias al control de esta ciudad, tenemos la representación más famosa de Teodora, la del mosaico de la iglesia de San Vital, un

ejemplo sin parangón de paridad en el poder entre un emperador romano y su esposa. Sin embargo, la situación en la península itálica y en Dalmacia no se calmó, con lo que las luchas continuaron durante la década del 540 y a hasta principios de la del 550. Al final de la contienda, el imperio bizantino conservó el control de una franja de territorio en la península itálica al que se conoció como exarcado de Rávena y que duró hasta el siglo VIII. En su proyecto de recuperación del antiguo imperio, llegó hasta la península ibérica, poniendo en jaque al poder visigodo en las zonas de las actuales Murcia y Almería.

En los años posteriores a la epidemia de peste, se sitúa la mayor actividad de Teodora, a título individual, en aras de la protección del monofisismo. Aunque emperador y emperatriz debatían abiertamente en el Senado sobre este asunto, tratando de fomentar el diálogo entre las dos corrientes, Teodora se empezó a mover por su cuenta en la década del 540. Una de las grandes obras de la Augusta fue convertir el palacio de Hormisdas, aquel en el que había pasado los primeros años de relación con Justiniano y que él le había regalado, en un refugio para monjes y clérigos monofisitas llegados de distintas zonas del imperio a Constantinopla. Se dice que la emperatriz los visitaba cada dos o tres días y que, en alguna ocasión, el propio Justiniano la acompañó. Dentro de la política religiosa de apoyo al monofisismo, Justiniano aprobó en el 543 el edicto de los Tres Capítulos. Este condenaba las obras de tres teólogos nestorianos, otra corriente doctrinal que chocaba con el monofisismo al afirmar la doble naturaleza de Cristo, aunque con matices incompatibles con las tesis caledonias. El apoyo de las iglesias latinas occidentales a los Tres Capítulos abrió un periodo de debate en el seno de la Cristiandad que desembocó en la convocatoria del concilio de Constantinopla en el 553.

Sin embargo, en esos años, en medio de las tensiones religiosas y políticas, Teodora cayó enferma, se cree que de cáncer. No se conoce con exactitud cuánto duró la enfermedad. Las fuentes hablan de que, desde el ascenso al trono, la emperatriz llevaba una vida

ociosa, en la que el cuidado de su salud era prioritario. Se desconoce si las visitas a manantiales, en excesivas procesiones para demostrar su poder y riqueza, o los retiros, en verano, al palacio de Hieron, en la desembocadura del Bósforo, tuvieron como objetivo propiciar un embarazo que jamás llegó o si, por el contrario, su salud se quebró pronto.

En cualquier caso, el día 28 de junio del 548 murió Teodora de Bizancio con unos cincuenta años. Sus restos se enterraron en la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla, uno de esos templos de los que ella y su marido habían sido promotores y en el que, de hecho, se sabe que ella puso la primera piedra. En el 548 no estaba terminada, pero se consagró solo dos años después. Las fuentes dicen que, en el lecho de muerte, Teodora pidió a su esposo que le hiciera una promesa: proteger a los monofisitas. Justiniano aceptó y la cumplió hasta su muerte, en el 565. Lo sucedió su sobrino, Justino, que gobernó con el nombre de Justino II. Antes de morir, Teodora, dentro de su red de estrategias matrimoniales para favorecer a familia y amistades y hacer caer a sus enemigos, como Juan de Capadocia, había logrado que la hija de su hermana Comito, Sofía, se casara con él. Así, el legado de la emperatriz salida de los escenarios, parte indiscutible de la primera edad de oro del Imperio bizantino, trascendió su final.



LEONOR
DE AQUITANIA
(c. 1122-1204)

No puede ganar. No esta guerra en la que tanto me juego. Él ha tomado sus decisiones; yo las mías. Es tiempo de ofrecer el testigo a nuestros vástagos, de prepararnos para ese futuro que comenzará tan pronto termine nuestra vida. Con estos ropajes, apenas me reconozco a la luz de la luna. El camino parece despejado. Los caballeros que me acompañan avanzan silenciosos. No cruzamos miradas para no despertar sospechas, ni siquiera en el viento que acaricia los lomos de los caballos, las mejillas de esta mujer que ha sido reina dos veces. Un galope lejano se va acercando. Uno de los hombres que me acompaña me hace una seña para que no alce la mirada. El galope se aproxima más y más. Entonces, una voz nos da el alto. De pronto, este camino de Chartres se me antoja infinito; la corte de Francia, un paraje inexpugnable. El recuerdo de mis hijos, una punzada en el costado. El galope se torna trote y paso. Son varios hombres a caballo que nos impiden continuar la marcha. Enseguida se identifican como leales a mi marido. Nos ordenan desmontar. Continúo sin alzar la vista. Uno de ellos nos analiza con detenimiento a todos. Y llega hasta mí. El corazón me late en las sienes. Me insta a que levante la cabeza. Me resisto un segundo, pero, entonces, mi dignidad de duquesa, de reina, lleva mi mirada a

la altura que merece, no menos. El enviado del rey esboza una sonrisa burlona al reconocerme tras la vestimenta de hombre con la que he pretendido huir. Mi libertad se apaga como una vela de cera marchita. En lo alto, la luna me susurra paciencia.



Para llegar a nuestra siguiente reina, Leonor de Aquitania, hay que pasar varias páginas en nuestro libro de Historia. En concreto, más de seiscientos años. Mientras Teodora de Bizancio pertenece a la Alta Edad Media, es decir, el primer periodo medieval, a Leonor debemos enmarcarla en la Plena Edad Media, la fase intermedia y en la que los elementos del medievo se hallan en su máximo esplendor. Algo que te ayudará a ubicarte rápidamente es el detalle de que la época en la que vivió Leonor es la del inicio del arte gótico, el de catedrales como la de Notre-Dame de París o la de Chartres. Y es que, de hecho, son los territorios de la actual Francia a donde quiero que dirijas ahora tu mirada. Las tierras romanas de las Galias, debilitadas por la carcoma política y económica, no fueron capaces de contener el avance de suevos, vándalos y alanos, que cruzaron el Rin helado en el 406. Para expulsarlos, la moribunda Roma pidió ayuda a los visigodos, que pudieron asentarse en la zona hasta que los francos, convertidos al cristianismo, los derrotaron en la batalla de Vouillé en el 507, dando inicio al reino franco (origen etimológico de «Francia»). En la cúspide de este reino estuvieron los merovingios, los carolingios y, desde el 987, los Capetos (para entendernos, primos de los Borbones). A principios del siglo XII, momento en que comienza la historia de Leonor, Francia era un crisol de ducados, marquesados y condados vasallos de un rey que, paradójicamente, tenía menos tierras que muchos de ellos. Esta situación era resultado de la aplicación del régimen feudal fijado por la capitular de Quierzy, en el 877. Este sistema se basaba en el acuerdo entre hombres de armas por el que uno (el señor) prometía

protección y feudos (títulos y tierras) a otro (el vasallo) que, a cambio, correspondía con apoyo militar en la guerra y consejo político en la paz (corte). Al igual que el cristianismo, el régimen feudal caracterizó la Europa occidental medieval.

Así, volviendo a nuestra protagonista, cuando ella nació, los Capetos tenían algunas tierras sin solución de continuidad en los aledaños de París, el Orleanesado y Berry. El ducado de Aquitania, por el contrario, era mucho más extenso: sus fértiles tierras iban desde el río Indre hasta los Pirineos. Allí, entre 1120 y 1124, nació Leonor. Era la primera hija del duque de Aquitania, Guillermo X, y de Aenor de Châtellerault. Su abuelo, Guillermo IX «El trovador», había sido un duque un tanto controvertido. Conocido por su amor por la poesía y su tendencia a la provocación, terminó su reinado acumulando fracasos políticos. El padre de Leonor, por su parte, tuvo un perfil algo más bajo, pese a que potenció la poesía en su corte. Ambos duques tuvieron una relación de idas y venidas con la Iglesia. Tanto es así que el padre de Leonor, inmerso en un momento de gran inestabilidad por la pérdida de influencia sobre sus vasallos aquitanos, decidió peregrinar a Santiago de Compostela, donde se acababa de terminar una nueva catedral románica, custodia de los restos del apóstol Santiago. Partió a inicios del año 1137. Por el camino, cayó enfermo y murió en Santiago en el mes de abril.



El duque, en la fecha de su fallecimiento, solo tenía dos hijas vivas: Leonor y Petronila. Como era habitual en cualquier viaje, y especialmente en esa dura peregrinación que se había popularizado

en los últimos trescientos años en Europa, Guillermo X dejó todo atado por si no lograba regresar. Así, en sus últimas voluntades, cedió la tutela de su hija mayor a su señor, el rey de Francia. En esos tiempos, Luis VI El Gordo ocupaba el trono en París. Y Luis VI tenía un hijo de diecisiete años, Luis el Joven, llamado a sucederlo más pronto que tarde, pues el monarca no andaba muy bien de salud. De este modo, Leonor, que tendría entre trece y dieciséis años, no tardó en ser prometida con el heredero al trono francés. La jugada de Luis VI El Gordo fue maestra, pues con ese matrimonio logró agrandar los limitados dominios de la corona e incluir un vasto ducado como el de Aquitania, rico en el cultivo de vid, en la cría de ganado, zona de paso de rutas comerciales y con acceso al Atlántico. Por otro lado, no era recomendable que Leonor, heredera del ducado, permaneciera sin protección durante mucho tiempo, pues señores vecinos o ciertos vasallos rebeldes de la propia Aquitania podían atentar contra su poder.

La boda se celebró el día 25 de julio de 1137 en la catedral de San Andrés de Burdeos y el convite tuvo lugar en el palacio de l'Ombrière. A ella acudieron más de mil invitados. El rey de Francia había mandado a su hijo a Aquitania con una escolta espectacular, con cerca de quinientos caballeros, un despliegue de medios que tenía un objetivo claro: hacer alarde de su poder. Entre los que lo acompañaron estaba uno de los principales consejeros del monarca, el abad Suger, uno de los personajes que encontramos vinculado a la promoción de las primeras manifestaciones del arte gótico. Leonor tuvo que despedirse de su familia y hogar y partir junto a su esposo. Unos días más tarde, en el palacio de Poitiers, recibieron la corona ducal de Aquitania, acto acompañado de un gran banquete. Allí, el abad Suger se acercó al hijo del rey de Francia y le comunicó una noticia que acababa de conocer: el rey había muerto a causa de la disentería que lo aquejaba desde hacía un tiempo. Leonor y Luis el Joven partieron rumbo a París.

Luis el Joven fue coronado en Bourges en el mes de diciembre de ese mismo año. A partir de aquí, nos referiremos a él como Luis

VII. Él no había sido el hijo primogénito, por lo que fue educado para entrar en la carrera eclesiástica. Sin embargo, su hermano mayor, Felipe, había muerto solo seis años antes en un accidente montando a caballo, lo que lo había colocado en la primera línea de sucesión. Junto a Leonor, residió como rey de Francia en el palacio de la Cité de París. Al pensar en el París que conoció Leonor, debemos imaginar una población de tamaño reducido, calles angostas y murallas en torno a la isla de la Cité que, no obstante, se estaba convirtiendo en un importante centro intelectual gracias a las abadías allí establecidas. De cualquier modo, Leonor procedía de un ambiente cultural algo distinto e, incluso, su lengua materna era diferente: la lengua de oc. Además, su familia, que había protagonizado tiras y aflojas con la Iglesia, no gozaba de la mejor reputación en ese sentido dentro de la, en teoría, piadosa y sobria corte capeta.

Los primeros años de matrimonio y reinado estuvieron plagados de tensiones. Como solía ocurrir, la carrera por lograr la influencia sobre el rey estaba servida entre Leonor, la madre de Luis VII y consejeros de la talla del abad Suger. Así mismo, la ampliación de los territorios controlados por la corona supuso una multiplicación de las dificultades. Entre ellas, una revuelta burguesa en el condado de Poitou —incluido, junto al ducado de Gascuña, en el ducado de Aquitania heredado por Leonor— y un intento de reclamación de los derechos de Leonor sobre el condado de Tolosa a través de su abuela. Además, el entorno de Leonor ocasionó un gran roce de Luis VII con Roma: Petronila, su hermana pequeña y a la que se llevó a la corte de París en cierto momento, se enamoró de Raúl de Vermandois, primo del rey y casado con la sobrina del conde de Blois-Champaña. Luis y Leonor se implicaron en el asunto gestionando la nulidad matrimonial de Raúl y permitiendo el casamiento entre este y Petronila, lo que no gustó nada a la Iglesia cuando fue alertada por el ofendido conde de Blois-Champaña. En esos años, la Iglesia estaba muy implicada en la organización del parentesco en la cristiandad y ponía especial atención en los

matrimonios. Así mismo, el rey de Francia, como fue habitual en varios monarcas medievales, deseaba intervenir en el nombramiento de los obispos de su reino, algo que generó mayores tiranteces con Roma. El episodio de Raúl y Petronila terminó con el enfrentamiento entre Luis VII y el conde de Blois-Champaña. El rey envió un destacamento militar a la ciudad de Vitry, sita en la Champaña; la atacó y prendió fuego al caserío, ocasionando la muerte de quinientos habitantes refugiados en la iglesia, pasto de las llamas.

Aconsejados por Bernardo de Claraval, el gran dinamizador de la recta y austera reforma monacal cisterciense, Leonor y Luis rebajaron el nivel de rebeldía en contra de la Iglesia, pese a que Raúl y Petronila, cuya unión fue anulada, continuaron viviendo juntos. Por su parte, Leonor, que en siete años solo había sufrido un aborto, creyó que aquello le abriría la puerta a la maternidad; por la suya, Luis, profundamente abatido y taciturno tras lo ocurrido en Vitry, soñaba con expiar sus pecados. Ambos objetivos fueron alcanzados en los años siguientes. Luis y Leonor dieron la bienvenida a su primera hija, María, en 1145. Poco después, el rey de Francia se comprometió a peregrinar a Jerusalén. Esta promesa se convirtió en voto de Cruzada cuando llegaron las noticias de la toma y destrucción de Edesa, capital del condado cruzado homónimo, por parte de Zengi, el gobernador de Alepo y Mosul. Era la Segunda Cruzada. Y Leonor se unió a ella.

Tras un año de preparativos, recaudación de fondos, de hombres y de vasallos dispuestos a acompañar a los reyes de Francia, el ejército cruzado emprendió viaje el 11 de junio de 1147. Además de Leonor, fueron muchas las esposas de vasallos que se unieron a la expedición. Algunos cronistas señalan la presencia femenina, junto con sus numerosos séquitos de doncellas, como motivo de la lentitud con la que la caravana cruzada avanzó hacia Oriente. Por el camino de Metz y Worms, marcharon hacia Constantinopla, donde el emperador de Bizancio, Manuel Comneno, había aceptado recibirlos. La ciudad en la que, seiscientos años atrás, vivió Teodora continuaba siendo una urbe fastuosa y de gran

relevancia económica, política y cultural, pese al azote del islam y de los turcos —convertidos al islam desde el siglo IX— sobre los territorios del Imperio bizantino. Las fuentes indican que Leonor, quizás aburrida de la sobriedad capeta, quedó maravillada con el lujo bizantino. Entre banquetes y recepciones, pasaron tres semanas en las que, no obstante, la soldadesca y la población bizantina protagonizaron algunos episodios tensos. Al reanudar el camino e internarse en la compleja travesía de Anatolia hacia el sur, se toparon con una escena deplorable: los restos de los cruzados liderados por el emperador del Sacro Imperio, Conrado II, primera tanda de aquella Segunda Cruzada. Aquello no podía ser peor presagio, pues a Constantinopla habían llegado noticias de victoria. Todo indicaba que el emperador de Bizancio los había vendido a los turcos.

Así, la propia caravana liderada por el rey Luis VII fue atacada poco después. Leonor y Luis lograron sobrevivir, pero el ejército quedó diezmado. Agotados, decidieron terminar la ruta por mar hasta Antioquía —si recuerdas, la ciudad en la que murió Julia Domna y por la que pasó Teodora—. Llegaron allí el 19 de marzo de 1148. Habían pasado ocho meses desde el inicio del viaje, pero por fin habían llegado a Tierra Santa. En Antioquía, a raíz de la Primera Cruzada, se había establecido un principado cristiano. En tiempos de la Segunda, lo gobernaba Raimundo de Tolosa, el tío de Leonor. Lo que ocurrió durante el año en el que Leonor, Luis, su séquito y caballería permanecieron en Antioquía es objeto de gran debate entre los historiadores. Lo que parece seguro es que los intereses de Raimundo de Tolosa y Luis VII era distintos. Raimundo deseaba atacar Alepo y terminar así con la amenaza que había hecho caer Edesa para recuperarla; Luis VII anhelaba alcanzar el objetivo final de toda peregrinación a Tierra Santa, Jerusalén, y, desde allí, organizar la campaña militar. También es probable que Leonor se sintiera feliz en aquella corte, plagada de personajes procedentes de la Francia meridional y en la que contaba con el apoyo y la simpatía —jamás sabremos hasta qué punto— de su tío.

El momento de máxima tensión llegó cuando, tras varias campañas militares sin gran importancia y la debida visita a los lugares santos, Luis VII tomó la decisión de regresar. Leonor se negó. La discusión alcanzó cotas inimaginables y llevó a Leonor a dar una estocada fatal a su matrimonio: clamó que su unión era incestuosa según los actuales cánones de la Iglesia, pues estaban relacionados en un grado de parentesco prohibido. Algunas fuentes señalan que el rey no había tenido noticia de esto; no era sencillo rastrear los siete grados que Roma reprobaba en ese momento. Pese a ello, a la fuerza o no, Luis VII sacó a Leonor de Antioquía en la Pascua de 1149 y, por separado, viajaron por mar de vuelta a casa. Por si fuera poco, durante la travesía, el barco en el que iba Leonor fue capturado por los bizantinos, aunque liberado tres semanas más tarde. Y, además, al desembarcar en Potenza, se enteró de que su estimado tío Raimundo había caído en batalla. Ya reunida con Luis VII, pararon en Tusculum, donde fueron recibidos por el Papa, que, quizá por razones políticas, ratificó su matrimonio pese al parentesco y los animó a reconciliarse. Fruto de ello, nació la segunda hija de la pareja, Alix.

Sin embargo, el matrimonio ya estaba condenado. La muerte del abad Suger en 1151, uno de los más fervientes defensores de su reconciliación, volvió a poner la unión en cuestión. Finalmente, apelando al parentesco prohibido y a la falta de descendencia masculina, Luis VII convocó, en marzo de 1152, un concilio en Beaugency —con la connivencia de Leonor—, y el matrimonio entre ellos quedó disuelto. Leonor marchó enseguida. Ya no era reina de Francia, era duquesa de Aquitania, así que lo propio era regresar a sus dominios. Sus hijas, María y Alix, se quedaron con el rey. Solo en el camino hasta Poitiers, Leonor sobrevivió a dos intentos de asalto para casarla por la fuerza con señores sedientos de poder, deseosos de hincarle el diente a las valiosas propiedades de la duquesa. Esta falta de seguridad se solventó pronto, y es que, en un giro de guion que quizás no esperabas, Leonor volvió a casarse solo dos meses después de su divorcio.¿Quién fue el afortunado? El jovencísimo

Enrique Plantagenet, duque de Normandía y conde de Anjou. Las porciones de la tarta de lo que hoy visualizamos como Francia se unieron entonces por el oeste.

Las motivaciones de esta unión se explican solo con razones políticas y económicas. Sin embargo, algunas fuentes indican que Enrique y Leonor se habían conocido en la corte capeta de París, cuando Enrique y su padre, fallecido en 1151, habían visitado al rey de Francia con objeto de limar las asperezas surgidas a raíz de que Enrique hubiera sido nombrado duque por su padre sin consultar al rey, como era costumbre entre señores y vasallos. Si se enamoraron o gustaron entre bambalinas de las negociaciones del rey y el que era uno de sus vasallos más poderosos —y, por tanto, uno de los que más aborrecía— no podemos saberlo. Lo que es seguro es que organizaron y ejecutaron el matrimonio con gran habilidad y rapidez, sin pedir consentimiento al rey de Francia como mandaba la tradición, lo que no favoreció a la imagen de Leonor en los dominios franceses. Paradójicamente, pues ella había sido acusada en numerosas ocasiones de infertilidad e incapacidad para dar un hijo varón al rey, Enrique y Leonor tuvieron a su primer hijo, Guillermo, solo un año después de casarse. Luis VII no estaba nada contento...

Sus primeros años de matrimonio parecen reflejar coordinación entre la pareja en el ejercicio de sus deberes. Entretanto, los dominios no dejaron de crecer. De partida, desde el enlace, contaban con el ducado de Normandía, el condado de Anjou y el ducado de Aquitania. Pero, además, Enrique Plantagenet se embarcó en la lucha por la reclamación de sus derechos sobre el trono de Inglaterra. Esta pugna la heredó de sus padres, Matilde y Godofredo V el Hermoso, conde de Anjou, quienes se pasaron la vida disputándole la corona a Esteban de Blois. Este había sucedido a Enrique I Beauclerc, su tío, que había perdido a todos sus hijos en un naufragio, salvo a Matilde. En lugar de nombrar sucesora a su hija, el poder pasó, por vía de su hermana Adela —casada con Esteban, conde de Blois— al hijo de ambos. Godofredo V logró arrebatarle el ducado de Normandía por las armas en 1138 al primo

de su esposa. Sin embargo, el trono inglés se les resistió, y la inestabilidad y guerra terminaron por enquistarse en la isla. Enrique Plantagenet, tras haber recibido Normandía y Anjou por parte de sus padres y Aquitania por medio del matrimonio, consiguió el poder suficiente para presionar a su tío segundo para que le cediera el trono. Y así ocurrió en 1154. A partir de ahora, por tanto, lo llamaremos Enrique II. Leonor, en una sola vida, en apenas veinte años, fue coronada como reina de Francia y como reina de Inglaterra.

Tras la coronación en la abadía de Westminster, en diciembre de 1154, Enrique se centró en la organización del gobierno y la administración de Inglaterra, así como en el fortalecimiento de la monarquía, tras años de inestabilidad y guerra sucesoria. Leonor lo asistía en el gobierno de sus extensos dominios; sobre todo, en el continente mientras él se encontraba en la isla. Eran habituales los viajes juntos y separados. Y, al contrario que en su primer matrimonio, se quedó embarazada de forma sistemática en los años siguientes. La pareja tuvo, en total, entre 1153 y 1166, ocho hijos: Guillermo, Enrique, Ricardo, Godofredo, Matilde, Leonor, Juana y Juan. Guillermo falleció siendo un niño, con lo que Enrique fue, en la práctica, el primogénito.

Mientras tanto, a poca distancia, Luis VII, el primer marido de Leonor, también se había vuelto a casar. Lo había hecho con Constanza de Castilla que, en esos años, le dio dos hijas. En este punto, debemos comprender que la acumulación de territorios de Enrique II y la descendencia masculina asegurada enrarecía la relación de vasallaje entre él y un rey de Francia posiblemente desconcertado. Los primeros años de relación entre Luis VII y Enrique II fueron de cierta concordia, a ambos les convenía. Sin embargo, un nuevo intento de reclamar los derechos de Leonor sobre el condado de Tolosa, esta vez de la mano de su segundo marido, volvió a tensar la cuerda. Los Plantagenet y los Capeto protagonizaron en los años siguientes un sinfín de treguas y enfrentamientos entre los que se disputaron territorios fronterizos,

se acordaron matrimonios y conspiraron sin cesar. Una de cal y una de arena. El sumun del conflicto llegó con la Iglesia de por medio. Enrique II quiso ganar autoridad frente al poder religioso en su reino y promulgó las llamadas Constituciones de Clarendon en 1164. En contra de ellas, Thomas Becket, su antiguo canciller y amigo, nombrado arzobispo de Canterbury dos años antes, quien, ante el enfrentamiento con su rey, buscó refugio en la corte del rey de Francia.

Un año después, en 1165, el cariz de los acontecimientos comenzó a cambiar para Luis VII, pues logró el anhelado hijo varón junto a su tercera mujer, Adela de Champaña: Felipe Augusto. Enrique, por su parte, se vio envuelto en numerosas campañas para pacificar sus dominios. En Aquitania, proliferaron las voces en contra de su forma centralizada de gobernar. El rey de Francia y el de Inglaterra se encontraron en varias ocasiones para limar asperezas. Entre viajes diplomáticos, Leonor sobrevivió a una emboscada ideada por uno de los opositores de Poitou. Ella había continuado apoyando a su esposo en las obligaciones de gobierno, tanto en la isla como en el continente. Se reunían en las cortes de Pascua y Navidad, celebradas cada vez en distintos lugares de sus dominios. Parece probable que, en esos años, Leonor conociera la noticia de que Enrique se había echado una amante, la joven Rosamund Clifford. De cualquier modo, para finales de la década de 1160, con su último hijo ya nacido, la pareja comenzó a distanciarse sin remedio. Leonor tendió a residir, de forma creciente, en Aquitania, mientras Enrique y Rosamund pasaban largas temporadas en Woodstock.

Tanto Enrique como Leonor, conscientes del suculento poder que habían logrado amasar, comenzaron a obsesionarse con el asunto de la sucesión. Sus hijos habían ido creciendo y se habían consolidado acuerdos matrimoniales. A Enrique, el mayor, lo habían casado con una de las hijas del rey de Francia, acuerdo negociado en un momento de acercamiento y ejecutado tras conocer el nacimiento del heredero francés. A Matilde, con el duque de Sajonia,

y Leonor estaba prometida al rey de Castilla. En el otoño de 1170, el asunto sucesorio cobró gran importancia cuando Enrique II cayó enfermo. Creyendo que iba a morir, escribió sus últimas voluntades y repartió los dominios del siguiente modo: a Enrique, Normandía y la herencia Plantagenet; a Ricardo, Aquitania y la herencia de Leonor; a Godofredo, la Bretaña; y, a Juan, la promesa del condado de Mortain. Sin embargo, estas palabras tuvieron poca efectividad a corto plazo, pues Enrique II se recuperó. Mas sus hijos tomaron nota de todo.

Aun así, Enrique y Leonor empezaron a preparar a sus dos hijos mayores para la entrega de sus herencias. Él promovió la coronación de su hijo Enrique como rey de Inglaterra, detalle que empeoró su relación con Thomas Becket y el rey de Francia, a los que necesitaba para la ceremonia y de los que prescindió. Finalmente, llegaron a un acuerdo que permitió el regreso de Becket a Inglaterra y la repetición de la coronación en 1172. Sin embargo, Becket no pudo oficiar tampoco esa, pues fue brutalmente asesinado en su catedral. Leonor, por su parte, se empleó a fondo en preparar a Ricardo, su hijo preferido, para ser el nuevo duque de Aquitania. Así mismo, en su corte de Poitiers, convertida en un lugar en el que abundaba la poesía, la música, los banquetes y torneos, reunió a la mayoría de sus hijos, con los que estrechó lazos. No podemos saber hasta qué punto Leonor influyó en las crecientes reclamaciones de los hijos hacia su padre que, si bien había trazado las líneas de su futuro, era reacio a otorgarles poder real.

Las relaciones familiares empeoraron. El más ofendido era el primogénito, Enrique, coronado, pero sin capacidad de gobierno, y cuya prometida herencia había mermado en favor de ese hermano pequeño que empezaba a postularse como el favorito del rey, Juan. Las herencias, ¡qué gran aglutinante familiar! Enrique atrajo a la causa en contra de su padre a sus hermanos Ricardo y Godofredo. Lograron reunir apoyos y la ayuda del mismísimo rey de Francia, Luis VII, y desencadenaron una rebelión en contra de Enrique II. La guerra comenzó en el verano de 1173 en Normandía. Enrique exigió

a su esposa que marchara a su lado, pues era bien sabido que ella estaba de parte de sus vástagos. Leonor ignoró las peticiones de su marido y trató de que los vasallos aquitanos se unieran a la revuelta. En noviembre, Enrique marchó contra ellos para reprimir cualquier atisbo de levantamiento. Leonor huyó de Aquitania vestida de hombre a fin dereunirse con sus hijos en la corte de Francia, pero la capturaron en el caminode Chartres y la entregaron a Enrique II. Después de controlar la situación en sus tierras y aplacar así la rebelión iniciada por sus propios hijos, Enrique se reunió con Leonor en Chinon y la llevó hasta Barfleur. La reina embarcó el 7 de julio de 1174 rumbo a las costas inglesas. En Inglaterra, fue llevada y encerrada en la torre de Salisbury, donde vivió confinada durante quince años.

En el tiempo en que Leonor estuvo retenida y vigilada en Inglaterra —salió de la torre en algunas ocasiones, pero siempre acompañada por dos hombres del rey—, Enrique II logró derrotar a sus hijos. El rey de Francia, cauto, optó por dar un paso a un lado y firmar una nueva tregua con su homólogo inglés. El último en someterse a la voluntad de su padre fue Ricardo. Curiosamente, tras este fatídico episodio de traición familiar, Enrique perdonó a todo el mundo, menos a Leonor. De hecho, el cautiverio a la que la sometió le permitió vivir abiertamente su relación con Rosamund. Mas solo duró dos años, pues la joven murió en 1176. Por su parte, los hijos de Leonor y Enrique fingieron cordialidad con su padre durante un tiempo e, incluso, empezaron a discutir entre ellos por poder y territorios.

En 1183 falleció el primogénito, Enrique, con lo que Ricardo se convirtió en el mayor de los hijos vivos del matrimonio y, con ello, pasó a corresponderle la herencia paterna.

Se planteó así que Aquitania, tierra querida por Ricardo, pasara a su hermano pequeño Juan, pero se negó. El padre propuso que lucharan por conseguirla, así que estalló una nueva contienda familiar. En 1180, además, subió al trono el hijo de Luis VII, Felipe Augusto, a quienes los hijos, en distintos momentos, comenzaron a

acercarse. Con la muerte, en 1186, de Godofredo, quedaron solo dos hijos varones vivos, Ricardo y Juan. La relación de Ricardo con su padre no dejó de empeorar con los años —la cordialidad inicial había sido fingida—. Así, volvió a reunir apoyos y, en un provocador acto, rindió homenaje al rey de Francia, mostrando rechazo público a su propio padre. Enrique II no tardó en quedarse sin aliados y hasta Juan, con el que mejor relación había tenido, le dio la espalda. El padre, herido mortalmente en su orgullo, fue hallado sin vida en su lecho en una de las treguas de la batalla.

Con la muerte de Enrique el 6 de junio de 1189, la corona pasó a Ricardo. Una de sus primeras decisiones fue liberar a su madre. Leonor, que solo había abandonado su confinamiento inglés para satisfacer las necesidades políticas de Enrique en medio de los enfrentamientos con sus hijos, se puso enseguida al servicio de Ricardo. Promovió acciones para mejorar la vida en la región en la que había residido durante quince años, como la introducción de medidas uniformes de grano o tejidos o la fundación de un hospital.

Ricardo apenas tuvo tiempo de asentarse en el trono, pues enseguida debió unirse a la Tercera Cruzada, con la que se pretendía recuperar Jerusalén de manos de Saladino, el sultán de Egipto. Leonor, que se había encargado de buscar esposa a su hijo antes de que partiera y que se dedicaba a contener las ambiciones de Juan en su ausencia, debió de recibir con orgullo los relatos de las gestas de Ricardo en Tierra Santa. Al parecer, el apasionamiento del joven en cada proyecto en que se embarcaba fue lo que le valió el sobrenombre por el que ha pasado a la historia: Ricardo Corazón de León. Sin embargo, Leonor se percató de que algo había ido mal cuando, tras conocer que su hijo había iniciado el viaje de vuelta, las noticias dejaron de llegar. En marzo de 1193, descubrieron lo que había ocurrido: Ricardo había caído prisionero del duque de Austria quien, a su vez, lo había puesto en manos del emperador del Sacro Imperio. Este pidió un cuantioso rescate. Leonor se lanzó enseguida a recaudar la cantidad. Mientras tanto, Juan y el rey de Francia

aprovecharon la situación para mermar los dominios de Ricardo y conspirar en su contra.

Leonor marchó a tierras alemanas en diciembre de 1193, decidida a liberar a su hijo. Lo consiguió dos meses más tarde. Marcharon de vuelta a Inglaterra con el rescate pagado y Ricardo convertido en vasallo del emperador. Ante lo acontecido en su ausencia, Ricardo se enfrentó al rey de Francia y también a su hermano Juan, que se había escondido al conocer el regreso de ese hermano que creía que moriría antes de volver a casa. Una vez iniciada la contienda, Juan se sometió a Ricardo, gracias a la mano de su madre. Leonor trató de aconsejar a Ricardo que fuera cauto, pero este optó por desoír las recomendaciones de su madre que, quizá cansada, decidió retirarse al monasterio de Fontevraud. Finalmente, Ricardo consiguió derrotar al rey de Francia, Felipe Augusto, en 1194. Sin embargo, a ese monasterio ubicado al norte del Poitou en el que residía Leonor llegó la noticia, cinco años después, de la inesperada muerte de Ricardo a causa de una herida en una expedición a Lemosín para controlar a unos vasallos rebeldes. Fue enterrado en Fontevraud el 11 de abril de 1199. El sucesor designado era su hermano Juan.

Juan fue coronado en mayo. Y, aunque ya no tenía hermanos varones que le disputasen el trono, sí tenía un sobrino, Arturo, al que Ricardo, en los momentos de peor relación con su hermano Juan, había nombrado sucesor, antes de cambiar de opinión en el lecho de muerte. Estalló una nueva guerra, en la que Leonor tuvo mano política y diplomática. En los acuerdos de colaboración en pro del reinado de su hijo, estuvo la renovación de la paz que Ricardo había firmado con Felipe Augusto tras derrotarlo en 1194. En las cláusulas de la negociación se incluyó el acuerdo matrimonial entre el hijo del rey de Francia y una de las hijas del rey de Castilla, casado con una de las hijas de Leonor. Así, nuestra protagonista emprendió la última gran aventura de su vida con 76 años. Cruzó los Pirineos y se dirigió a Castilla donde escogió, de entre sus nietas Urraca y Blanca, a la futura reina de Francia. La elegida fue Blanca,

a la que hoy se conoce como Blanca de Castilla. La boda se celebró el 23 de mayo de 1200.

Después de cumplir con la misión que le había sido encomendada, Leonor volvió a retirarse al monasterio de Fontevraud. A pesar de sus intentos, Juan no logró mantener la cordialidad con el rey de Francia, que, con el tiempo, le retiró su apoyo y optó por ayudar a Arturo a arrebatarle la corona. La contienda avanzó por Normandía y Aquitania. Juan logró capturar a Arturo cuando, alertado por su madre, supo que se encontraba en Mirebeau, donde Leonor había huido a refugiarse ante el avance de las tropas enemigas. Sin embargo, Felipe Augusto continuó ganando posiciones, al tiempo que los rumores de crueldad de Juan hacían que perdiera partidarios. El hijo pequeño de Leonor ha pasado a la historia con el sobrenombre de Juan sin Tierra (sí, el de *Robin Hood*) debido a que, durante su reinado, perdió todas las posesiones inglesas en tierras francesas, a excepción del ducado de Gascuña. Con ello, el capeto Felipe Augusto pudo hacer realidad uno de los grandes objetivos de su linaje: ampliar los feudos de la corona.

Poco se conoce de cómo y dónde murió Leonor. Sí se sabe el año: 1204. Con más de ochenta años. Los lugares que se barajan son Chinon, Poitiers o Fontevraud. En cualquier caso, falleció refugiada en uno de los pocos bastiones que le quedaban, mientras el hijo de su primer marido se hacía con el control de su amada Aquitania. Fue enterrada en Fontevraud, junto a su marido Enrique y sus hijos Ricardo y Juana. Y, así, de forma silenciosa, tal y como había aparecido en la historia, Leonor, una reina de poema y leyenda, con una vida en la que cupieron varias, se marchó para siempre.



ISABEL
LA CATÓLICA
(1451-1504)

¿Cómo pasar del luto a la gloria en un suspiro? Nadie me enseñó que sentimientos tan contrarios podían tomar forma en una sola persona. ¿Alguno de estos súbditos que ahora me aclaman desde la plaza será capaz de leer la preocupación en mi mirada? Espero que no. Todavía resuenan en mi cabeza las exequias a mi hermano, mi querido hermano. Algo en la manera en la que todos me observan me hace anhelar el futuro que se halla más allá de este pórtico. Cuánto por hacer, cuánto por lograr. Solo necesito que todos me apoyen, que esa niña de dudoso origen se aparte del camino que sé que yo debo recorrer. Dios me acompaña, siento que está de mi lado. Con su protección, haré que el sol vuelva a brillar con fuerza en Castilla, seré la reina que todos necesitan, lograré unirlos en una causa común. El vocerío que se extiende por las calles de Segovia me abraza. ¿Sabrá entender mi esposo Fernando lo importante que era actuar con rapidez? Analizo a mis consejeros, a los nobles presentes que se han unido a mi proclamación, al pueblo jubiloso que acoge la nueva. Sonrío y alzo la cabeza con el pecho lleno de orgullo y temor. Sí, esa soy yo: Isabel, reina de Castilla desde hoy

hasta el día de mi muerte. Y no habrá ni pluma ni espada que pueda evitarlo.



La época en la que vivió nuestra siguiente protagonista es en la que el mundo de Leonor de Aquitania se fue difuminando para entrar en la era de la modernidad. Del periodo de esplendor medieval del que fueron testigos Leonor y sus célebres hijos, Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra, se pasó, en los siglos XIV y XV, a la fase conocida como Baja Edad Media, la última antes de entrar en lo que se ha dado en llamar Edad Moderna. En esos dos siglos, el azote de la peste bubónica, que masacró a un tercio de la población, cambió Europa para siempre. A ello también contribuyó el impacto de la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra —que siguieron enfrentadas más allá de los tiempos de Leonor— y la crisis de la Iglesia, durante la que los papas pasaron a residir en Aviñón. Por suerte, a mediados del siglo XV, cuando nació la reina que ahora nos ocupa, ya se notaba la recuperación económica, la peste solo aparecía en brotes de vez en cuando, los papas habían vuelto a Roma y acababa de terminar la guerra.



En la península ibérica, los visigodos desplazados por los francos en esa mencionada batalla de Vouillé fueron derrotados por los musulmanes en el siglo VIII, lo que dio comienzo al periodo conocido

como Al-Ándalus. El dominio andalusí, detenido en su intento de expansión por Europa por Carlos Martel (el abuelo de Carlomagno) en la batalla de Poitiers (año 732), tampoco logró someter un reducto en el norte peninsular, heredero de los visigodos, a partir del cual se fue conquistando y ocupando territorio hacia el sur durante seis siglos. En las tierras controladas por los cristianos se fueron fundando reinos y condados siguiendo el esquema del régimen feudal, en boga en el resto de la Europa cristiana. Estos, a su vez, se agruparon en Coronas: la de Aragón en 1137 y la de Castilla en 1230. A mediados del siglo xv, la reconquista estaba a punto de terminar: solo resistía el reino de Granada, en las actuales Granada, Almería y Málaga. La Corona de Castilla era el territorio más poblado y desarrollado económicamente. Su trono, desde 1350, lo ocupaba la dinastía de los Trastámara, una familia de la nobleza castellana que poseía el condado homónimo en Galicia. Desde 1412, esta misma familia logró aposentarse también en el trono de la Corona de Aragón. Todo quedaba en casa...

Juan II de Castilla fue el cuarto Trastámara en reinar en Castilla. En 1418, se casó en Medina del Campo con María de Aragón, con la que tuvo un hijo, Enrique. Al enviudar, y agradecido con el reino de Portugal por la ayuda en sus cuitas con los reinos de Aragón y Navarra, en 1447, optó por volver a casarse con una infanta de ese país vecino con el buscaba acercar posturas: Isabel de Portugal. Cuatro años después, nació la primera hija de la pareja, nuestra protagonista, a la que llamaron como su madre y su abuela, Isabel. Fue el 22 de abril de 1451 en Madrigal de las Altas Torres. En el invierno de 1453 tuvieron a su segundo vástago, un niño, bautizado como Alfonso. La dicha por el nacimiento se truncó pronto, pues el rey falleció solo unos meses después.

La corona pasó, como era lógico y estaba escrito en el testamento, al primogénito, que comenzó a reinar con el nombre de Enrique IV. Isabel de Portugal y los dos niños se marcharon a Arévalo, en compañía de la abuela, Isabel de Barcelos, y fijaron allí su residencia y corte. Así, los primeros once años de la vida de

Isabel transcurrieron en esa fortificada villa, importante centro mercantil, a unos 25 kilómetros de su lugar de nacimiento. Aunque no existe mucha información sobre la infancia de Isabel, sí se sabe que recibió la educación esperada en toda infanta, caracterizada por un cristianismo militante, una sólida base intelectual y la atención a lo doméstico y los modales. Su padre había dejado por escrito sus deseos en relación con la formación de sus dos hijos pequeños. Y la abuela Isabel fue la que se preocupó de que así fuera. La madre, Isabel de Portugal, sumida en una depresión que empeoró con el fallecimiento de su esposo, se recluyó. Así que Isabel creció con la influencia de su abuela, portuguesa, de su aya Clara Alvarnáez, de Santa Beatriz de Silva, de fray Martín de Córdoba y de don Gonzalo Chacón, entre otros. Aunque la corte de la reina madre estaba asegurada gracias a las últimas voluntades de Juan II, que dejó pautada la pensión y las villas que debían sustentarla, se sabe que Enrique IV no cumplió algunas de las condiciones y que apenas visitó a su madrastra y sus hermanos. Esta falta de interés, así como el hecho de tener que pasar su infancia fuera de la corte regia como se esperaba de dos infantes, motivaron cartas posteriores de Isabel en las que describía sus días en Arévalo como una etapa llena de estrecheces.

En cualquier caso, Isabel tuvo oportunidad, durante esos once años, de visitar la animada feria de Medina del Campo, una de las más importantes de Europa y a pleno rendimiento tras la recuperación económica. También de visitar Toledo. Aprendió a montar a caballo y a hablar tanto castellano como portugués. Quizá, gracias a la presencia lusa en la corte, escuchó los relatos de marinos, de las tierras que se hallaban más allá de la costa.

Mas todo cambió a finales de 1461. Su hermano mayor, Enrique IV, que se había casado una primera vez con Blanca de Navarra, había terminado disolviendo el matrimonio sin consumarlo justo antes de convertirse en rey, aludiendo a que la reina era impotente. En mayo de 1455, un año después de ocupar el trono, volvió a desposarse. Esta vez con su prima Juana de Portugal. Pero sin bula.

Tal y como ocurría en tiempos de Leonor de Aquitania, en este momento el asunto de los grados de parentesco y la consanguinidad continuaba siendo un problema para la Iglesia que, no obstante, no dudaba en emitir bulas para dispensar ciertos enlaces de parientes directos, beneficiosos desde el punto de vista político. Para Enrique IV, como para todo monarca, uno de los principales objetivos era asegurar la descendencia con el nacimiento de un heredero varón. Así que este nuevo matrimonio se planteó como una segunda oportunidad de lograr lo que el primero no le había proporcionado. Sin embargo, ya en los primeros años de Juana en la corte, los rumores no dejaron de correr. Los bisbiseos sobre si Enrique era homosexual y estéril o si Juana era adúltera fueron *in crescendo*. Y a ello no ayudó la llegada y el rápido ascenso sin grandes méritos de don Beltrán de la Cueva, un noble de segunda oriundo de Úbeda, que había entrado al servicio del rey Enrique IV el mismo año de su boda con Juana. Junto a otros jóvenes se integró en el círculo más cercano al monarca, ejerciendo de contrapeso a la influencia de grandes casas castellanas como la del marqués de Villena. Solo tres años después de su entrada en la vida del rey, en 1458, fue ascendido a Mayordomo Mayor, uno de los más altos cargos cortesanos, lo que generó suspicacias e hizo que el rumor sobre un posible idilio con la reina Juana se extendiera.

Así las cosas, la reina Juana se quedó embarazada en ese año 1461. Y justo en ese momento, el rey Enrique decidió hacer llamar a sus dos hermanos pequeños, de diez y ocho años respectivamente, a la corte regia. Isabel tuvo que trasladarse, abandonar a su madre, a su abuela, y el mundo que había conocido hasta entonces. Pasó a vivir con la reina Juana que, en 1462, dio a luz a una niña a la que puso el nombre de Juana y de la que Isabel fue madrina en el bautizo. Ese mismo año, la primogénita de Enrique IV fue jurada como heredera. La pequeña Isabel, mientras tanto, continuó con su formación en gramática, música, canto, danza, hábitos cortesanos y lecturas. En esa corte itinerante, además, pudo descubrir la compleja y cambiante política del reino.

El principal rasgo de la situación política castellana era la tensa relación existente entre el rey y los nobles, venidos a más. Una mezcla de favores acumulados e intereses cruzados, muchos de ellos más egoístas que otra cosa, llevaba generando tiras y aflojas desde hacía décadas. Y Enrique IV no logró revertir esta tendencia; al contrario, la intensificó. La fama de pusilánime y veleidoso, la tibieza de sus iniciativas militares —sobre todo en relación con esa reconquista que había que rematar— y el descontento generado en una parte de la nobleza por las medidas aplicadas no favoreció el buen funcionamiento de su gobierno que, por lo demás, coincidió con un periodo de cierta prosperidad en Castilla. De este modo, la nobleza estaba siempre al borde de la sublevación. Y por ese motivo, Enrique había optado por hacer llamar a sus hermanos a la corte y que pasaran a vivir bajo su vigilancia. Lo más seguro es que el hecho de que su primera y única hija resultara ser mujer no apaciguó el miedo a una conjura que no tardó en materializarse.

En el año 1465, el descontento de un sector de la nobleza llegó a tal punto que estalló una insurrección encabezada por dos personajes que me gustaría que conocieras cuanto antes: el arzobispo de Toledo, don Alfonso Carrillo, y el marqués de Villena, don Juan Fernández Pacheco. A partir de ahora me referiré a ellos como Carrillo y Pacheco. Así, el 5 de junio, aduciendo en Ávila la incapacidad de Enrique IV, proclamaron a Alfonso, el hermano pequeño de Isabel, que entonces tenía once años, nuevo rey. La guerra civil dio comienzo; también el cruce de acusaciones, aderezadas con la debida propaganda. El bando de Alfonso no dudó en empezar a cuestionar la legitimidad de Juana como sucesora de Enrique, aludiendo, en principio, a que los padres eran primos carnales y se habían casado sin dispensa papal. En paralelo, mientras la contienda se libraba en la meseta, Isabel trataba de evitar los planes de matrimonio que su hermano Enrique urdía como parte de sus acuerdos políticos y militares. Se cuenta que, cuando descubrió que este la había prometido con don Pedro Girón, el hermano de Pacheco, a cambio de apoyo en la guerra, no comió ni

durmió en un día, solo rezó. Y la serendipia quiso que el pretendiente muriera de camino.

En septiembre de 1467, los nobles sublevados rindieron Segovia, donde se encontraba la corte regia. En ese momento, Isabel tuvo que tomar una decisión trascendental: quedarse con Enrique o unirse a su otro hermano, Alfonso. Y escogió a Alfonso, con el que se reunió, mientras la reina Juana se refugiaba en el alcázar. Este le prometió en un documento que no la obligaría a casarse con nadie. Ambos marcharon a Arévalo, el que había sido su hogar y donde continuaba residiendo su madre, todavía enferma, aunque no su abuela, que había fallecido el año anterior. La guerra continuaba, alimentada por el baile de fidelidades a un bando o a otro. A principios del verano de 1468, Alfonso salió de Arévalo en dirección a Toledo, dispuesto a sitiar y recuperar esa plaza. Pero, en las primeras jornadas del viaje, cayó enfermo. Murió a los tres días, se dice que de peste. Así, el partido rebelde se quedó sin rey al que proclamar, lo que ocasionó que aparecieran dos posturas: los defensores de continuar con el plan, pero con Isabel como reina en tanto que sucesora de Alfonso —encabezados por Carrillo— y los que preferían que se proclamara heredera de Enrique para, así, dar con un punto medio que facilitara terminar con la revuelta —liderados por Pacheco—. Isabel, llevada por Carrillo y Pacheco a Ávila para discutir el asunto, optó por la alternativa de Pacheco. Ella sabía que Enrique IV era un rey legítimo. Además, era joven y soltera, no tenía suficientes apoyos. Tras un par de meses de negociaciones, Enrique aceptó esta vía intermedia que, para él, supuso negarle la sucesión a su hija Juana, esgrimiendo el asunto de la consanguineidad y solo sugiriendo las relaciones extramaritales de su esposa. Quizás en su decisión tuvo bastante que ver la pésima reputación que ya tenía su mujer, que acababa de dar a luz a un hijo bastardo. En cualquier caso, la reconciliación de los bandos enfrentados tomó forma el 19 de septiembre de 1468 en un paraje conocido como los Toros de Guisando, cerca de Ávila. Isabel fue reconocida públicamente como heredera, como princesa, con todo lo

que ello conllevaba —corte propia dentro de la regia, consejeros y jurisdicciones—. A cambio, prometió casarse solo con el consentimiento del rey, pero él no podía comprometerla en contra de su voluntad.

Tras este abrazo político entre los hermanos y, en consecuencia, entre los nobles que se habían agrupado en torno a ellos, Isabel se instaló en la fortaleza de los Pacheco en Ocaña. Desde allí, comenzó su actividad política, enviando cartas a diversos nobles, conventos, concejos o clérigos. Su hermano Enrique también pasaba habitualmente por allí. Y, con la máscara de la cordialidad sobre el rostro, cada cual comenzó a mover hilos para un asunto que había cobrado más relevancia, si cabe, tras su designación como futura reina: el matrimonio de Isabel. Aquí, los nobles volvieron a dividirse. Pacheco, que tenía sus propios acuerdos con el rey de Aragón en relación con el casamiento de su hija Beatriz, era partidario de que la princesa se casara con el rey de Portugal, Alfonso V, hermano de la reina Juana, opción que satisfacía a Enrique y que llevaba años sobre la mesa. El rey deseaba que su hija Juana se casara con el hijo de Alfonso y así asegurarse de que las coronas de Castilla y Portugal se unieran en el futuro. Sin embargo, Isabel no estaba dispuesta. Había otro pretendiente que consideraba más oportuno: el hijo del rey de Aragón, Fernando, rey de Sicilia y también Trastámara.

Carrillo alimentó y allanó el terreno a esta unión como principal interlocutor del monarca aragonés. Pero Enrique IV insistía en que la opción lusa era mejor y presionó a Isabel hasta donde pudo. Mas los portugueses se marcharon de Ocaña sin una confirmación. Tras esto, el rey le planteó una nueva opción: el duque de Guyena, el hermano del rey de Francia. Isabel, en una jugada arriesgada, fingió aceptar esta alternativa. Sin embargo, aprovechando la partida de su hermano hacia el sur, en mayo de 1469, marchó a Arévalo, pero no pudo entrar, así que se dirigió a Madrigal. Desde allí, sin la mirada ni la presión de Enrique o de Pacheco, terminó de organizar, con la

ayuda de sus consejeros, entre los que estaba Carrillo, el casamiento con el pretendiente que había escogido, Fernando de Aragón.

Las negociaciones ya estaban casi rematadas en este punto, pues el pacto llevaba acordado desde enero y las primeras capitulaciones matrimoniales se habían firmado en Cervera en marzo. Isabel, a sabiendas de lo que estaba en juego, escribió a Enrique en varias ocasiones, no siempre en los mejores términos, para tratar de convencerlo, sin éxito. En agosto, la princesa marchó a Valladolid. Fernando fue alertado de lo delicado de la situación, pues continuaban sin el beneplácito del monarca y, por ende, de parte de la nobleza y de la «opinión pública», y de la conveniencia de que emprendiera viaje cuanto antes a Castilla para celebrar la boda. Así lo hizo con un escaso séquito. A principios de octubre pudo establecerse en la villa de Dueñas, a poca distancia de Valladolid. Dicen las fuentes que el día 14 de octubre fue cuando Fernando e Isabel se conocieron. El encuentro tuvo lugar en la residencia de la princesa, en Valladolid, al caer la noche, acompañados por Carrillo. Se casaron entre los días 18 y 19 de octubre, en la casa de don Juan Vivero. La bula papal para dispensar la consanguineidad no llegó a tiempo.

Cuando la noticia del casamiento llegó a oídos de Enrique, este no dudó en acusar a su hermana de haber incumplido la promesa que se habían hecho en Guisando, pues había contraído matrimonio sin su consentimiento. La respuesta a tamaña ofensa fue anular el pacto que había terminado con la guerra y, tras meses de estériles negociaciones, proclamar a su hija Juana como su sucesora en otro acto público, en el otoño de 1470, esta vez en Valdelozoya. La niña había pasado ese tiempo, junto a su madre, alojada con los Mendoza, otro importante linaje. Juana volvía a ser princesa, hija legítima, heredera al trono. Isabel respondió a esto con una extensa carta dirigida al reino en la que exponía sus motivos, pero las palabras eran inútiles sin apoyos reales o recursos. Así, ella y Fernando, ayudados por Carrillo y el rey de Aragón, comenzaron a reunir partidarios. Entre 1470 y 1474 fueron años de relaciones

públicas, de planificar con mimo el siguiente movimiento en la partida de ajedrez. En el marco de ese conflicto latente, a punto de estallar con cualquier paso en falso, Isabel y Enrique escenificaron, incluso, una reconciliación en las Navidades de 1473. Hasta Fernando pasó unos días junto a ellos en el alcázar de Segovia, que el rey les cedió antes de partir a Madrid. Sin embargo, ninguno de los dos comprometió sus intereses. Enrique mantuvo a Juana como sucesora. Entretanto, el 2 de octubre de 1470, Isabel había dado a luz a su primera hija, a la que había llamado como ella.

En medio de la búsqueda de fidelidades, Carrillo e Isabel se fueron alejando. A cambio, los Mendoza, representados por el cardenal don Pedro González de Mendoza, liberados ya de su papel de custodios de la niña Juana, comenzaron a acercarse al bando de Fernando e Isabel. Pero el rey no estaba bien. Su salud no había sido ejemplar en los últimos tiempos, tampoco su modo de vida. Al parecer, llevaba un tiempo vomitando sangre y, tras pegarse atracones de comida, devolvía y seguía comiendo. Su cuerpo se fue debilitando a lo largo del año 1474 hasta que, el 11 de diciembre, dos meses después de que Pacheco muriera a causa de una infección de anginas, falleció. Ni siquiera en el lecho de muerte aclaró si Juana era hija suya, tampoco dejó escritas sus últimas voluntades, por lo que las dudas sobre la legitimidad de su sucesora no quedaron despejadas. Algo que aprovechó Isabel.

Isabel conoció la noticia de la muerte de su hermano mayor el 12 de diciembre. Y, más allá del sentimiento de pena que debió de embargarle, enseguida se puso manos a la obra. Desde el alcázar de Segovia envió misivas y convocó a su consejo. El día 13 de diciembre, tras la celebración de la misa de exequias, a la que asistió vestida de luto, cambió su atuendo y se proclamó reina de Castilla en un estrado que se había colocado, a la carrera, en el pórtico de la iglesia de San Miguel, en la principal plaza de la ciudad. El concejo de Segovia y los pocos nobles presentes apoyaron la ceremonia. Isabel envió cartas a las distintas ciudades castellanas comunicando la nueva y solicitando que se unieran a ella. Muchas lo hicieron, pero

no todas. Y, en este punto, cabe preguntar: ¿Y Fernando? Pues estaba en Aragón. En esos años, había tenido que viajar allí en distintas ocasiones para ayudar a su padre con la campaña para recuperar la Cerdaña y el Rosellón —cedidas al rey francés en 1463 para pagar un préstamo que había ayudado a Juan II de Aragón a apaciguar una revuelta catalana a favor de Castilla y en contra del rey aragonés—. Así, se enteró de que Enrique IV había muerto por carta, en Zaragoza. También de que Isabel se había autoproclamado reina. Carrillo, que parecía más compatible con Fernando que con Isabel, fue el encargado de dar el aviso e instarlo a que marchara a Segovia. Así, entró en la ciudad castellana el día 2 de enero y, enseguida, se le proclamó rey consorte de Castilla.

No debió de ser fácil negociar las parcelas de poder que correspondían a uno y a otro. Por un lado, Isabel se consideraba la reina legítima de Castilla y no estaba dispuesta a que Fernando ocupara el lugar que a ella le correspondía por derecho. Por otro, en Aragón, las mujeres no tenían derechos hereditarios de sucesión. Y, para más inri, no dejaban de ser un matrimonio del siglo xv, así que Isabel no podía ni aspiraba, en ningún caso, a cruzar las líneas rojas que la apartarían del redil de la buena esposa. La tensión en la pareja que, por lo demás, había demostrado en aquellos años que su unión estaba llena de cierta pasión y mucho respeto, protagonizó el periodo posterior a la proclamación. Finalmente, Isabel aceptó que ambos tuvieran los mismos poderes en Castilla en tanto que ella, como reina titular, decidía ceder una parte del suyo a Fernando.

Aunque la rapidez de sus movimientos pilló por sorpresa a sus detractores, estos se fueron agrupando de nuevo en torno a la niña Juana en los meses que siguieron a la muerte del rey Enrique. Y uno de los que optó por unirse y liderarlo fue el mismísimo Carrillo, que abandonó a Isabel al sentirse desplazado en el protagonismo de ese bando. Así, en el mes de mayo, como parte de la estrategia, se casó a la joven, que en ese momento tenía trece años, con su tío, el rey Alfonso V de Portugal —con el que se había intentado casar a Isabel sin éxito—. Ambos fueron proclamados reyes el día 25. Ante este

hecho, Isabel declaró la guerra en Castilla. Solo unos días después, murió la reina Juana. La rumorología dice que envenenada por su propio hermano.

La guerra de sucesión en Castilla enfrentó a los nobles, divididos y revueltos desde hacía tiempo, así como a dos proyectos dinásticos —la unión con Aragón o con Portugal—. La propaganda cruzada fue otra de las armas de la contienda. Isabel llamaba a Juana «La Beltraneja», en clara alusión a que no era hija de su hermano mayor, sino una bastarda sin derecho al trono. Juana, por su parte, clamó que Isabel había envenenado y matado a su padre. El conflicto duró cuatro años. En ellos, Fernando se puso al frente del ejército e Isabel, que utilizó Tordesillas como principal base de operaciones, fue pieza clave en las decisiones estratégicas, la obtención de recursos, la intendencia en retaguardia y todo lo relativo al paquete de ceremonias y actos destinados a lograr y demostrar que Dios estaba de su parte. Así mismo, Isabel participó físicamente en algunos sitios de ciudades y fue la encargada de tomar el castillo de Burgos. Un evento que refleja su carácter y mentalidad en este punto fue el mayúsculo enfado que le ocasionó la retirada de las tropas tras la derrota en Toro, al que no pudo eclipsar la alegría de que su marido saliera de la batalla con vida. Durante los primeros compases del conflicto, Isabel debió afrontar el aborto de la criatura que esperaba, el que habría sido su segundo hijo. Sin embargo, en 1478 dieron la bienvenida a ese esperado varón que debía asegurar la descendencia si ganaban —elemento que confirió fuerza a su proyecto—, el pequeño Juan. Un año después llegó al mundo su tercera hija, Juana.

Las conversaciones de paz se iniciaron en el momento en que las tropas de Isabel y Fernando controlaron las tierras más vinculadas al bando de Juana, Extremadura. Poco a poco, y conforme se habían ido fortaleciendo a base de victorias, los grandes apellidos de la nobleza se adhirieron a la causa isabelina. Incluso los Zúñiga que, junto a los Pacheco, habían encabezado la defensa de la candidatura de Juana. También Carrillo volvió. En enero de 1479

falleció el padre de Fernando, Juan II de Aragón, con lo que este heredó la corona del reino vecino. Mientras atendía sus obligaciones allí, Isabel negoció con su tía, Beatriz de Portugal, las condiciones del tratado de paz con Juana que pondría fin a la guerra civil. El pacto culminó con la firma de los documentos en septiembre de ese año en Alcaçobas, al oeste de Évora.

En ellos se concretó que Juana, que pasaba a estar bajo la custodia de Beatriz de Portugal, tenía dos opciones: casarse con Juan llegado el momento, era un bebé a esas alturas, o ingresar en un convento. Juana optó por la segunda alternativa e ingresó en el monasterio de Santa Clara de Coimbra. Además, se acordó la mutua devolución de las fortalezas ocupadas durante la contienda e Isabel se comprometió a perdonar a todos los castellanos que habían luchado en el bando enemigo. También se regularon los intereses atlánticos: Castilla cedía sus derechos sobre África salvo en lo llamado «Berbería oriental» —al este del estrecho de Gibraltar—, pero consolidaba los que tenía sobre las islas Canarias, en proceso de conquista, que, dos años atrás, habían pasado a depender directamente de la Corona. Para sellar la renovada amistad entre reino de Portugal y el de Castilla se acordó un matrimonio: el de Isabel, la primogénita de Isabel y Fernando, y Alfonso, nieto de Alfonso V y príncipe de Portugal.

Por fin, tras la paz, Isabel y Fernando fueron reyes de pleno derecho en Castilla. Así, solo unos meses después, en marzo de 1480, convocaron a las cortes en Toledo. No eran las primeras de la pareja, pues en 1476 se habían convocado en Madrigal, en las que se dejó patente que Isabel y Fernando actuaban como una sola persona desde el punto de vista institucional. Sin embargo, sí eran las primeras en tiempo de paz. En ellas se concretaron las bases del gobierno de estos nuevos reyes que pasaban por: el refuerzo del poder real, la limitación —con mucha mano izquierda— del poder de la nobleza, la reforma de la administración —en la que ganaron peso los letrados y los burócratas—, el derecho de la Corona a inmiscuirse en los problemas del clero, la asegurada sucesión en la persona de

su hijo Juan y la intención de emprender, más pronto que tarde, la guerra definitiva contra los musulmanes para finalizar así la reconquista. Esta empresa tenía dos acicates. Por una parte, era vista por Isabel y Fernando, al igual que había ocurrido con muchos monarcas cristianos, como un cometido providencial, que no se podía obviar si se aspiraba a ser un buen rey. Por otro lado, los turcos, tras la caída de Constantinopla en 1453, amenazaban el Mediterráneo y, en consecuencia, el reino de Sicilia, parte de su soberanía. Aunque se logró controlar la situación allí, no era cauto arriesgarse a que los reinos islámicos se ayudaran entre sí.

En esas mismas fechas, Isabel afrontó otro asunto que llevaba coleando tiempo en Castilla. La península ibérica, por lo general, era un territorio en el que, por su historia, existía convivencia e influencia entre distintos grupos religiosos y culturales, aunque siempre con distinto estatus en función del lugar. Uno de los colectivos más problemáticos era el de los judíos, considerados deicidas y usureros por los cristianos. Aunque la tolerancia iba y venía en función de las circunstancias, lo cierto es que en el año 1391 estalló una ola de asaltos y matanzas contra los judíos, lo que ocasionó que muchos se bautizaran. Las conversiones daban lugar a un tipo concreto de cristiano, llamado cristiano nuevo, que, con el paso del tiempo, tendía a integrarse en las redes del reino con normalidad.

Durante la vida de Isabel, sin embargo, la relación entre los cristianos nuevos y viejos era tensa en muchas plazas, lo que generó que circularan rumores sobre la hipocresía de los primeros, acusados de continuar practicando el culto judío en secreto. Una de las ciudades en las que este asunto estaba al rojo vivo era Sevilla. Y allí se desplazó Isabel en 1477, antes de que terminaran las hostilidades con el bando de «La Beltraneja». Andalucía, por lo general, era el territorio más rebelde de Castilla, por lo que controlar la situación allí se convirtió en una prioridad. También lo fue la consecución del ideal defendido por la reina: cohesionar a todos sus súbditos en torno a una misma fe, la católica. Así, en 1478, los reyes obtuvieron una

bula papal que les permitía nombrar inquisidores. Un permiso que vinculaba este instrumento eclesiástico a la Corona y que hicieron valer una vez se terminó la guerra de sucesión, en 1480. Al año siguiente se celebró el primer auto de fe en Sevilla. La Inquisición tuvo como primer objetivo de sus pesquisas y condenas a los falsos conversos.

Con los engranajes de su gobierno engrasados, los reyes dieron comienzo a los preparativos de la guerra contra Granada. La ocupación, en 1482, de la villa-fortaleza de Zahara, ubicada en la frontera, por parte de los nazaríes, fue el *casus belli* que justificó el inicio de las hostilidades. Esta empresa aglutinó a los castellanos en torno a un enemigo común. Los nobles acudieron a la llamada de la reina y pusieron a sus ejércitos al servicio de la Corona, lo que, con la conquista de territorios, les reportó nuevas propiedades. Fernando volvió a ponerse al frente y nutrió así la imagen de héroe militar que ya lo precedía. Isabel, que tuvo a su hija María ese mismo año, se implicó en las labores de obtención y gestión de recursos desde la retaguardia, se ocupó de los heridos y enfermos a través del «hospital de la reina», volvió a encargarse de todo lo referente a la propaganda religiosa, también de los castigos y recompensas derivados de la guerra, y formó parte de acciones concretas como los cercos de Málaga o Baza.

Durante los diez años que duró la contienda, otro proyecto comenzó a gestarse. En torno a 1485 —año en que dio a luz a su última hija, Catalina— la reina Isabel recibió a un marino genovés que le presentó un plan que había rechazado el nuevo rey de Portugal, Juan, hijo de Alfonso V, fallecido a causa de la peste en 1481: llegar a Oriente navegando hacia el oeste. Desde ese instante, la monarca, en sus distintas localizaciones en medio de la contienda granadina, se reunió con este comerciante en varias ocasiones. Se llamaba don Cristóbal Colón. En la corte, se conformó una comisión para evaluar los pros y los contras de tal empresa, en la que proliferaron las voces escépticas. Pero Isabel continuó interesada y

mantuvo a Colón en su órbita hasta poder darle la luz verde definitiva.

En esa década, también tuvo que despedirse de su hija mayor, la que se dice que era su hija favorita, pues desde Portugal reclamaron que se hiciera efectivo el matrimonio acordado en Alcaçobas. Así, en 1490, la joven se casó por poderes con el príncipe Alfonso y partió a Portugal a final de año. No obstante, el destino quiso que esta unión apenas durara, pues el heredero luso se mató en un accidente montando a caballo en julio de 1491. Esto permitió que Isabel regresara junto a su madre. Pero a un alto precio. Pues la infanta se sumió en la tristeza; apenas comía o dormía.

Cuando las tropas cristianas ya habían cerrado el cerco sobre la ciudad de Granada, último bastión nazarí, se construyó un monumental campamento de guerra al que llamaron, con gran acierto propagandístico: Santa Fe. Se dice que se construyó una ciudad para sitiar otra, muestra del poder real a esas alturas. El bando musulmán, por su parte, había partido en desventaja en aquel conflicto a causa de las divisiones internas que presentaba: el rey Mohamed XI, llamado Boabdil, había derrocado a su padre, Abu al-Hasan, con la ayuda de su madre, Fátima, y, posteriormente, se había enfrentado a su tío, Al-Zaghal. Así, los cristianos asediaron Granada durante meses. Durante esa campaña, Fernando armó caballero a su hijo Juan. Finalmente, Boabdil rindió la ciudad a finales de 1491. El día 2 de enero de 1492, los reyes pudieron entrar en ella. En la ceremonia de entrega, el depuesto rey nazarí tendió las llaves a Fernando, que se las pasó a Isabel, que las entregó a su hijo Juan, que las dio al conde de Tendilla, encargado de tomar la fabulosa fortaleza de la Alhambra.

En los primeros momentos, no obstante, los reyes continuaron durmiendo en el campamento de Santa Fe y solo iban a la ciudad de día. Esto explica que fuera allí donde, en abril, se terminaron por firmar las capitulaciones de Santa Fe, en las que, por fin, se reguló la promoción y ayuda real a la expedición de Cristóbal Colón. Las fuentes señalan que la principal involucrada en que esto saliera

adelante fue la reina, por lo que, en todo momento, se consideró un proyecto asociado a la corona de Castilla. El genovés partió con tres naves, la Santa María, la Pinta y la Niña, el 3 de agosto de 1492 desde Palos de Moguer. El 12 de octubre de ese mismo año llegó a una tierra desconocida que, en su mente, eran las islas previas a Asia, pero que, en realidad, eran las islas del mar Caribe. Los reyes, tras recibir noticias en 1493, lo llamaron a reunirse con ellos en Barcelona. Y así ocurrió en la primavera de ese año. El genovés llevó oro, algodón, canela, ají... también personas. Ante este evento, cuya noticia se expandió como la pólvora por toda Europa, hubo que sentarse con Portugal, la gran emprendedora de empresas atlánticas, para regular los derechos sobre las tierras descubiertas en ese océano; el acuerdo se conoce como el tratado de Tordesillas, llamado así porque era donde residían Isabel y Fernando en ese momento y donde se firmó.

Cristóbal Colón navegó hacia el oeste en otras tres ocasiones. Con cada nueva expedición, se hacía palpable que el marino iba por libre en muchos aspectos, demostrando cierta tiranía sobre las tierras que iba descubriendo. Los hombres allí desplazados protagonizaron motines en su ausencia. La reina trató de evitar que las personas que se hallaban fueran tratadas como esclavos y vendidas; para ella, eran súbditos que, en todo caso, debían ser adoctrinados en la fe católica —causa en la que también estaba enfrascada en los antiguos territorios granadinos con ayuda de su nuevo confesor, el cardenal Cisneros—. No en vano, en 1496, el papa Alejandro VI —uno de los papas Borja o Borgia— concedió el título de «Reyes Católicos» a los monarcas. Así mismo, sin tener idea de que estaban llegando al Caribe y a un nuevo continente y no a Asia, los ánimos disminuyeron ante la dificultad de hallar oro, uno de los grandes objetivos del proyecto. Sin embargo, a pesar del desconocimiento sobre lo que tenían entre manos, era evidente que la expansión atlántica era algo grande que, con los años, dejó de ser monopolio de Colón.

Además del gran proyecto atlántico, durante el reinado de los Reyes Católicos floreció el humanismo en Aragón y Castilla, una corriente cultural nacida en Italia que se preocupó en reflexionar sobre la existencia humana y que ponía en valor la cultura clásica (sin contradecir los preceptos de la Iglesia), así como el estudio del griego y el latín. Al calor del humanismo fueron posibles proyectos como la primera Gramática Castellana de Antonio Nebrija en 1492 o la fundación de la Universidad de Alcalá en 1499. También, según algunos autores, el desarrollo del Renacimiento y el primer escalón para todo lo que estaba por llegar en materia filosófica, cultural y científica en la Edad Moderna.

Entretanto, comenzó una etapa personal convulsa para Isabel. En 1496, falleció su madre, Isabel de Portugal, que continuaba viviendo recluida en Arévalo. Aunque con una relación quizá marcada por los problemas de salud mental, Isabel visitó a su madre recurrentemente durante toda su vida, jamás la olvidó. Sin embargo, no pudo estar junto a ella en sus últimos momentos porque se encontraba con su hija Juana, a punto de embarcar en Laredo hacia Flandes, donde iba a desposarse con Felipe de Habsburgo. El siguiente año, el de 1497, se celebró este matrimonio y también otro negociado de forma conjunta: el de Margarita de Habsburgo —la hermana de Felipe— y Juan, el heredero de los reyes. Al parecer, esta pareja, la de Margarita y Juan, se avino a las mil maravillas. Sin embargo, la quebradiza salud del príncipe no permitió que el matrimonio durara más que unos meses, pues, para horror de los reyes, el joven murió en Salamanca en octubre de ese año. También en las mismas fechas, la primogénita y abatida Isabel aceptó volver a casarse tras años de negativas. Lo hizo con el nuevo heredero de Portugal, Manuel. Pese a que, durante unos meses, ella fue nombrada nueva sucesora, la parca también llegó a por ella en 1498 al dar a luz a su primer hijo, Miguel. El niño solo tranquilizó a la familia durante un par de años, pues falleció en 1500. Ese mismo año, el viudo de Isabel, Manuel de Portugal, se casó con otra hija de los reyes, María. Solo un año después, la única que quedaba a su

lado, Catalina, partió hacia Inglaterra para casarse con el príncipe Arturo que, solo unos meses después de la boda, murió de forma súbita. Catalina quedó entonces en un extraño limbo que solo se solventó comprometiéndola, no sin reservas, con un jovencísimo príncipe Enrique —el futuro Enrique VIII—.

Así las cosas, Isabel trataba de reponerse del sin fin de pérdidas acumuladas en pocos años mientras su propia salud comenzaba a dar visos de quebrarse. La sucesión recaía, tras los lutos, en su tercera hija, Juana, de la que llegaban noticias preocupantes desde Flandes. Al parecer, la relación con su marido era compleja —quizá mezcla de tortura psicológica de uno y obsesión de la otra— y, aunque en 1502 ya tenían tres hijos (uno de ellos, Carlos, varón), a Isabel no terminaba de convencerle la idea. Por un lado, Juana no demostraba ningún interés en gobernar. Por otro, Felipe ansiaba ocupar el papel que, por derecho, le correspondía a ella. Después de muchos rodeos, Juana y Felipe regresaron a Castilla a principios de 1502. Fueron jurados como príncipes en Castilla y en Aragón. Tras esto, Felipe optó por regresar a Flandes, dejando atrás a Juana, embarazadísima de su cuarto hijo, Fernando, al que dio a luz en 1503. En los meses siguientes, Isabel, que no remontaba de sus dolencias y achaques, trató de retener a Juana en Castilla, mientras su hija, desesperada, ansiaba reunirse con su marido en Flandes. El bautizo de Fernando fue el último acto público en el que participó Isabel. Finalmente, la princesa logró salirse con la suya y embarcar en Laredo en 1504 tras dos años separada de su esposo y en los que pasó gran parte del tiempo con su madre en Medina del Campo: una en las dependencias palaciegas de la plaza y la otra en el castillo de la Mota.

Isabel, cada vez más débil, aunque con momentos de cierta mejora, fue disminuyendo su actividad durante ese año. Fernando estuvo con ella en Medina del Campo. Ambos enfermaron en el verano de 1504, pero él logró recuperarse. En primavera, se había sentido un terremoto en el sur de Castilla, señal de mal augurio. En octubre, ya segura de que el final estaba cerca, Isabel hizo

testamento. En él reiteraba a Juana como su sucesora, pero designaba a su marido Fernando como administrador y gobernador. También dejaba patente que deseaba que la enterraran en Granada. Murió en la mañana del 26 de noviembre de 1504. Tenía cincuenta y tres años. Su cortejo fúnebre, como el nervio unificador lleno de luces y sombras que había caracterizado su reinado, atravesó de norte a sur las tierras de Castilla. Y así llegó a su fin la vida de una mujer que cambió el mundo. Mas con su muerte dio comienzo su fascinante legado.



CRISTINA DE SUECIA

(1626-1689)

Los rostros me acusan, soy capaz de apreciar la decepción en las miradas que me han escoltado hasta este salón. Estoy rodeada de casi todas las personas que han sido importantes en mi vida hasta este gran día y, sin embargo, la soledad es más profunda y punzante que nunca. ¿Qué será de mí a partir de aquí? He dedicado largas noches de insomnio a prepararlo todo, a dejarlo todo atado. Pero ahora siento como si los nudos estuvieran deshaciéndose. Oigo las palabras que pronuncia el senador Rosenhane y que oficializan lo que llevo años soñando y las promesas de ese primo al que quiero y respeto de un modo muy diferente al que él ansía. Dejo las insignias reales sobre el cojín. No importan el vestido blanco ni el manto de terciopelo púrpura que porto. Me sé desnuda ante el porvenir. El ministro de Justicia titubea. No es capaz de proceder. Lo miro e intento convencerlo. Pero está helado. Cuando me percato de que no va a hacerlo, respiro y pienso una última vez en el gran paso que estoy dando, en la lucha interior que llevo librando durante años, en las posibilidades que están por venir. Reconozco una última vez el pesar que inunda la sala, como si fuera el gran Alejandro Magno pasando revista a las tropas, y coloco las manos en la corona. Sin

más dilación, me la quito, despidiéndome así de una vida que no es para mí.



Continuemos viajando: rumbo al norte, al reino de Suecia. 122 años después de la muerte de Isabel la Católica nació nuestra siguiente reina. En ese tiempo, la monarquía hispánica se había convertido en la más poderosa del mundo, con un imperio en el que no se ponía el sol. La fiebre reformista religiosa, en la que el humanismo tuvo mucho que ver, había terminado con la unidad doctrinal en Europa. Ahora, había católicos, luteranos, calvinistas, anglicanos... El norte, tierra germánica, tierra vikinga en tiempos medievales, se había integrado en el esquema religioso y feudal que funcionaba en el resto del continente. Entre los reinos surgidos con el paso de los siglos, marcados por guerras y alianzas, estaba el de Suecia. En él, desde 1523, gobernaba la dinastía Vasa, gracias al bisabuelo de nuestra protagonista, el noble Gustavo Vasa, que convirtió en hereditaria la corona y marcó el inicio de la asociación de este reino con el luteranismo. Las *Noventa y cinco tesis* de Martin Lutero se habían publicado en 1517.



En el punto exacto de la religión, los sucesores de Gustavo bifurcaron la dinastía entre partidarios del catolicismo (que ocuparon el trono de Polonia) y defensores del luteranismo (que se quedaron

en Suecia, permitiendo que las mujeres pudieran heredar para evitar la presencia de familiares católicos por allí).

El jovencísimo Gustavo II Adolfo, de solo 16 años, heredó el trono de su padre, Carlos IX, uno de los hijos de Gustavo Vasa, en 1611. Con la corona venían incluidas guerras contra Polonia, Rusia y Dinamarca, que logró ir zanjando o paralizando en sus primeros años de reinado. Este ajetreo militar lo previno de intervenir, en un primer momento, en la guerra de los Treinta Años, que comenzó en 1618 y que supuso la culminación del enfrentamiento religioso (y político) que Europa llevaba arrastrando desde hacía una centuria. En el bloque católico, la monarquía hispánica de Felipe IV. En el protestante, paradójicamente, la católica pero tolerante Francia del cardenal Richelieu (sí, el de *Los Tres Mosqueteros*) y en la que gobernaban los Borbones (una rama de los Capetos) desde el siglo anterior. Al final, todo es política. En este contexto de enfrentamiento religioso europeo y de su enemistad con la católica Polonia, Gustavo II Adolfo emitió un duro edicto con el que ordenó la expulsión de los católicos y prohibió la entrada de cualquier católico con intención de hacer proselitismo en Suecia.

Así las cosas, el 8 de diciembre de 1626 llegó al mundo, en Estocolmo, la única hija de Gustavo II Adolfo que logró llegar a la edad adulta. No es otra que nuestra protagonista, Cristina Augusta. La madre era María Leonor de Hohenzollern, hija de los electores de Brandenburgo, margraviato perteneciente al Sacro Imperio Romano Germánico, con la que Gustavo II Adolfo se había casado en diciembre de 1620.

Gracias a sus propias memorias inacabadas, sabemos que, al nacer, las matronas confundieron a Cristina con un niño. Parece ser que fue su tía paterna, Catalina, la que, al despuntar el alba, determinó el sexo del bebé —este detalle ha hecho sospechar que fuera hermafrodita—. Catalina se había trasladado a la corte de Estocolmo por invitación de su hermano, el rey, junto a su esposo, el conde palatino Juan Casimiro Pfalz-Zweibrücken, de los Wittelsbach, para refugiarse de la mencionada contienda «de los Treinta Años».

Al nacer Cristina, ellos ya tenían cinco hijos, incluido un varón: Carlos Gustavo. Quizás, fue con ellos con los que la pequeña generó sus primeros recuerdos. Y es que, al poco de nacer, el rey Gustavo II Adolfo reanudó la guerra con Polonia, contra su primo católico Segismundo III. El conflicto, que incluyó varias campañas en tierras prusianas, terminó enredando los intereses suecos con las implicaciones de la guerra de los Treinta Años. La firma de la tregua con su primo en 1629 le dejó las manos libres para dejarse atraer al bando protestante. Así, el rey partió a la guerra y, a los ocho meses, requirió que la reina lo acompañara. Cristina, de solo cuatro años, pasó a vivir con sus tíos, Catalina y Juan Casimiro, y sus cinco primos en el castillo de Stegeborg, al sur de Estocolmo.

Mientras se sucedían las noticias de victorias suecas por tierras del imperio, Cristina vivió un par de años de juegos y calidez familiar. Entretanto, su padre soñaba con unificar los estados protestantes del Sacro Imperio en una nueva entidad política liderada por Suecia. Sin embargo, en diciembre de 1632, los peores presagios se cumplieron cuando llegó a Estocolmo la noticia de que el rey había fallecido en el campo de batalla tras una embestida por sorpresa de las tropas de los católicos Habsburgo, capitaneadas por Alberto de Wallenstein.

La maquinaria sueca comenzó a funcionar sin tardanza. El rey había perecido y, como heredera, solo había dejado a una niña de seis años, a la que había confirmado como tal antes de partir. Tanto en el *rad* o Senado, órgano de Gobierno compuesto por nobles, y el *riksdag* o Dieta sueca, asamblea legislativa en la que tenían representación la nobleza, el clero, la burguesía y los campesinos que pagaban impuestos, nombraron a Cristina sucesora sin apenas oposición. El *riksdag* designó a un Consejo de Regencia que se encargaría de gobernar hasta que ella cumpliera la mayoría de edad. A la cabeza, el canciller Axel Oxenstierna. Los cinco hombres de probado mérito que integraron el mencionado Consejo suplieron la ausencia del monarca y, entre otras cuestiones, continuaron con la participación sueca en la guerra de los Treinta Años. Cristina siguió

residiendo con sus tíos y primos durante los primeros meses del año hasta que, en verano, se reunió con su madre en Nyköpping.

María Leonor, en línea con los problemas psicológicos que venía arrastrando desde los primeros años de matrimonio, retrasó todo lo que pudo el entierro de su querido esposo. Así, aunque en Suecia era habitual que se pasaran meses velando los cadáveres, el rey Gustavo II Adolfo tardó casi dos años en ser enterrado. La reina hizo cubrir de negro todas las paredes del castillo de Nyköping, ambiente de luto y encierro en el que pasó a vivir la pequeña Cristina. Cuando por fin se dio sepultura al rey, en junio de 1634, se trasladaron al castillo de Tre Conor, en Estocolmo. La relación entre la madre y la hija no fue sencilla. Al parecer, María Leonor era capaz de abrazar a su hija hasta la extenuación, último resquicio de su difunto marido, así como de llamarla fea y encerrarla en contra de su voluntad. El hecho de que el Consejo de Regencia no dejara opinar a la reina sobre la educación de su propia hija ni con nada que tuviera que ver con el gobierno, tal y como había dejado pautado el rey antes de morir, tampoco mejoraba el clima. Ni la tendencia de María Leonor, alemana, a influir en su pequeña en contra de los suecos.

Por suerte para Cristina, al cumplir los ocho años, se activaron los planes educativos para ella. La lectura y el estudio se convirtieron en su refugio. Su preceptor, el profesor y eclesiástico luterano Johannes Matthiae, pasó a ser la figura paterna que ahora le faltaba. Gracias a sus diversos tutores, Cristina comenzó a recibir una formación completa y de carácter humanista y renacentista, equiparable a la de un varón. En 1636, el Senado decretó la separación de Cristina y María Leonor, pues se creía que la reina estaba poniendo a su hija en contra de los intereses de Suecia. Así, la tía y los primos de Cristina se trasladaron a la corte para acompañar de nuevo a la pequeña. Su tío se quedó en el castillo de Stegeborg, a sabiendas de que su presencia no era grata para los regentes, que lo creían un extranjero dedicado a conspirar en contra de la dinastía sueca de los Vasa para colocar en el trono a su hijo, medio alemán. A María Leonor se la confinó en la fortaleza de

Gripsholm, a 60 kilómetros de Estocolmo, y solo se le permitió, a partir de ese instante, ver a su hija tres semanas al año o en caso de enfermedad.

A las lecciones de Cristina se sumaron sus primos Carlos Gustavo, María Eufrosina y Leonor. Con el primero compartía su pasión por los animales y por las actividades al aire libre. Con la segunda, forjó una bonita amistad. Y con la tercera, tenía en común el gusto por el estudio. Cristina se caracterizó, a decir por sus maestros, de una gran memoria e inquietud. Aprendió geografía, aritmética, historia de Suecia, catecismo luterano, francés, latín, italiano o español —idiomas que sumó a sus dos lenguas maternas, el sueco y el alemán—. A partir de 1638, comenzó a recibir lecciones del propio canciller, Axel Oxenstierna, acerca del arte de gobernar. En este ámbito, Cristina quedó maravillada con figuras como Alejandro Magno o Julio César y leyó la biografía de la reina Isabel I de Inglaterra, cuyo recuerdo seguía muy vívido. A finales de 1638, parte de ese refugio familiar que había logrado reconstruir tras los tortuosos años de convivencia con su madre se resquebrajó con la muerte de su tía Catalina.

Unos meses después, recibió la noticia de que su madre se había fugado de su confinamiento a la vecina y enemiga Dinamarca para, después, instalarse en su lugar de origen, Brandenburgo. Cristina tardó un tiempo en recuperarse de este disgusto. Sin embargo, aprovechando que, al cumplir los quince años, se le permitió empezar a asistir a las sesiones del *riksdag*, comenzó a ejercitar una de las grandes habilidades —y entretenimientos— de su vida: la intriga política. Ya desde estos instantes, el asunto de su matrimonio se consideraba prioritario, aunque fue en aumento. Constantemente aparecían candidatos sobre la mesa, que se valoraban desde la estrategia. Uno de ellos era su querido primo Carlos Gustavo que, mientras estuvo alejado de Suecia durante su formación, enviaba cartas a Cristina en las que dejaba claro que deseaba casarse con ella. La joven, que jamás quiso marido ni hijos,

por lo pronto, no cercenó la ilusión del chico. Los historiadores no coinciden en si llegó a sentir atracción por su primo o no.

Con diecisiete años, Cristina terminó su formación con Johannes Matthiae. Con dieciocho, en 1644, se la consideró apta para comenzar a reinar. En sus primeros años, la joven se aplicó en las tareas de gobierno hasta la extenuación y convirtió al canciller, Axel Oxenstierna, en su némesis. Pese a que había aceptado que los regentes, ahora como gobierno a su servicio, le continuaran prestando consejo, ella ansiaba detentar todo el poder. Las sombras del prestigio de su padre y del canciller eran demasiado alargadas para aquella reina inexperta que deseaba ser el Alejandro Magno de su tiempo. Las tiranteces con Oxenstierna fueron constantes, especialmente en lo relativo a las negociaciones de paz de la guerra de los Treinta Años que, tras la derrota española en la batalla de Rocroi en 1643, habían iniciado en Münster y Osnabrück, en Westfalia. Mientras que Cristina deseaba la paz, el canciller consideraba que un alargamiento de los combates sería beneficioso para Suecia, que estaba logrando reposicionarse en el tablero político europeo gracias a los éxitos militares en la contienda.

Entretanto, y ya como adulta y reina, Cristina comenzó a tomar decisiones sobre el círculo que la rodeaba en la corte. Pronto floreció un perfil que la acompañó el resto de su vida, la de los favoritos sin mérito. Cristina se fascinaba con facilidad con los aventureros o las personas de extrema belleza. Así, en estos primeros años de reinado, se dejó embaucar por el vividor y pseudopoeta Marc Duncan de Cerisantes, quedó cautivada por Magnus de la Gardie, hijo de uno de los regentes de su minoría de edad, y por Ebba Sparr, una de sus damas de corte a la que llamaba «Belle». En el caso de Magnus, su consideración como favorito de la reina le permitió ascender de forma meteórica. Sin embargo, presa de los celos, la reina llegó a poner palos en la rueda a su querida prima María Eufrosina para que no se casara con él. El caso de «Belle» es más complejo, pues se desconoce el tipo de relación que mantenían. Cristina, que desde joven se mostró bastante provocadora, dejó caer

en más de una ocasión que le gustaban las mujeres; también su rechazo a ser mujer. Pero si era bisexual es un aspecto que no se ha podido confirmar; tampoco que, en caso de ser así, tuviera una relación sexual o romántica con «Belle».

No es de extrañar que, al regresar de su entrenamiento militar, el primo Carlos Gustavo se percatara de que en el círculo cercano de Cristina no había espacio para él. O, por lo menos, no como él deseaba. Tras dejar constancia de que sus atenciones ahora estaban centradas en Magnus y «Belle», Cristina tuvo que aclarar a su primo que, por lo pronto, no deseaba casarse, pero que le daría una respuesta en los siguientes cinco años.

Y es que, ya desde 1646, existen indicios de que Cristina tenía decidido abdicar en algún momento de su vida, también de su sigiloso acercamiento a la rama cristiana odiada por su familia, el catolicismo. En los informes que circulaban sobre la reina de Suecia se destacaban las inquietudes intelectuales de la joven, los ademanes masculinos que la caracterizaban, así como su forma peculiar de vestir que, desde el inicio, incluyó prendas asociadas a los hombres, como los zapatos de cuero sin tacón. La firma de la Paz de Westfalia en 1648 supuso un episodio de esplendor para la corona sueca, que logró salir muy reforzada de las negociaciones, ampliando sus dominios en Pomerania y consiguiendo así formar parte de la Dieta del Sacro Imperio. Se convirtió en una potencia europea. Esto contrastaba con las múltiples dificultades que Cristina tuvo, desde el principio de su reinado, para mantener saneadas las finanzas del reino. A principios de ese mismo año, además, Cristina había colocado a su primo Carlos Gustavo a la cabeza del ejército sueco. Una de sus primeras misiones, en los últimos compases de esa guerra de los Treinta Años, fue el cerco a la ciudad de Praga, cuyo expolio artístico pasó a engrosar, en gran medida, la cuidada colección de la reina.

También ese mismo año comenzó en Francia una sublevación nobiliaria en contra de la reina regente Ana de Austria y del cardenal Mazarino, quien había sucedido como válido y real gobernador del

reino al cardenal Richelieu: la Fronda. Los disturbios en París empujaron a artistas e intelectuales a abandonar el reino y dirigirse a la corte de la reina a la que ya se conocía como «la Minerva del Norte», por su atención e interés por las artes, así como por ser la monarca al frente de uno de los ejércitos más victoriosos del momento. Se formó una importante colonia de franceses en Estocolmo, adorada por Cristina y rechazada por los nobles suecos. En ese ambiente de acercamiento con Francia destacó el embajador galo en Suecia, Pierre-Hector Chanut, facilitador de los primeros contactos oficiales de la reina con Roma y pieza fundamental en la relación, forjada a través de correspondencia, entre esta y el célebre filósofo René Descartes. Precisamente a Descartes, que vivía refugiado en Holanda, invitó a esa corte plagada de franceses, fiestas y arte. El filósofo era reticente a viajar hasta allí, pues Suecia se le antojaba una tierra fría y lejana. Sin embargo, terminó aceptando. Llegó a Estocolmo en octubre de 1649.

Allá el reputado pensador descubrió uno de los rasgos de carácter de Cristina, heredado de su madre María Leonor: la veleidad. Cristina era inquieta, pero el interés por un proyecto tenía siempre una corta fecha de caducidad. Así, pese al empeño que había puesto en traer al filósofo a su corte, pese a la pasión que parecía despertar en ella la perspectiva de recibir lecciones de filosofía y continuar debatiendo sobre algunas de las cuestiones que habían poblado las misivas intercambiadas a través de Chanut, cuando este llegó a Suecia, todo se había evaporado. René Descartes, que no deseaba sentirse una curiosidad ni estar de brazos cruzados en aquella extraña corte, pronto se percató de que la reina lo había engañado. Esta trató de mantenerlo distraído, otorgarle títulos y recompensas, encargarle tareas descafeinadas para que no se diera cuenta de que lo de estudiar filosofía ya no estaba en su agenda. Cuando no pudo marearlo más, lo citó en su biblioteca privada a las cinco de la mañana para cumplir con las prometidas lecciones durante el mes de diciembre. Mas Cristina partió a Upsala durante semanas sin su compañía y las sesiones

quedaron interrumpidas. René Descartes enfermó a inicios de 1650, mientras contaba las horas para regresar a casa. Pero la muerte lo tomó por sorpresa a causa de una inflamación pulmonar contraída en febrero.

Cristina continuó dedicándose a festejar, a pesar de la precaria situación económica del reino a causa de las malas cosechas y del derroche de la corona. El frenético interés por el gobierno que había caracterizado sus primeros momentos como reina se fue apagando. Cada vez estaba más preocupada en asuntos extranjeros, pero, por encima de todo, por atar todos los cabos en su plan de huida de esa vida que le había sido dada. Así, aunque en el otoño de 1650 se celebró por fin su coronación —pospuesta hasta el fin de la guerra y la esperada mejora de las cuentas—, Cristina logró que el *riksdag* aceptara nombrar a su primo Carlos Gustavo «príncipe heredero». Por lo pronto, y aunque ya había empezado a confesar a personas de su círculo más cercano su intención de abdicar, despistaba con falsas promesas de matrimonio. Sin embargo, en agosto de 1651, por fin, anunció públicamente ante el Senado su decisión de renunciar al trono aduciendo que deseaba llevar una vida tranquila y contemplativa. En esa ocasión, el Senado logró convencerla de no seguir adelante con el plan.

Cristina, en todo momento, consideró que era un aplazamiento de la abdicación, no una renuncia. Así, se empleó a fondo en asegurar ese futuro que se cernía tras el momento que debía ser la apoteosis de su vida. Poco a poco se fue acercando a la Iglesia católica, a través de jesuitas enviados a Suecia con los que pudo solventar dudas e informarse; también a la corona española, con la que el canciller Axel Oxenstierna estaba fomentando un acercamiento de carácter comercial. La reina no dejó pasar la oportunidad de aprovechar un canal de comunicación directo con la que era una de las potencias católicas por excelencia. Como se aprecia ya en este momento, Cristina pasó su vida oscilando entre la amistad con España y con Francia, los dos gigantes enfrentados en la Europa del siglo XVII. En 1652 llegaron a la corte sueca tanto

Pierre Bourdelot, un médico y libertino francés que no tardó en engatusar a la reina, como Antonio Pimentel, enviado de buena voluntad de Felipe IV y, gracias al cual, por fin pudo zanjar los pasos que seguirían a su abdicación.

La renuncia oficial a la corona llegó el 6 de junio de 1654, tras meses de negociaciones con el *riksdag* para atar su situación económica. Ese mismo día se coronó a su querido y rechazado primo, Carlos Gustavo, que comenzó a reinar con el nombre de Carlos X. Cristina tardó apenas unos días en cruzar la frontera sueca. Justo antes de hacerlo, acompañada solo de unos pocos íntimos, se cortó el pelo, se vistió con ropa de hombre y adoptó una identidad falsa con la que viajó hacia Hamburgo y, después, a Amberes. Pese al disfraz, la escasa discreción de sus movimientos nutrió los informes de los diversos espías encargados de seguir sus pasos y que no daban crédito. De esa guisa, y avanzando hacia su ansiada libertad, Cristina rechazó por última vez la propuesta de matrimonio de su primo, ya rey de Suecia. Por fin era libre: no tendría que casarse.

Cristina residió en los Países Bajos españoles, como invitada de Felipe IV, durante catorce meses. Ella deseaba convertirse y seguir camino hacia Roma, con el patrocinio del rey español. Sin embargo, Felipe IV la retuvo todo lo que pudo en el norte, pues era preciso que, primero, muriera el Papa, ya enfermo, y con el que no tenía buena relación. Felipe IV deseaba apuntarse el tanto de la conversión de la «Minerva del norte», reina de uno de los países protestantes que más reforzado había salido de la guerra, pero debía ser a su debido tiempo. De este modo, Cristina se convirtió en privado, en Bruselas, en diciembre de 1654. Entretanto, se dedicó al estudio, al ocio y a aumentar su colección de arte. También a intentar mediar, a su modo, en la fase final de la guerra franco-española, lo que le valió enemistarse con Pierre Chanut y Mazarino. En el contexto de su acercamiento a la Monarquía Hispánica y su alejamiento de Francia, se inscribe el inicio de la circulación de libelos contra ella, en los que se la acusaba de lesbiana, prostituta o

atea. En la primavera de 1655, Cristina recibió la noticia de dos muertes: la de su madre y la del Papa. La angustia de la primera debió de compensarse con el alivio de la segunda, que era señal de que su viaje a Roma estaba más cerca. Y así fue: en otoño de ese año emprendió camino al sur. En este punto, los bolsillos de esta reina sin corona ya estaban casi vacíos: Suecia no estaba cumpliendo con los pagos, acababa de entrar en guerra con Polonia, y ella no escatimaba en gastos. Comenzó así a vivir a base de préstamos.

La corte de Cristina marchó a Italia por el Tirol y, en Innsbruck, territorio católico, celebró su profesión pública de fe el 3 de noviembre de 1655. La reina sueca ya era oficialmente católica. Su llegada a Roma estuvo, por tanto, plagada de atenciones por parte del nuevo pontífice, Alejandro VII, que permitió que se hospedara en el Vaticano las primeras noches. Después, se instaló en el palacio Farnesio, propiedad del duque de Parma, donde hasta el momento había residido el último converso «estrella», el cardenal Federico de Hesse. No obstante, desde un principio, la sinceridad de la conversión y de los verdaderos sentimientos religiosos de Cristina se puso en duda por la conducta festiva y desenfadada que llevó en Roma. En sus primeros momentos en el que era su nuevo hogar conoció al cardenal Decio Azzolino, líder del «escuadrón volante», una facción que ansiaba liberar al Vaticano de la práctica del nepotismo y del mangoneo de Francia y España. La intensa y longeva amistad entre ellos hace pensar que fue algo más, pero no se sabe con certeza ni en qué términos.

En Roma, la corte de Cristina se volvió a llenar de advenedizos y oportunistas. En concreto, fueron aupados por ella misma los hermanos Ludovico y Francesco María Santinelli y Gian Rinaldo Monaldesco, bastante dados al engaño y al robo. Poco a poco, volvió a hacerse evidente la falta de recursos financieros de Cristina, que a menudo no podía pagar a su propio servicio, así como la ruptura de la relación con España y los empleados españoles en su corte. Y es que, a raíz de un comentario de Antonio Pimentel sobre la

posibilidad de que el rey de España concediera algunos señoríos en Nápoles a Cristina, tras su conversión, ella había deseado y esperado de Felipe IV el título de gobernadora de los Países Bajos españoles, tal y como lo habían sido la infanta Isabel Clara Eugenia o Margarita de Parma, pero este no le había concedido ese favor, entre otras cosas, porque Cristina no era una Habsburgo. Además, no era indiferente a que la balanza europea se estaba decantando hacia la hegemonía francesa. Optó, por tanto, por cambiar sus simpatías y volver a arrimarse a los franceses. Estos, que ya habían intentado hacerse con Nápoles unos años antes, parecían dispuestos a arrebatárselo a los españoles. Y eso suponía una vía para satisfacer su ambición y, de paso, vengarse de Felipe IV. Cristina mantuvo largas conversaciones con el embajador francés en Roma, Hugo de Lionne, al que trató de atraer a su plan. También se comunicó por carta con el cardenal Mazarino que, en un inicio, consideró que Cristina podía ser una buena alternativa para «guardar» el trono de Nápoles hasta que la sucesión de Francia estuviera garantizada por Luis XIV y así, su hermano, Felipe de Anjou, quedara liberado para gobernar esa ansiada plaza.

Dispuesta a zanjar en persona ese prometedor pacto, Cristina emprendió de nuevo viaje al norte, a Francia, en el verano de 1656. Oficialmente, como era un trato privado que no debía saberse, comunicó que se dirigía a Suecia para resolver los múltiples problemas financieros que tenía. En septiembre, tras avanzar por tierras francesas y ser recibida con júbilo y pompa, llegó a París, donde su entrada eclipsó en esplendor a la que le habían brindado en Roma. Desde allí se la convidó a Compiègne, donde estaba la corte francesa en ese momento. Cristina paró a mitad de camino, en Chantilly, y se cuenta que era tanta la curiosidad que tenían el jovencísimo Luis XIV y su hermano Felipe, que marcharon de incógnito allí por la noche para ver cómo era la reina sueca. Esta pasó una semana en Compiègne, donde se abordó el asunto de Nápoles. Cuando se marchó, a finales de mes, dio por hecho que lo

hablado era definitivo y que la invasión francesa de Nápoles se activaría no más tarde del mes de febrero de 1657.

Sin embargo, Cristina y su corte, que permanecieron en Pesaro durante ocho meses, pronto descubrieron que el cardenal Mazarino no estaba tan comprometido con la causa como a ella le había parecido. La espera y la ociosidad coincidieron con el envío compulsivo de cartas al cardenal por parte de la reina, ansiosa por hacer efectivo el plan. El aplazamiento de la supuesta campaña de Nápoles, ocasionado por la priorización de la guerra en Flandes contra España, y las largas de Mazarino desesperaron a Cristina que, ni corta ni perezosa, decidió regresar a Francia en junio de 1657. Esta vez, sin ser invitada ni requerida. El cardenal Mazarino y Luis XIV respondieron con evasivas a sus insistentes intentos por ser convidada a la corte. Como premio de consolación, el rey le ofreció Fontainebleau para alojarse. Así lo hizo. Allí se mordía las uñas, aguardando la invitación para reunirse con ellos y descubrir en qué había quedado el plan de Nápoles. En París, chascarrillos sobre qué diantres hacía la reina sueca en Francia de nuevo.

Entretanto, a Cristina se le fue agotando la paciencia. La falta de respuesta del cardenal Mazarino a sus últimas cartas activó en ella una necesidad de hacer una declaración de intenciones y poner sobre la mesa el poder real que consideraba que seguía teniendo. Para ello, el chivo expiatorio fue Monaldesco, uno de sus ya mencionados cortesanos, italiano mercenario del ejército francés. Lo acusó de espiar su correo, de traición, y lo condenó a muerte. La cruel ejecución, sin juicio y en una fortaleza francesa, causó indignación en todas partes. La reputación de Cristina se fue al traste en toda Europa, incluida Roma, donde su único valedor parecía seguir siendo el cardenal Azzolino, con el que, pese a la distancia, siempre mantenía contacto por carta. Con todo, a base de tesón, logró que se la invitara a París a pasar la temporada de Carnaval. Sin embargo, allí ya nadie la quería. Se cuenta que hasta el rey Luis XIV y su hermano se escondieron cuando Cristina visitó los apartamentos de su madre, la reina Ana de Austria, para no

tener que estar con ella. El cardenal Mazarino la mareó con el asunto de Nápoles sin llegar a ninguna conclusión; finalmente, él mismo se encargó de costear el viaje de Cristina a Roma y cederle el palacio de su familia allí para asegurarse de que se marchaba de Francia.

En Roma, Cristina confirmó lo que, quizá, había sospechado en los últimos meses: Francia no iba a invadir Nápoles y ella no iba a ser virreina. Francia comenzó a negociar la paz con España en noviembre de 1658 tras derrotarla en Flandes. La paz de los Pirineos se firmó un año después y, a pesar de las muchas concesiones que Felipe IV debió hacer a Mazarino y Luis XIV, Nápoles continuó en manos españolas. Para sellar el acuerdo, Luis XIV se casó con su prima, la infanta María Teresa, hija de Felipe IV. Ya no había esperanza para el que había sido el sueño de Cristina durante varios años. A ello hubo que sumar la mala situación financiera en la que continuaba sumida, debido a su alto nivel de vida, el retraso e inconstancia en los pagos desde Suecia y la mala costumbre de algunos de sus empleados de robarle y engañarla. Cristina empeñó joyas, fundió plata y vendió hasta el manto de su coronación para obtener liquidez y así poder devolver el dinero que Mazarino le había prestado para volver a Roma. Además, durante los primeros meses, la relación con el Papa fue nefasta; con el tiempo, solo fría. Una de las condiciones para limar asperezas con el pontífice, arbitrada por el siempre leal cardenal Azzolino, fue que Cristina, a la que gustaba celebrar tertulias y fiestas constantemente, se mudara a una residencia más alejada del Vaticano. Con ayuda de ese favorito entre favoritos, alquiló el palacio Riario, que remodeló durante cuatro años y convirtió en su hogar. Se cuenta que en una de las paredes de su dormitorio colgaba la pintura de Leda y el Cisne de Antonio da Correggio (si recuerdas, era el espectáculo erótico que debía representar Teodora).

Pero Cristina siguió viajando al norte. La primera ocasión fue con motivo de la muerte de su primo Carlos X, rey de Suecia, con solo 38 años, en febrero de 1660. Dejó como heredero a un niño de

cinco años. Cristina sabía que su primo había velado, en lo posible, por el cumplimiento de lo acordado en el documento de abdicación. Su fallecimiento cambiaba los interlocutores y ella debía asegurarse de que el flujo de ingresos, aun siendo imperfecto, se mantuviera. Marchó a Suecia en junio, donde había comenzado a gobernar un nuevo Consejo de Regencia —ante la minoría de edad del heredero —, liderado por un viejo conocido de la reina, Magnus de la Gardie, favorito que, en los últimos momentos de reinado, había caído en desgracia. La visita a su país natal, al que no había vuelto en seis años, no resultó todo lo fructuosa que cabría imaginar. Y es que, a pesar de que en un inicio el *riksdag* aceptó mantener sus privilegios sin gran oposición, las tentativas de Cristina de recuperar la corona si su sobrino moría y su repentina costumbre de asistir a misa diaria en la católica embajada francesa terminaron por hacer incómoda su presencia en el reino. Lo abandonó casi seis meses después, tras haber tenido que firmar un documento con el que confirmaba su abdicación y renunciaba a cualquier derecho sucesorio. Para ella fue una absoluta humillación.

Durante su estancia en Suecia, el cardenal Mazarino murió, dando inicio así al auténtico reinado del que fue el monarca más poderoso de Europa en los años venideros, adalid del absolutismo, el rey Luis XIV, «el rey Sol» (el del palacio de Versalles).

Después de detenerse un par de meses en Hamburgo, Cristina continuó camino hacia Roma, donde llegó en junio de 1662. Desde el palacio Riario, ejercitó sus más fervientes pasiones: el coleccionismo, el deleite teatral y musical y la intriga política. Constantemente se metía en asuntos en los que nadie había pedido su intermediación, lo que conllevó rencillas con Francia, el Papa e, incluso, con el propio Azzolino. Aunque él fue fundamental en los intentos continuados de sanear las cuentas y el personal al servicio de Cristina, la relación pasó por un momento crítico cuando los intereses del cardenal, que se preparaba para un próximo cónclave ante la enfermedad del pontífice, y la compleja y oscilante reputación de la reina entraron en conflicto. Quizá por ese motivo la

animó a repetir otro periplo hacia el norte del continente, a colación del aumento de popularidad de Cristina en su reino ante el descontento generado por el gobierno de la regencia.

La reina se convenció de que debía regresar a Suecia y luchar por la libertad religiosa allí. La idea era plantarse en Estocolmo mientras el *riksdag* estuviera en sesión y así lograr su propósito. Partió en mayo de 1666, pero, una vez más, la expedición no salió como hubiera deseado. Aguardó casi un año en Hamburgo a que se le permitiera entrar en Suecia. Cuando logró el permiso, gracias a la intercesión de uno de sus agentes, comenzó el juego del ratón y el gato: la regencia no quería que visitara el país con el *riksdag* en sesión, tampoco que cruzara la frontera con sacerdotes católicos en su séquito; ella deseaba justo eso. Cristina retrasó su viaje, trató de despistar al gobierno, pero, finalmente, y pese a que el pueblo sueco la recibió con calidez y júbilo cuando se dignó a penetrar en el reino, no obtuvo permiso para que los católicos la acompañaran. Además, a mitad de camino, descubrió que se le había prohibido asistir a misa en la embajada francesa. Cristina, de nuevo humillada, montó en cólera y se dio media vuelta.

Nuestra reina permaneció en Hamburgo durante un año más, ansiando un cambio de planes y tranquilidad en sus finanzas. Allí celebró el nombramiento del nuevo papa, tras la muerte de Alejandro VII: un buen amigo de Roma, el cardenal Giulio Rospigliosi, que pasó a ser Clemente IX. La fiesta organizada en la mansión en la que residía ocasionó disturbios entre la población, de mayoría protestante. Con el tiempo, la presencia de Cristina también se hizo incómoda. La reina, aburrida, trató de llenar sus días con más intrigas —como el momento en que pretendió, sin éxito, el trono católico polaco como última Vasa—, con su renovado interés por la alquimia y la búsqueda de la piedra filosofal —en la que también estaba inmerso Azzolino—, con lecturas y con el inicio de la escritura de su autobiografía. Pasó bastantes días enferma y enfadada ante el bloqueo al que la tenía sometida la regencia y porque consideraba que Azzolino no deseaba que volviera a Roma.

Pero, al final, se decidió a regresar, aun sin haber logrado zanjar sus asuntos en el norte. Cristina nunca más volvió a su país. El siguiente paso que dio el gobierno fue prohibir que cruzara la frontera mientras durara la minoría de edad de su sobrino.

La Roma de Clemente IX la recibió con los brazos abiertos, en contraste con la hostilidad de los últimos tiempos. Fue una buena época tanto para ella como para el cardenal Azzolino. El palacio Riario se convirtió en hogar de las artes. Eran constantes las tertulias y *soirées* a las que acudían los prelados y los más sobresalientes artistas como Lorenzo Bernini, con el que Cristina mantuvo una estrecha amistad desde sus primeros años en Roma, o Alessandro Scarlatti. La reina, alejada ya de sueños sobre coronas, se interesó entonces por la arqueología y, con la venia del Papa, pudo excavar el palacio del emperador Decio, donde encontró esculturas clásicas que pasaron a engrosar su colección. Cuando Clemente IX murió en 1669, lo sucedió Clemente X, con el que mantuvo una buena relación, aunque no pudiera compararse con la amistad brindada por su antecesor. A continuación, en 1676, llegó el turno de Inocencio IX, el candidato apoyado por Luis XIV y con el que terminó, en gran medida, la influencia del cardenal Azzolino y su «escuadrón volante». Cristina tuvo una relación intensa con ese Papa, conocido por su tendencia a la austeridad y el puritanismo. Tal fue la tensión entre ellos que la reina amenazó con abandonar la ciudad, pero jamás lo hizo. En 1674 fundó una academia de debate en su palacio a la que acudían hombres de prestigio. Continuó informada y activa acerca de la política europea, enviando cartas a diestro y siniestro. Peleó, a través de sus agentes, por lograr su ansiada estabilidad financiera, que sí llegó hacia el final de sus días. Se interesó por el quietismo, continuó con su autobiografía, escribió ensayos que no terminó y fue mecenas de artistas. Llegó a convertirse en la reina sin corona de Roma.

En febrero de 1689, tras un viaje por la Campagna, sufrió un grave desmayo. Algunas fuentes indican que el diagnóstico fue erisipela, una infección de la piel que llevaba años acechando su

salud. Pasó los siguientes dos meses entre recaídas y conatos de recuperación. Sin embargo, cuando parecía que había superado la convalecencia, se enteró de algo terrible que había ocurrido en su propio palacio. Una de sus nuevas favoritas, Angelina Giorgini, una bellísima soprano a la que había empleado en su corte para evitar que fuera encerrada en un convento por orden del Papa —con objeto de eliminar la tentación de su hermosura de las calles de la ciudad—, fue violada por el cardenal Vaini con el beneplácito de la propia madre de la joven y algunos empleados que habían sido sobornados. El cardenal Azzolino trató de ocultarle el horror a Cristina, pero la ausencia de la joven soprano, que había permanecido a su lado durante la enfermedad, la terminó alertando. Presa de la ira, mandó a uno de sus hombres a que encontrara al culpable y le cortara la cabeza. Cuando el enviado de la reina se presentó ante ella y le confirmó que no lo había matado y que este había conseguido escapar, Cristina se abalanzó sobre él con la intención de estrangularlo. En ese momento, cayó fulminada al suelo, víctima del último y mortal ataque por el que falleció solo cinco días después, el 19 de abril de 1689. No había cumplido los sesenta y tres años.

Cristina nombró a Azzolino heredero universal, pero el que se sospecha que fue su gran amor solo la sobrevivió un par de meses, pues falleció en junio de ese mismo año. Fue a tiempo de organizar su entierro en la cripta de San Pedro del Vaticano, un honor solo reservado a tres mujeres antes que a ella. Este detalle muestra la importancia que, a pesar de la excentricidad que llevó siempre por bandera, en constante tensión con las hormas de su tiempo, llegó a cosechar en Roma. Así, a pesar de los rechazos, los tropiezos, la terquedad y la voluble moral, Cristina se despidió del reino de los vivos con la pompa de la monarca que siempre fue, con o sin corona.



CATALINA
LA GRANDE
(1729-1796)

Hemos dejado a padre atrás, en Schwest. El recuerdo de las lágrimas jamás me abandonará, lo sé. Madre parece entusiasmada. Me alegra que sea así. Aunque, por momentos, me da la sensación de que piensa que toda esta aventura es por ella. No hay más que mirar la cantidad de equipaje que lleva y la poca ropa que tengo yo. Supongo que, cuando lleguemos, podré adquirir algún vestido y se solucionará todo. Estoy emocionada, sí lo estoy. ¿Quién no lo estaría? ¡Me dirijo a Rusia, a la tierra del mítico Pedro el Grande! Aunque la idea de despedirme de padre, de Babet y de mis hermanos me deja mal sabor en la boca, sé que merecerá la pena. Quizá, la generosa y bondadosa emperatriz Isabel decida invitarlos también. Seguro que sí. No puedo esperar a llegar a San Petersburgo. ¿Cómo será? Jugaré a imaginarla y así olvidaré el frío, el molesto traqueteo del carruaje. Miro a madre de nuevo. Viajamos con identidades falsas. Me parece muy divertido. Me recoloco en el asiento, simulando ser otra persona. ¿Descubrirán quiénes somos? ¿A qué vamos? ¿Quién ha costeado este viaje? Aparto la cortinilla y contemplo el paisaje. Todavía no ha empezado a nevar. El invierno se resiste. ¿Estará esperando a que el destino me encuentre?



Continuamos avanzando en el tiempo para conocer a nuestra siguiente protagonista, una niña llamada Sofía Augusta Federica, princesa de Anhalt-Zerbst. Nació en la primavera de 1729, casi cuarenta años exactos después del fallecimiento de Cristina de Suecia. Y lo hizo en Stettin, un puerto en Pomerania que acababa de pasar de manos suecas a prusas. Si recuerdas, Suecia ocupó parte de Pomerania en la guerra de los Treinta Años. El padre de Sofía era Cristián Augusto, príncipe de Anhalt-Zerbst y comandante del ejército de Prusia, a cargo de un regimiento acuartelado en Stettin. El pequeño principado de Anhalt-Zerbst pertenecía a un Sacro Imperio Romano Germánico en horas muy bajas y en el que la división religiosa había generado brechas profundas entre la amalgama de estados que, otrora, habían estado bajo su paraguas. En el norte protestante del imperio, desde finales del siglo XVII, había ido ganando fuerza el reino de Prusia, al que pertenecía el ducado de Brandenburgo y a cuya órbita pertenecía el principado de Cristián Augusto. Junto a Prusia, en la Europa de mediados del siglo XVIII, en la que triunfaba el absolutismo mientras se habrían paso, entre las élites, los escritos ilustrados, era incontestable la hegemonía francesa. Atrás quedaba el esplendor de la monarquía hispánica; en parte de los territorios que habían pertenecido a los Habsburgo, entre los que se contaba la mayor parte de la península ibérica, también reinaban desde 1700 los Borbones. Los Habsburgo, como emperadores casi simbólicos, hacían contrapeso desde Viena. Por su parte, la madre de la niña era Juana Isabel, una princesa del ducado de Holstein-Gottorp, cuyas tierras hoy pertenecen a Alemania y Dinamarca. Cristián Augusto y Juana Isabel se casaron por conveniencia con una diferencia de edad de veintidós años, lo que se tradujo en un matrimonio desgraciado. Pese a su rango de nobleza, no tenían mucho dinero, algo que afectó profundamente a

Juana Isabel, acostumbrada al esplendor de la corte de la importante casa de Holstein-Gottorp.



Juana Isabel, dispuesta a mantener los relevantes contactos de su familia en otras cortes y a no languidecer en Stettin, se dedicó a viajar constantemente. Sofía, que no recibió gran cariño por parte de su madre, que la había tenido con solo dieciséis años, se formó con la institutriz francesa Isabel Cardel, apodada «Babet», que le brindó el afecto y la educación que Juana Isabel se resistió a conceder a su primogénita. Desde muy pequeña, demostró gran inquietud por aprender, interés por la lectura, gusto por la actividad física y habilidad en las relaciones sociales. Parece que la niña, a la que llamaban cariñosamente «Fike», también era bastante testaruda y una chispita rebelde. Estas dos cualidades no gustaban a Juana Isabel, que sabía, desde el nacimiento de Sofía, que el objetivo era arreglar un buen matrimonio. En línea con esto, una vez cumplió ocho años, la pequeña empezó a acompañar a su madre en los viajes por otras cortes germanas. Sofía tuvo otros dos hermanos.

En 1739, en uno de los periplos con su madre, Sofía tuvo la oportunidad de conocer a un muchacho algo enclenque llamado Pedro Ulrico, duque de Holstein. Había quedado huérfano y, en ese momento, estaba bajo la protección del tío de Sofía, el príncipe obispo de Lübeck. Los dos críos tuvieron una correcta impresión mutua, desconociendo el destino que les aguardaba.

Conforme Sofía avanzó hacia la adolescencia, sus rasgos físicos comenzaron a destacar. Según ella considera en sus memorias, de niña no era muy agraciada. También vivió su primer idilio amoroso, inocente al parecer, con uno de sus tíos. En 1742, el padre de Sofía renunció a su cargo en el ejército, así que la familia abandonó Stettin y se instaló en Anhalt-Zerbst, donde el príncipe Cristián Augusto se centró en el gobierno de sus tierras y de sus veinte mil súbditos. Justo allí llegó una carta procedente de Rusia el primer día del año de 1744. Sofía tenía catorce años. Juana Isabel debió de saltar de alegría al comprobar que sus esfuerzos habían dado fruto. Y es que, entre las relaciones que había puesto especial mimo en alimentar estaba la que su familia tenía con la emperatriz rusa, Isabel I. Esta había estado a punto de casarse con el hermano de

Juana Isabel, pero el novio había muerto justo antes de la boda. Aun así, el afecto por la relevante casa Holstein-Gottorp no se había evaporado y la madre de Sofía lo aprovechó. Además del envío de cartas, se preocupó en hacer llegar un retrato de su hija a la emperatriz. ¿El motivo? Que Sofía estuviera entre las candidatas para contraer matrimonio con el sobrino de Isabel I, el único nieto vivo de Pedro el Grande de Rusia. Este no era otro que aquel jovencito enfermizo llamado Pedro Ulrico con el que Sofía había coincidido cinco años atrás. Isabel, que no se había casado ni había tenido hijos, lo había nombrado heredero en 1742. En Europa, además de los poderes mencionados, el gigante ruso, hasta entonces retraído, había avanzado posiciones hacia el oeste —y, en definitiva, hacia el corazón del continente— gracias a Pedro el Grande, que había arrebatado Finlandia y las provincias bálticas a Carlos XII de Suecia (nieto del primo de Cristina). Esto se había materializado con una nueva capital, San Petersburgo. Pese a sus problemas sucesorios, Rusia era un diamante en bruto, cada vez más presente e importante en el fluir de los acontecimientos.

Así, dos horas después de que llegara la carta enviada desde tierras rusas en las que se citaba a madre e hija en la corte de Isabel I, la familia recibió una misiva del rey Federico II de Prusia que daba su beneplácito al proyecto de unión de la dinastía Romanov con una casa germana, lo que confirmó la decisión de la emperatriz rusa: había elegido a Sofía como esposa de su sobrino y sucesor. Así, la joven y sus padres se dirigieron a Berlín para hacer la pertinente visita al rey. A continuación, y tras despedirse para siempre de su padre y de todo lo que había conocido hasta entonces, Sofía y Juana Isabel partieron rumbo al norte. Durante la primera parte del viaje, hasta cruzar la frontera rusa, debieron usar identidades falsas, pernoctar en posadas regionales sin grandes comodidades; sin embargo, una vez pasaron Riga, con la nieve como compañera, pudieron disfrutar del lujo esperado para cualquier invitado a la corte de la emperatriz. A mediodía del día 3 de febrero, Sofía y su madre llegaron al Palacio de Invierno de San Petersburgo.

Sin embargo, la corte de Isabel no se encontraba ahí, estaba en Moscú. Así que, tras un receso de varios días, reemprendieron el camino hasta la vieja capital, a la que entraron a tiempo de celebrar el decimosexto cumpleaños del gran duque Pedro Ulrico.

El reencuentro entre los dos jóvenes fue correcto, pero desprovisto de toda emoción. Quizá la emperatriz ansiaba que se enamoraran, pero aquello no sucedió. Desde el primer momento, Pedro Ulrico dejó patente que entre ellos solo habría amistad. A Sofía, por lo pronto, pareció bastarle, consciente de su responsabilidad allí, de la gran oportunidad que tenía entre manos. Sin gran tardanza, mientras su madre se dedicaba a intrigar al servicio del rey de Prusia, Sofía se dedicó al estudio del idioma y de la ortodoxia rusos. Tal fue su empeño en mejorar en estos dos aspectos, que sin duda le abrirían las puertas de aquel lejano imperio, que cayó enferma de neumonía por levantarse, en medio de la noche, a repasar la lección. Durante su convalecencia, la emperatriz Isabel estuvo a su lado en todo momento —encariñada con la joven y preocupada por que el plan de matrimonio se torciera tan pronto—. Esto contrastó con la actitud de la madre, que, reacia a las sangrías, puso trabas al trabajo de los médicos y demostró, una vez más, la compleja relación que tenía con su hija mayor. Sin embargo, y pese a que Sofía reapareció bastante desmejorada en la corte en abril, el relato de cómo había contraído la enfermedad y de cómo había querido tener cerca a su preceptor ortodoxo hizo que se ganara la simpatía de la corte y el pueblo. Sobre todo, porque Pedro Ulrico, también de origen alemán, no mostraba el mismo interés en la cultura y la lengua rusa.

El día 28 de junio, después de que el padre de Sofía aceptara por carta a regañadientes, la joven se convirtió oficialmente al cristianismo ortodoxo ruso. Para ello debió cambiar de nombre. La emperatriz Isabel fue la que lo escogió, en honor a su madre: Catalina.

Catalina y Pedro Ulrico, comprometidos al día siguiente de la ceremonia de conversión, tardaron casi un año en casarse debido,

en parte, a la naturaleza enfermiza del gran duque. Ese invierno, Pedro Ulrico contrajo la viruela, lo que le provocó una cierta desfiguración en la cara. Parece que la deformidad acentuó las inseguridades que el endeble duque tenía desde pequeño y le generó secuelas psicológicas; también que la evidente impresión de Catalina, o quizás la torpeza a la hora de gestionar la situación, abrió una brecha entre los dos que jamás se cerró. Pedro Ulrico tendió a aislarse y ella respondió con la misma moneda. A pesar de todo, la boda se celebró el día 21 de agosto de 1745 en San Petersburgo. Tras esta, tal y como estaba acordado, la madre de Catalina debió abandonar la corte rusa. Dejó, eso sí, muy mala imagen y una cuantiosa deuda que su hija tuvo que encargarse de pagar a plazos.

Aquellos primeros años de matrimonio no fueron sencillos para Catalina. En primer lugar, según parece, jamás llegaron a consumarlo. El rechazo procedía de Pedro Ulrico: quizá por causas psicológicas, quizá por algún problema físico como la fimosis, o quizá por absoluta falta de interés en ella. La tortura se acrecentaba en la medida en que él no tenía reparo en adular a otras damas de la corte, incluso en presencia de Catalina. Y, mientras tanto, los ojos de la emperatriz Isabel permanecían clavados en ella, a la espera de un heredero que asegurase la sucesión. Tal fue la obsesión de Isabel I en que la pareja procreara que se dedicó a aislarlos, a alejar a toda persona cercana o afín a ellos durante años, con el objetivo de que estrecharan lazos. Por más que lo intentó, con el tormento que supuso para Catalina ver cómo las damas de compañía a las que más cariño tenía terminaban desapareciendo de su lado, no llegó ningún embarazo.

No obstante, las habilidades sociales que Catalina había demostrado desde pequeña, su gusto por Rusia y su atractivo le reportaron un buen estatus en la corte. Aunque la emperatriz, en ocasiones, la castigaba con desplantes por hacerle sombra con su lozanía, lo cierto es que la joven comenzó a tener algún que otro admirador. Pero ella se resistía a las notas secretas de amor. Combatía la soledad y la difícil convivencia con el imprevisible e

infantil Pedro Ulrico a través de la lectura. Entre los libros que cayeron en sus manos ya entonces estaban algunos de los pujantes autores ilustrados o *Tirant lo Blanc*. Sin embargo, en 1752, después de siete años de infeliz matrimonio, Catalina sucumbió a uno de sus pretendientes. Era el joven y seductor Sergei Saltykov, chambelán de Pedro Ulrico. Después de varios disimulados acercamientos a Catalina, parece que ambos comenzaron una relación íntima en el verano de 1752. También, según algunas fuentes, es posible que la emperatriz Isabel, consciente de la problemática que rodeaba a su sobrino, optase por mirar a otro lado y dejase que la gran duquesa se quedase embarazada por otros medios. Y así terminó ocurriendo. En otoño de 1752, Catalina empezó a tener síntomas de estar encinta. Pero sufrió un aborto en diciembre. Perdió otro niño en junio de 1753, pero, en febrero de 1754, estaba de nuevo embarazada y ese sí salió adelante. El 20 de septiembre de ese año dio a luz a un varón, que se anunció como hijo de Catalina y Pedro Ulrico. La emperatriz Isabel escogió el nombre de Pablo para él y lo apartó enseguida de la madre. Catalina no pudo ver a su hijo hasta una semana después del nacimiento. El bebé pasó a manos de Isabel I, quien se encargó de supervisar sus cuidados y educación. Catalina solo podía verlo en contadas ocasiones y tras solicitar el oportuno permiso.

El tiempo que siguió al nacimiento de Pablo fue oscuro para Catalina. La separación de su bebé, la imposibilidad de ver a Saltykov —que ya había volado a otros nidos— y la sensación de soledad la sumieron en una depresión. Una vez más, los libros de los ilustrados la acompañaron. La gran duquesa reapareció en la corte un año después de dar a luz a Pablo. La relación con Sergei Saltykov ya se había terminado. Por su parte, el matrimonio con Pedro Ulrico continuaba siendo una fuente de humillación y desilusión para Catalina. Así, ambos buscaron parejas sin demasiado disimulo. A partir de 1755, ella comenzó una relación con Stanislaus Poniatowski, un noble polaco de veintitrés años, erudito y sofisticado, que había llegado a la corte acompañando al embajador

inglés como su secretario. Por su parte, Pedro Ulrico se encaprichó de una de las damas de compañía de Catalina, Isabel Vorontsova, a la que convirtió en su favorita. Aun así, continuó existiendo una relación de cierta complicidad entre ellos, quizá fruto de la tendencia al aislamiento al que los sometía la emperatriz. Esto, sobre todo, era en beneficio de Pedro Ulrico que, como duque de Holstein, solía tener dudas sobre la gestión del ducado, así que las compartía con Catalina en busca de consejo. Esto no gustaba nada a Isabel I.

En 1756, la invasión de Sajonia por parte de Prusia, sumado a las tensiones entre Francia e Inglaterra en el norte de América, dio inicio a la guerra de los Siete Años, en la que terminó interviniendo Rusia como parte de la coalición franco-austríaca. Al otro lado, el bloque anglo-prusiano. Durante los años que duró, el conflicto escaló a nivel global, suponiendo uno de los primeros enfrentamientos a gran escala por motivos coloniales (además de dinásticos, económicos y territoriales en la propia Europa). En este contexto de tensión general y con la salud de la emperatriz quebrándose, la influencia de Catalina, madre del heredero, en la corte empezó a aumentar. Estrechó lazos con el canciller Bestuzhev. Embarazada de Poniatowski, Catalina logró salir ilesa de la sospecha de que ella había intercedido, por carta, en ciertas decisiones estratégicas de la contienda, un detalle inadmisible para Isabel I. No ocurrió lo mismo con el canciller Bestuzhev, que terminó condenado al exilio. La gran duquesa dio a luz a una niña el 9 de diciembre de 1757 a la que la emperatriz decidió llamar Ana, en honor a su difunta hermana. La pequeña, que no generó tanto interés como su hermano en la corte, solo vivió poco más de un año. Del mismo modo que con Pablo, Catalina quedó apartada de sus cuidados. Aunque logró combatir el pesar de la soledad y la separación de su bebé con mayor aplomo que en la primera ocasión, debió afrontar un nuevo reto: la pérdida de influencia en la corte ante la marcha de gran parte de sus aliados, amonestados por la emperatriz. Entre ellos, Poniatowski, al que se mandó a Polonia. Pero Catalina no se rindió. Por un lado, recuperó parte de la confianza de Isabel I, que

parecía perdida después de que sospechara que había participado en intrigas relacionadas con asuntos de la guerra. Por otro, forjó un nuevo círculo en el que destacaron Nikita Panin, el tutor de Pablo, Grigorii Orlov, un apuesto teniente de la guardia, y la princesa Catalina Dashkova, hermana pequeña de la amante de Pedro Ulrico.

Tras años de achaques, la emperatriz Isabel murió el 25 de diciembre de 1761 y la sucedió su sobrino Pedro Ulrico como Pedro III. Catalina, que había comenzado una relación con Grigorii Orlov, volvía a estar embarazada y en un segundísimo plano, por obra de su marido. Aunque sus partidarios en la corte quisieron mover ficha enseguida, convencidos de que Pedro III iba a ser un mal emperador, Catalina actuó con prudencia y optó por dar tiempo a que su marido se ganara una amplia oposición. Así ocurrió. Catalina consiguió ocultar el embarazo hasta que dio a luz en la primavera de 1762 a su tercer hijo, Aleksei, al que se apartó de la corte. Entre tanto, fue testigo de cómo Pedro III, desde su ascenso al trono, cometía errores: se enemistó con el ejército al cambiar de bando en la guerra de los Siete Años para apoyar a su admirada Prusia y al iniciar otra contienda en contra de Dinamarca relacionada con el ducado de Holstein; así mismo, molestó a la Iglesia ortodoxa al no respetar sus costumbres y tradiciones. Además, en la cena que celebró para brindar por la nueva alianza con Prusia, llamó estúpida a Catalina delante de todo el mundo cuando ella se negó a levantarse para el brindis. Catalina, por su parte, se había preocupado de velar el cadáver de Isabel I en público, portar luto durante seis meses y erigirse como la alternativa cuerda a todos los desmanes de Pedro III. Gracias a ello, sus apoyos fueron incrementando, principalmente en la guardia, donde Grigorii Orlov y sus cuatro hermanos tenían mano, hasta que el día 28 de junio de 1762 llegó su momento.

Ese día, en la época de las noches blancas rusas, Catalina, ayudada por sus leales, viajó desde el palacio estival de Peterhof, su favorito, hasta San Petersburgo. En la capital, apoyada por amplios sectores del ejército y la Iglesia, logró proclamarse emperatriz de

todas las Rusias en la catedral de Nuestra Señora de Kazán. Desde el balcón del Palacio de Invierno saludó, junto a su hijo Pablo, el heredero, a la entusiasmada multitud. Las muestras de fidelidad a la nueva soberana se sucedieron durante toda la jornada. Por la noche, Catalina se montó en un caballo blanco vestida con el uniforme de coronel de la emblemática guardia Preobrazhenskii y guio a 14 000 hombres en el camino de regreso a Peterhof. Allí se encontraba Pedro III desde esa mañana, cuando había acudido desde el palacio de Oranienbaum para, en teoría, comer con Catalina. Al no hallarla, había enviado a varios hombres a comprobar si había marchado a San Petersburgo. De estos, solo algunos regresaron a su lado con la noticia del golpe; otros prefirieron jurar lealtad a la nueva zarina.

Catalina llegó a Peterhof en la mañana del día 29 de junio. Quizá para sorpresa de muchos, la reacción de Pedro III fue suplicar. En pocas horas, él mismo aceptó abdicar a cambio de que le permitieran marchar a su ducado de Holstein junto a su favorita. Catalina pidió la abdicación por escrito. Y así se procedió. Sin embargo, Pedro III fue arrestado y llevado a la residencia de Ropsha, a la espera de que se prepararan las dependencias que ocuparía en la fortaleza de Schlüsselburg. Él se despidió de su querida Isabel Vorontsova creyendo que la separación sería temporal, pero jamás volvió a verla. Y es que, solo una semana después, Pedro III murió en extrañas circunstancias tras una visita de Aleksei Orlov, hermano del amante de Catalina, y otros partidarios a su lugar de confinamiento. Una carta que se hizo pública a finales del siglo XIX, escrita por Aleksei Orlov, deja patente que hubo un episodio de violencia durante esa visita que terminó mal. También que Catalina no tuvo nada que ver con el asesinato. La emperatriz, sin embargo, decidió actuar con rapidez: encargó una autopsia que descartó el envenenamiento y publicó un comunicado en el que se concretó que Pedro III había fallecido de un cólico hemorroidal. A Isabel Vorontsova, quizá devastada por la noticia, le compró una casa.

Algunas de las primeras medidas que adoptó fue la retirada de las tropas para la campaña en Dinamarca que había estado preparando Pedro III en relación con los intereses del ducado de Holstein, el fin de la alianza con Prusia —pese a que se comprometió con Federico II a mantener una relación pacífica— y el apaciguamiento temporal de los temores de la Iglesia a las reformas. Catalina debió ser cauta en sus primeros años en el gobierno, pues la legitimidad del golpe contra su marido podía ser contestada con facilidad por propios y extranjeros. Y ese fue uno de sus grandes temores durante casi todo su reinado, que la señalaran como usurpadora. Quizá por ese motivo, rehusó casarse con Gregorii Orlov, padre de su tercer hijo. En la corte no gustaba la perspectiva de un matrimonio con él, que se fue ganando celosos detractores debido a su cercanía y privilegio con respecto a la mujer más poderosa de Rusia. Sin embargo, Catalina arrastró tal sentimiento de culpabilidad por no aceptar la mano del hombre que la había ayudado a alcanzar el poder que trató de compensarlo con prebendas.

En 1763, Catalina comenzó a escribirse con uno de sus más admirados autores ilustrados, Voltaire. Ese mismo año, en febrero, se puso fin a la guerra de los Siete Años con el Tratado de París, que apuntaló el futuro Imperio colonial británico en América, África y Asia y permitió que Silesia se quedara en manos prusianas. También fue el momento en que Catalina fundó el hospital de San Pablo en Moscú, el primero que ofrecía atención médica gratuita para enfermos curables.

La Catalina que comenzó a reinar estaba llena de ideales, pero estos se fueron diluyendo en la compleja y diversa realidad del Imperio ruso. Así, pese a que en un primer momento quiso terminar con la servidumbre —una institución equiparable a la esclavitud, base del sistema económico ruso—, pronto se percató de que sería imposible: ella misma había pagado el apoyo de los leales en el golpe con tierras y siervos. De hecho, y aunque primero calmó a la Iglesia ortodoxa, terminó secularizando las tierras eclesiásticas, con

lo que la Corona aumentó sus recursos —con siervos incluidos—. Además, ya desde 1764, la emperatriz tuvo la vista puesta en los asuntos extranjeros. Y es que, tras la muerte del rey Augusto III de Polonia, comenzaron los preparativos para elegir al siguiente monarca entre los nobles. ¿Y a qué noble polaco Catalina conocía muy bien? Pues a su segundo amante y el padre de su difunta hija Ana, Stanislaus Poniatowski. De este modo, lo apoyó con dinero y tropas y logró que se convirtiera en rey de Polonia como Stanislaus II. Un monarca conocido, títere, en deuda con la generosa Rusia. Y que sería el último rey de Polonia.

Solo un año después, en 1765, Catalina comenzó a trabajar en el proyecto de codificación de las caóticas leyes de Rusia, para lo que escribió una guía con los principios que debería seguir la comisión legislativa en esta empresa: el Nakaz. En él volcó todas las influencias ilustradas que había ido recibiendo a lo largo de su vida. Lo presentó en 1767 con algunas enmiendas. Sin embargo, las sesiones de la comisión, que comenzaron esa primavera y se extendieron durante meses, fueron infructuosas: había demasiados intereses contrapuestos en el extenso y plural imperio. En octubre de 1768, el proyecto perdió su interés ante la declaración de guerra de Turquía. Las hostilidades se habían generado por la presencia rusa en la política polaca, con la excusa de la defensa de la minoría religiosa ortodoxa frente a la mayoría católica. La incursión, por error, de tropas zaristas en territorio otomano mientras perseguían a unos rebeldes polacos fue la gota que colmó el vaso.

La sucesión de victorias rusas compensó la llegada de un brote de peste a Moscú en 1771 con el que se perdieron 100 000 vidas y que ocasionó la miseria y los disturbios asociados a toda epidemia. También la aparición, en 1772, en las estepas del norte del mar Caspio, de un tipo que decía ser Pedro III y que logró, a base de demagogia, provocar una rebelión en toda la región del sur de los Urales. Era un cosaco rebelde, llamado Yemelián Pugachov. Las tropas zaristas solo lograron derrotarlo en agosto de 1774. No obstante, estos sinsabores, y la constante incertidumbre ante el

avance de la guerra contra los turcos, se alternaron con un relativo acercamiento a su hijo Pablo, con el que pudo pasar el verano de 1772 en Tsarskoe Selo, otra de las residencias reales próximas a San Petersburgo. También, tras el fin de su larga relación con Grigorii Orlov, con la aparición de un nuevo amor, Grigorii Potemkin, comandante del ejército y chambelán de corte, algo más joven que ella. Se cree que el idilio entre ambos apenas duró un par de años, pero es bastante probable que, en torno a la primavera de 1774, contrajeran matrimonio en secreto. Solo así se explica el longevo vínculo que mantuvieron, más allá del fin de la pasión, el imparable ascenso de Potemkin en el poder y las cuantiosas misivas que se intercambiaron, en las que se llamaban «esposo» y «esposa». A juzgar por la correspondencia que se conserva, la relación entre ellos era complicada: él se enfadaba con facilidad, era celoso, detestaba sentirse inferior a ella; Catalina, a cambio, siempre andaba rogando el perdón, hacer las paces, aprovechar el tiempo juntos.

A finales de 1774 por fin pudo firmarse la paz con Turquía en la que, entre otras cuestiones, Rusia ganó amplias extensiones de terreno en el sur, derecho de comercio en el mar Negro e influencia sobre la península de Crimea, antes bajo la órbita del Imperio otomano. A su adorado Potemkin le encargó la tarea de organizar el nuevo territorio meridional, hogar de tártaros y otomanos. Catalina que, tras la ejecución pública de Pugachov, pasó casi todo 1775 en Moscú, se centró en la reorganización de la administración de las provincias del Imperio ruso, que quedó plasmada en la Reforma Guberniia. Así mismo, en otras de las medidas aprobadas para Rusia, destacó el interés de la emperatriz en asuntos como el acceso a la salud o a la educación. De hecho, en 1768, fue pionera en inocularse el virus de la viruela (el precedente de las vacunas), que azotaba a la población europea sin distinguir estatus, y su ejemplo contribuyó a que más de dos millones de rusos se inmunizaran para 1800. A fin de cuentas, fue una de las grandes representantes del llamado despotismo ilustrado que se resume en aquello de «todo para el pueblo, pero sin el pueblo». Durante esos años, recibió la visita de

Denis Diderot y Friedrich Melchior Grimm. No logró convencer a otros importantes ilustrados como Montesquieu o Jean le Rond d'Alembert que, con mucha sorna, respondió a la invitación a la corte rusa con una carta en la que esgrimía su preocupación por lo peligrosas que eran las hemorroides allí —en clara alusión a la razón que se había dado para justificar la extraña muerte de Pedro III—. A pesar de ello, desde las tertulias en el pabellón del Hermitage, anejo al Palacio de Invierno, promovió la discusión y el encuentro cultural e ilustrado en su corte. Así mismo, se convirtió en una gran coleccionista, reconocida en toda Europa, y llegó a reunir más de 4 000 cuadros, además de las bibliotecas de Diderot o Voltaire, que se trasladaron a San Petersburgo a su muerte.

En el plano personal, Catalina dio la bienvenida a su primer nieto en 1777, Alejandro, y al segundo, Constantino, en 1779 fruto del segundo matrimonio de su hijo Pablo con una princesa de Württemburg que, tras convertirse a la ortodoxia, había adoptado el nombre ruso de Maria Fyodorovna. Así mismo, tras su distanciamiento con Potemkin, comenzó un desfile de favoritos cada vez más jóvenes con los que, muy posiblemente, trató de sentirse querida y acompañada. Tristemente, aunque algunos la correspondieron, otros la utilizaron para medrar y la engañaron a la primera de cambio. Algunos de los más apreciados por ella fueron Alexander Lanskoi y Platon Zubov.

A finales de la década de 1770, Catalina comenzó a acercarse a la Austria de María Teresa y José II (madre y hermano mayor de María Antonieta) en búsqueda de una alianza que se firmó en 1781, ya fallecida María Teresa. Esta tuvo mucho sentido cuando, a finales de 1787, Turquía volvió a declarar la guerra a Rusia y Austria acudió en su ayuda. El motivo de esta nueva contienda fue la insatisfacción del Imperio otomano con las condiciones de la paz. También la anexión de Crimea por parte de Rusia cuando, en teoría, había quedado como territorio independiente de ambos imperios. La declaración se produjo después de que Catalina realizara un viaje de seis meses desde San Petersburgo hasta Crimea para, entre otras

cosas, contemplar la flamante flota rusa que fondeaba en el mar Negro. Aquello incomodó a los turcos, que decidieron reanudar el conflicto. Durante la visita de la emperatriz, surgió la leyenda de los llamados «pueblos de Potemkin». Y es que, se decía que los había construido con cartón para hacer ver a Catalina que su trabajo en el sur era todo un éxito, cuando no era así. Sin embargo, lo cierto es que no se puede negar que Grigorii Potemkin, a la cabeza del gobierno en la zona sur del imperio, fundase ciudades, puertos, hiciera construir numerosos palacios y organizase la defensa de la nueva región. Por si fuera poco, solo unos meses después, Gustavo III de Suecia declaró la guerra a Rusia para recuperar Finlandia y las provincias bálticas. Al parecer, el rey de Suecia declaró que, si no ganaba la contienda, abdicaría y se convertiría al catolicismo como había hecho su antecesora, Cristina de Suecia, ciento treinta años antes. En el verano de 1789, con dos frentes abiertos, Catalina recibió, con estupor, la noticia de la toma de la Bastilla en París: había comenzado una revolución en Francia.

Las dos guerras, por suerte, se solventaron con cierta rapidez. Con Suecia se firmó la paz en 1790 y con Turquía llegó en 1793, ambas sin perjuicios para Rusia. Pero Catalina no podía apartar sus ojos de la situación internacional. Las nuevas llegadas desde Francia la horrorizaban e hicieron que se obsesionara con el temor a ser atacada en cualquier momento. Sobre todo, tras el asesinato de Gustavo III de Suecia, su primo, con el que acababa de firmar la paz. Así, tras una vida de defensa de los ideales ilustrados, comenzó a considerarlos peligrosos. Y más conforme se enteró de las muertes de Luis XVI y María Antonieta, con la que mantenía correspondencia. Durante la década de 1790, las relaciones diplomáticas y comerciales con Francia se rompieron. Se pidió a los rusos residentes en París que regresaran, se obligó a los franceses residentes en Rusia a jurar fidelidad a la monarquía si deseaban quedarse. Apareció un enorme miedo a todo lo francés que se materializó en la aprobación de un decreto de censura.

Así mismo, Polonia, que había sufrido dos particiones desde que Catalina se había inmiscuido en los asuntos de la mancomunidad lituano-polaca, dejó de existir oficialmente en 1795 cuando fue engullida por Rusia, Austria y Prusia.

La emperatriz que, en sus últimos años, quiso dejar atados los matrimonios de, al menos, sus dos nietos mayores, vio cómo su salud empeoraba por momentos. En muchos instantes, la compleja relación que siempre tuvo con su hijo quien, paradójicamente, se parecía en algunos aspectos a Pedro III, le llevó a dudar sobre la sucesión y a plantearse omitirlo y nombrar heredero a su nieto Alejandro.

El día 5 de noviembre de 1796, tras levantarse a las seis de la mañana, beberse su rutinario café y sentarse a escribir un rato, solicitó quedarse a solas un momento. El chambelán comenzó a preocuparse cuando, tras esperar, la emperatriz no dio señales de vida. Entró en la estancia y la encontró inconsciente, en el suelo, en la zona del vestidor. Había sufrido un infarto cerebral. Murió a las nueve de la noche del día siguiente, con sesenta y siete años. Finalmente, pese a las dudas que habían podido revolotear en su cabeza, su hijo Pablo la sucedió. Este decidió enterrarla en la catedral de San Pedro y San Pablo de San Petersburgo; en el funeral, aprovechó para trasladar los restos del que creía que era su padre, Pedro III, para que reposaran junto a los de Catalina.

Y así, la princesa Sofía de Anhalt-Zerbst se convirtió en la emperatriz más importante de la historia de Rusia, en la dinamizadora de la cultura rusa y en una de las personas que escribieron con tinta y sangre el destino de la Europa del siglo XVIII.



MARÍA ANTONIETA

(1755-1793)

No me tengo casi en pie. Pero no van a conseguir verme desfallecer, no lo permito. Este tribunal de postín, manipulado por ese fiscal Fouquier-Tinville, quiere torturarme antes de matarme. ¿Acaso no han tenido ya suficiente? ¿Qué les he hecho yo? ¿Qué he hecho a todas estas personas que han venido a presenciar mi humillación? Las miro. Sí, a ellas. Me han dado la palabra y voy a aprovecharla. No tengo fuerza, pero si un ápice de dignidad me queda, ese va a ser el de madre. Apelo a ellas con determinación. Con pocas palabras, exijo que vean a la mujer que se esconde en la demacración, el luto, la enfermedad, la cuchilla que me aguarda. Que digan basta a la difamación. La he ignorado durante años, asumiendo que circulen libelos insultando mi honor y mi virtud. Pero esto ya no lo permito. No si es a costa de emponzoñar lo que he sido como madre. Hablo. Después, un silencio me abraza en estas horas de amargura. Y, de pronto, el sonido de unos pies golpeando el suelo, de un silbido, de un grito que me defiende y pide que no se me acuse de tamaño delito. Las mujeres de la sala me apoyan en este instante oscuro como un destello. Las contemplo un segundo, pues no me permito más, no pueden verme desfallecer. ¿Quiénes

son todas ellas? ¿Acaso tendremos la oportunidad de cruzarnos en otra vida?



El día 2 de noviembre de 1755, mientras nuestra anterior protagonista se recuperaba de los oscuros momentos que sucedieron al nacimiento de su primogénito, nació, en el Hofburg de Viena, la décimo quinta y penúltima hija de Francisco I y María Teresa, archiduques de Austria y emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico. Al día siguiente, fue bautizada con el nombre de María Antonia Josefa Juana. Aquella niña rubia de ojos azules creció junto a sus padres y hermanos entre los dos grandes palacios de Viena, Hofburg y Schönbrunn. Los poderosos pero relativamente tiernos progenitores apostaron por un estilo educativo basado en el contacto con la naturaleza, la actividad física, la libertad y la relajación de formas en torno a la etiqueta para sus vástagos. Sin embargo, cuando María Antonia solo tenía diez años, la sombra de la parca visitó a la familia: el emperador falleció de un infarto cerebral. A partir de ese momento, la emperatriz María Teresa pasó a cogobernar junto con su hijo José II, un joven de veinticuatro años. Si recuerdas, Catalina la Grande negoció justo con ellos una alianza.

María Teresa de Austria, como buena diplomática, supo enseguida de la importancia de asegurar buenos casamientos a sus hijos. Así, a pesar del luto por la sentida muerte de su esposo, vio la oportunidad perfecta para terminar con siglos de enfrentamiento entre la casa Habsburgo y la casa Borbón en el marco de acercamiento de Austria y Francia, que, como quien dice, acababan de combatir en el mismo bando (perdedor) en la guerra de los Siete Años. Aunque se valoraron distintas alternativas durante los tres años de negociación, finalmente se escogió a María Antonia como la candidata a casarse con el delfín de Francia, Luis Augusto, nieto del rey Luis XV. El problema que se detectó desde un inicio era que la

niña, que por entonces rondaba los trece años, carecía de instrucción básica, esperable en una futura reina. Quizá su madre, con multitud de asuntos de Estado en la cabeza, no reparó en que la adolescente, que contaba con un encanto innato, era bastante hábil distrayendo a sus institutrices y preceptores. Así, con esa edad, por más que pueda sorprender, María Antonia casi no sabía escribir en alemán y francés. Tampoco le interesaba el estudio ni destacaba por ninguna habilidad musical. A esto se puso pronto remedio. La emperatriz contrató a un maestro de danza y a un par de comediantes de una compañía francesa para que perfeccionasen la pronunciación del francés y le dieran clases de canto. En la corte de Luis XV esto no bastó, así que se envió al abad Jacques-Mathieu de Vermond para que fuera el preceptor de María Antonia, aunque poco pudo hacer con esa joven distraída.



Más allá de la formación, los acontecimientos se precipitaron cuando, en febrero de 1770, a María Antonia le vino su primera menstruación. La emperatriz se volcó entonces en terminar de

preparar a su hija, y hasta hizo que durmiera en su misma habitación. Por entonces, la madre era consciente de que la joven era inmadura e impetuosa y no terminaba de fiarse de ella. Mas el trato con Francia era firme, así que, el 19 de abril de 1770, se celebró la boda por poderes en la iglesia de los Agustinos de Viena entre María Antonia de Habsburgo y Luis Augusto de Borbón. Solo dos días después, la novia se despidió de su madre y de todo lo que conocía para emprender viaje a su nuevo hogar. Antes de marcharse, recibió de la emperatriz un documento de buena conducta que debía leer cada mes.

La relevancia del acuerdo matrimonial entre las dos casas reales más poderosas de Europa se apreció en la ceremonia de entrega de María Antonia a los franceses. En una isla neutral del Rin, entre Kehl y Estrasburgo, se erigió un pabellón de madera con dos accesos que miraban a la orilla derecha y a la izquierda del río. María Antonia entró en ese efímero edificio como archiduquesa de Austria y,tras despojarse de cualquier prenda u objeto vinculado con su anterior vida y vestirse a la francesa, salió como María Antonieta, delfina de Francia. Era el 7 de mayo de 1770. Los días siguientes, nuestra protagonista pudo deleitarse con el tañido de las campanas, las muestras de afecto y fidelidad y las celebraciones de las distintas poblaciones francesas por las que pasó el cortejo: Estrasburgo, Reims o Soissons. El 14 de mayo, los carruajes se adentraron en el bosque de Compiègne, el mismo que había visitado, un siglo atrás, Cristina de Suecia. Allí, cerca del puente de Berne, la delfina conoció al rey Luis XV y a su ya marido, Luis Augusto, quien, sin entusiasmo, le dio el protocolario beso en la mejilla. Continuó viaje hasta Versalles en el vehículo de los Borbones. Parece ser que, ya en ese trayecto, la joven pudo apreciar el seductor carácter del rey y la apatía del delfín.

Los jóvenes celebraron el matrimonio oficial dos días después de este primer encuentro en persona, en la capilla de Luis XV en Versalles. El gentío, curioso, se agolpó en las inmediaciones del palacio, mas una rugiente tormenta los obligó a dispersarse.

Adentro, refugiados de las inclemencias meteorológicas, seis mil invitados de la flor y nata de la nobleza brindaron por los delfines. Al término del banquete, el mismo rey, junto al obispo de Reims, acompañaron a los recién casados a su lecho conyugal. Pero, tal y como dejó escrito Luis Augusto, aquella noche no pasó «rien». Tampoco en los siete años siguientes.

María Antonieta, con el pesar de sentirse rechazada por su esposo, debió acostumbrarse a la nueva vida en la corte de Versalles, mucho más rígida en la etiqueta que la de los Habsburgo. Aunque no llegó a conectar nunca con la dama de compañía que le asignaron, la rígida condesa de Noailles, buscó apoyos en ese complejo nuevo hogar. Las primeras que trataron de atraerla a su lado fueron las intrigantes hijas solteras de Luis XV, Adelaida, Victoria y Sofía. Estas, en guerra abierta con la última favorita de su padre el rey, madame du Barry, por poder e influencia, se las ingeniaron para que María Antonieta se posicionara en contra de la advenediza amante del monarca. No le costó demasiado a esta joven de educación puritana, que veía con malos ojos la naturalidad con la que eran aceptadas las concubinas reales en la corte de Versalles. Así, se pasó un año y medio sin saludar ni dirigir la palabra a madame du Barry, lo que incomodó profundamente a esta y escaló casi a conflicto diplomático. Finalmente, aconsejada por su madre, que estaba inmersa en las negociaciones para el reparto de Polonia y a la que no le convenían tiranteces con Luis XV, María Antonieta saludó a madame du Barry en el año nuevo de 1772 con un simple «hay hoy mucha gente en Versalles». Jamás volvió a dirigirle la palabra.

Otras de las piezas de su vida en Versalles, además del rey, con el que se llevaba razonablemente bien a pesar de todo, fueron el abad Vermond, que continuó a cargo de su formación, y el conde de Mercy, enviado por su madre para que la vigilara. María Antonieta mantuvo una correspondencia constante con la emperatriz, que no escatimaba en palabras de presión a su hija para que lograra que su marido quisiera mantener relaciones con ella para así tener al

heredero que sellaría, de una vez por todas, la alianza entre los Borbones y los Habsburgo. Pero por más que la muchacha lo intentó, el joven Luis Augusto, aquejado de fimosis, no pudo corresponder. El delfín, que había perdido a sus padres y a su hermano mayor en el espacio de cinco años, era un chico complaciente e introvertido, amante de los libros. Poco tenía que ver con su esposa, aunque parece que, con el tiempo, encontraron puntos en común. Él, presa de la culpabilidad, respondía con concesiones a todo lo que María Antonieta le pedía.

Sin embargo, la generosidad de Luis Augusto no era suficiente para ella. Así, buscó complicidad y diversión en sus dos cuñados, Luis Estanislao Javier, conde de Provenza —y futuro rey Luis XVIII— y Carlos, conde de Artois —y futuro rey Carlos X—. Estos se fueron casando en los años siguientes, sumando a sus esposas al grupo. Con su cuñada pequeña, Elisabeth, a la que conoció cuando solo tenía seis años, María Antonieta tuvo una relación casi maternofilial. Al grupo de jóvenes se incorporó, en 1771, la princesa Marie Thérèse de Lamballe, cuando la delfina la conoció en un baile de Carnaval. Se convirtió en una de sus grandes amigas. En compañía de unos u otros, desde 1773, cuando logró convencer al rey de que le permitiera hacer su primera visita a París, María Antonieta se metió en un bucle marcado por el ansia de evasión y la búsqueda de entretenimiento que pasaba por la sistemática asistencia a bailes, a mascaradas, a la Ópera, al teatro o a conciertos. En una de estas expediciones nocturnas al frenético París, a principios de 1774, conoció a otro hombre de importancia en su vida, el joven aristócrata sueco Hans Axel de Fersen, que se encontraba en medio de su *tour* por Europa.

Unos meses después de conocer a Fersen, a finales de abril, el rey Luis XV comenzó a encontrarse mal durante una salida de caza. En los siguientes días se supo el fatal pronóstico: tenía viruela. La enfermedad lo consumió durante casi dos semanas, hasta que murió el 10 de mayo. A su lado, permanecieron sus hijas solteras, Adelaida, Victoria y Sofía; a su amante, madame du Barry, le dijo

adiós arrepentido a tiempo de que su alma descansara libre de pecado. El resto de la familia real fue trasladada al palacio de Choisy por temor a un contagio. Pasado el peligro, María Antonieta, de diecinueve años, fue proclamada reina de Francia junto a su marido, que comenzó a reinar bajo el nombre de Luis XVI.

Convertirse en reina de Francia suponía un aumento de las responsabilidades, también de la exposición. Pero ella no lo comprendió. Creyó que estar en la cúspide del poder solo tenía efecto en la mayor libertad con la que podía moverse en Versalles. Harta de las exigencias de etiqueta, que Luis XVI le regalara el palacete llamado Petit Trianon, dentro del recinto palaciego, fue como agua de mayo para ella. Así, el que había sido el pabellón escogido por Luis XV para los encuentros con sus favoritas se convirtió, para María Antonieta, en su proyecto, en su refugio, en su escape del protocolo y las intrigas cortesanas. Se esmeró en decorarlo con gusto, empresa que tuvo un elevadísimo coste para las arcas del reino. Incluso hizo construir una aldea campesina. No es de extrañar. María Antonieta se había criado en esa filosofía de contacto con la naturaleza, de idealización de la vida campestre. Como en el caso de Catalina la Grande, los escritos de Jean-Jacques Rousseau habían llegado a las élites del poder europeo, pese a que sus conclusiones últimas fueran muy distintas a las que sacó la burguesía. En el Trianon, María Antonieta vestía sencillos vestidos de muselina, *la robe à la reine*, predecesora de la moda posterior. Para el resto del tiempo, contaba con un guardarropa surtido por la visita constante de su modista de confianza, *mademoiselle* Rose Bertin, con tienda en la Rue Saint-Honoré. Su peluquero, el señor Leonard, fue el responsable de los peinados imposibles y extravagantes que puso de moda en la década de 1770. Cada vez más y más altos.

En 1775 se unió a su círculo más cercano la condesa Jules Polignac, con la que se deslumbró. Digamos que la princesa Lamballe era la amiga tierna, mientras que la condesa de Polignac era la divertida. Con ellas, sus cuñados y otros jóvenes de la corte continuaron sus visitas a París. Allí, en los teatros, la gente la

aclamaba. Y a ella le encantaba. Entretanto, convirtió el Trianon en un espacio de reunión para esa camarilla de favoritos que había ido conformando poco a poco y a los que premiaba con prebendas. Los no incluidos en ese selecto grupo, envidiosos y aburridos, como las hijas solteras de Luis XV, comenzaron a desarrollar cierta animadversión por esa reina que los ignoraba. Así, a los chascarrillos que ya existían por la falta de relación física entre los reyes, comenzaron a sumarse los primeros dardos envenenados en contra de la reputación de María Antonieta. Los libelos, muchos financiados desde el propio Versalles, empezaron a circular por Europa. En ellos, se señalabansus excesos yse cuestionabasuvirtud.Pocos supieron ver que, trasesa vida frívola y esas noches que terminaban a las cuatro de la madrugada, a la joven le asfixiaba la inexistente intimidad con Luis XVI y la presión que sentía en sus hombros en relación con la maternidad. Entre risas y juegos, sufrió con los nacimientos de los hijos de sus cuñados, con las misivas de esa madre que no admitía error.

Las extravagancias de María Antonieta que, desde 1776, se aficionó a los juegos de apuestas, como el faraón, llegaron a oídos de la emperatriz. Esta, preocupada por la situación, decidió enviar a su hijo José II a hacer una visita a su hermana pequeña. Llegó a Versalles en abril de 1777. Durante algo más de un mes, tuvo la oportunidad de comprobar que María Antonieta no estaba tan descarrilada como se había creído en Viena, aunque tampoco centrada, y de aconsejar a ambos esposos sobre sus deberes conyugales. En definitiva, logró convencer a Luis XVI para que se sometiera a la intervención que lo libraría de la fimosis. No sorprende que, en agosto de ese mismo año, María Antonieta estuviera en disposición de escribir a su madre con la confirmación de que su vida sexual había comenzado. En diciembre de 1778 ya tenía a su primera y ansiada hija, María Teresa Carlota, a la que ella llamaba cariñosamente «mousseline». Sin embargo, la presión no cesó. Era preciso un varón. La emperatriz, preocupada, falleció en noviembre de 1780 sin que su deseo —y, por tanto, el sello definitivo

de la alianza con los Borbones— se hiciera realidad. María Antonieta dio a luz al anhelado delfín un año después, el 23 de octubre de 1781. Lo llamaron Luis José Javier Francisco.

Con el nacimiento de sus dos primeros hijos, a los que se sumaron otro niño, Luis Carlos, en 1785, y otra niña, Sofía, en 1786, que solo vivió un año, María Antonieta se centró en la maternidad. Sin embargo, la ejerció en su adorado Trianon, alejada de la corte. Con los demás tenía más libertad que con el delfín, pero esto no impidió que se dedicara a los juegos con ellos, dejando que crecieran en un ambiente relajado y en contacto con la naturaleza, tal y como ella había hecho. Como gobernanta de sus niños, nombró a la condesa de Polignac. El problema fue que esto no sentó nada bien en Versalles. Los libelos contra ella, que se habían convertido en un asunto muy lucrativo, continuaron: se decía que los hijos no eran de Luis XVI, que mantenía una relación lésbica con sus amigas, que celebraba orgías en el Trianon. Pero María Antonieta no les dio la importancia que merecían. Optó por ignorar cómo Versalles se vaciaba y cómo, en torno al Palais Royal y el palacio de Luxemburgo, se formaban partidos que soñaban con su caída. En el Palais Royal lideraba el duque de Orleans, primo del rey. En el palacio de Luxemburgo, la conjura contra Luis XVI y María Antonieta la encabezaba ese cuñado con el que, otrora, había compartido diversiones y que, durante el tiempo que duró la infertilidad, se visualizó como rey: el conde de Provenza. Aunque pueda parecer baladí, el aparato propagandístico en contra de la pareja de monarcas fue socavando la imagen que tenía de ellos el pueblo —especialmente de ella— y dinamitó el aura de respetabilidad de la que había gozado tradicionalmente la Corona.

Y es que, más allá del lujo y la pompa de Versalles, el pueblo sufría. Las malas cosechas provocaban hambre y el encarecimiento de productos de primera necesidad, como el pan. Pese a la crisis económica que azotaba los bolsillos, la pervivencia del sistema feudal obligaba a que los no privilegiados —es decir, el 90 % de la sociedad— continuaran pagando unos impuestos que se habían

elevado a causa, entre otras cuestiones, de la intervención de Francia en la guerra de independencia estadounidense tras la fallida guerra de los Siete Años. La pobreza se extendía como las termitas por todo el reino, la calidad de vida en París era peor que la de otras ciudades europeas. Con cada nuevo monarca, se esperaba una mejora que terminaba por no llegar: solo gastaban más y más, especialmente aquella nueva reina extranjera. Dentro de ese 90 % de la sociedad, existía un grupo, la burguesía, que tenía poder económico y que, además, tenía acceso al conocimiento y la intelectualidad. Sus padres y ellos también habían leído los escritos de ilustrados como Rousseau o Voltaire, no solo habían llegado a las cortes. No todos los burgueses habían llegado a las mismas conclusiones, pero cada vez parecía más claro que el sistema tradicional debía liquidarse para dar paso a un nuevo régimen en el que el pueblo tuviera acceso al poder político. Los veteranos que combatieron en la contienda estadounidense regresaron con historias de democracia; muchos conocían del parlamentarismo inglés. Era cuestión de tiempo...

En 1785, María Antonieta se vio envuelta en una trama que no supo gestionar. Una estafadora se había hecho pasar por amiga suya para adquirir, en su nombre y con compromiso de pago a plazos por parte de la reina, un carísimo collar a uno de los joyeros con los que ella solía tratar. La timadora había mentido al cardenal Luis de Rohan, al que la reina tenía manía porque su madre decía que era un libertino, que había mordido el anzuelo y había colaborado ingenuamente a que el delito fuera consumado. La tramposa había logrado huir con el collar. El joyero reclamaba ahora el pago a la reina. María Antonieta, al descubrir la trama y la torpe implicación del cardenal, pidió a Luis XVI que defendiera su honor y que castigara al clérigo. La intransigencia de la reina provocó que aquellos cortesanos que ya la despreciaban desde hacía tiempo se escandalizaran y decidieran convertir a la delincuente en víctima y a la víctima, en delincuente. Tanto es así que, de forma misteriosa, la estafadora, a la que varios nobles visitaron en prisión, logró escapar.

Por su parte, María Antonieta dejó de ir al teatro, cansada de los silbidos que le regalaban cuando se encontraba en el palco.

En este punto, es palpable que María Antonieta vivía de espaldas a la realidad, al impacto de su conducta. Aunque era infalible en las distancias cortas, la impetuosidad que siempre la caracterizó jugó en su contra para ganarse el favor de la corte y, por ende, de la naciente opinión pública.

Sin embargo, al apreciar la creciente frialdad con la que se la recibía en su adorado París, la reina, a la que llamaban «*madame* déficit», zanjó por fin el alto nivel de vida que había llevado, abrió el círculo del Trianon y se cuidó de cumplir con sus obligaciones como soberana. Comenzó a dejarse aconsejar por el abad Vermond y el conde Mercy, a los que había ignorado durante años, reacia a concentrarse, a reflexionar, a interesarse por la política. Por contrapartida, la condesa de Polignac se alejó de ella. Así, estuvo presente en las decisiones que, desde 1786, Luis XVI comenzó a tomar con la idea de sanear la deteriorada economía del reino. Parece ser que tuvo mucho que ver con el nombramiento del banquero suizo Jacques Necker como Director General de Finanzas y ministro de Estado en el verano de 1788, tras varios intentos de tomar las riendas y de reformar la economía para salvarla. El clima había continuado encadenando años de malas cosechas, la paciencia del pueblo se agotaba por momentos.

Ese otoño, el de 1788, Luis XVI, desesperado, aceptó la propuesta de Necker de convocar un tipo de parlamento consultivo feudal que llevaba inactivo desde 1614, los Estados Generales, necesarios para la aprobación de nuevos impuestos (pero, ojo, la última palabra era del rey absoluto). En ellos estaban representados los tres estados: la nobleza, el clero y el resto. Según la dinámica tradicional, cada estado tenía derecho a un voto, lo que era desproporcional, pero estaba en línea con el sistema feudal, pues daba más poder a nobleza y clero que a la mayoría de la población. Aquellos burgueses intelectuales que formaban parte de ese «resto» y que ansiaban una reforma del sistema exigieron un cambio en la

normativa: un voto por persona. El dilema sobre la mecánica de voto se alargó durante meses. Luis XVI estaba superado por la situación, no supo liderar una hipotética transición, una reforma moderada. Accedía a las peticiones del Tercer Estado, se alzaban en su contra los nobles y viceversa. Finalmente, entre tensiones y debates sin solución, los Estados Generales se reunieron en asamblea el 5 de mayo de 1789 en Versalles. Los debates se encadenaron, el ambiente se tensó. Entretanto, los reyes sufrieron un duro golpe: el delfín, Luis José, murió el 4 de junio a causa de una tuberculosis ósea que había ido mermando su salud en los últimos tiempos. La reina, que debió alternar las atenciones a su pequeño moribundo con la asistencia a las sesiones de los Estados Generales, donde sus detractores le hacían notar su desprecio, apenas pudo llorar su muerte tras el entierro, celebrado el 7 de junio, pues la historia estaba a punto de dar un vuelco.

El día 20 de junio, los diputados del Tercer Estado trataron de entrar, un día más, en la sala en la que se celebraba la asamblea, pero no pudieron. Las puertas estaban cerradas. Los privilegiados los habían vuelto a expulsar del proceso de toma de decisiones. Empoderados, conscientes del poder que merecían, optaron por marchar a una sala contigua en el mismo Versalles, una destinada al juego de pelota. Allí se constituyeron en Asamblea Nacional y juraron reunirse hasta que Francia tuviera una Constitución. Los panfletos a favor de la abolición de los privilegios comenzaron a circular. En el Palais Royal, el club del duque de Orleans se convirtió en el centro de la conspiración en contra de la tradición. En sus reuniones, parece que surgió la escarapela tricolor. Ante esta situación, el 11 de julio, Luis XVI, desesperado, destituyó a Jacques Necker, burgués popular entre los burgueses, y lo desterró. Aquello no gustó. Tampoco la llegada de tropas a París para reforzar la seguridad. Desde el club del Palais Royal se dio la voz de que la presencia del ejército significaba que el rey planeaba masacrar a los rebeldes. Esto, sumado a que el precio del pan alcanzó un pico en su meteórica subida, activó a la irracional masa que, el 14 de julio,

saqueó arsenales, erigió barricadas y asaltó la prisión de la Bastilla, cárcel política. El rey, ya acostado, conoció la noticia gracias al duque de Lianncourt que partió a galope hacia Versalles. Su reacción fue tibia: aceptó retirar al ejército de París para calmar los ánimos.

Con la autoridad del rey en horas bajas, la Asamblea Nacional continuó deliberando y, en agosto de 1789, abolió los derechos feudales y proclamó la *Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano*. En torno al presidente de la Asamblea, se conformaron varios grupos: sentados a la derecha, los conservadores, monárquicos moderados; sentados a la izquierda, los patriotas que, con el paso del tiempo, fueron ocupando todo el espectro político de la Revolución (de aquí viene la distinción actual de «derechas» e «izquierdas»). En Versalles, la mayor parte de los cortesanos comenzó a desfilar, muchos huyeron al extranjero. El círculo de María Antonieta se ciñó a su familia, incluida su querida cuñada Elisabeth, y a unos pocos amigos leales, entre los que no se contaron ni la condesa de Polignac ni sus cuñados. En París, los periódicos se multiplicaron. Para muchos, un mundo nuevo se abría paso entre la miseria y la tradición. Para otros, el monstruo revolucionario amenazaba con destruirlo todo. Y, mientras tanto, Luis XVI y su indecisión. Aunque permitió que Jacques Necker regresara, nada cambió.

A principios de octubre de 1789, la noticia de que los reyes habían conspirado en contra de la Revolución en un banquete dado a los nuevos oficiales llegados a Versalles para velar por su seguridad, así como los rumores en contra de la reina y la interrupción del servicio de pan en París durante dos días, fueron el combustible perfecto para que se organizara una turba. Compuesta por miles de mujeres, y hombres disfrazados, la multitud, armada en parte, marchó a Versalles el día 5 de octubre. En un principio, el objetivo era pedir harina y grano. A María Antonieta la avisaron mientras pasaba el día en el Trianon con sus dos hijos. Rápidamente, regresó al palacio, donde comenzaron a llegar mujeres a eso de las cuatro de la tarde. El rey accedió a recibir a una representación de

seis mujeres, acompañadas de varios diputados, lo que gustó a muchas de ellas.

También aseguró que les daría harina y grano. La muchedumbre se repartió por el patio mientras caía la noche. Entonces, el pan ya no fue suficiente. Algunas voces comenzaron a exigir que el rey y su familia fueran a París. A este requerimiento, Luis XVI no tuvo tan claro cómo responder. Las oscuras y pesadas horas de espera impacientaron a los más belicosos de la multitud que, de madrugada, iniciaron un ataque, penetrando en el palacio, ansiando encontrar a la detestada reina (he aquí el poder de la propaganda) para acabar con ella. Mataron y degollaron a los guardias de corps que se interpusieron en su camino. María Antonieta, alertada por una camarera, logró ponerse a salvo. El gentío continuaba clamando que la familia real debía ir a París. Luis XVI, en su ánimo de apaciguar, se mostró en el balcón. Exigieron que se asomara la reina, que así lo hizo, altiva y desafiante, provocando un momento de sepulcral silencio y clamores después. Sin embargo, los reyes, junto a sus hijos y su reducida corte, sabían que, más allá de esos vivas, no tenían opción: debían partir a París. Ahí terminaron sus días en Versalles.

Después de seis horas de trayecto, llegaron a París, donde fueron recibidos por el alcalde Bailly en el Ayuntamiento. Acto seguido, se les permitió trasladarse al palacio de las Tullerías, a un ala hoy desaparecida, que llevaba décadas abandonado. Las ventanas rotas y la parquedad de muebles acompañaron a la familia en esa primera noche. Poco a poco pudieron llevar mobiliario, decoración y empleados. María Antonieta y Luis XVI, quizá traumatizados por lo vivido, se recluyeron en las Tullerías, sintiéndose prisioneros. Un mes más tarde, la propia Asamblea dejó Versalles y se instaló en las cercanías de este palacio. La reina, siempre tan ajena a la política, comenzó entonces a implicarse de forma activa a través de misivas enviadas al extranjero y contactos clandestinos, incluso, con revolucionarios como Mirabeau. Sin embargo, quien finalmente la ayudó a gestionar un plan de fuga fue

su antiguo amigo —y, según algunas fuentes, amante— Hans Axel de Fersen, que había regresado a Francia un par de ocasiones desde que se conocieron. Gracias a él, la noche del 20 de junio de 1791, tras año y medio en las Tullerías, un carruaje esperaba a la familia en la calle de la Échelle. Disfrazados, fueron subiendo al vehículo, conducido por el aristócrata sueco.

En el tiempo que habían permanecido en las Tullerías, la Revolución había seguido su curso, a máxima velocidad. Se habían expropiado los bienes de la Iglesia, se había convertido a los judíos en ciudadanos de pleno derecho, se habían abolido las órdenes religiosas, también los títulos nobiliarios; la redacción de la Constitución estaba a punto de terminarse. Luis XVI, impasible, se limitaba a asentir. Por suerte, María Antonieta había logrado convencerlo de aceptar ese plan para marcharse de París, de Francia. Sin embargo, la familia real, acostumbrada al lujo y a las comodidades, preparó un cortejo poco discreto que fue llamando la atención en todas las casas de posta en las que se detuvieron para cambiar de caballos. Además, acumularon un retraso de cuatro horas que provocó que, al llegar al punto de encuentro con las tropas que debían escoltarlos hasta la frontera, estas se hubieran dispersado, creyendo que no habían logrado escapar. Continuaron avanzando, pero en Varennes, uno de los maestros de posta con los que habían coincidido, y que era miembro del club jacobino, había llegado, tras confirmar sus sospechas, para dar la señal de alarma: eran los reyes. El alcalde, un charcutero, permitió que la familia descansara en su casa por aquella noche. Pero la gente ya estaba en la calle. Aunque el rey trató de retrasar lo que pudo su salida de la vivienda del alcalde, esperando que las tropas de refuerzo aparecieran para salvarlo, la llegada de dos comisarios de la Asamblea puso fin a la aventura. Luis XVI, derrotado, aceptó regresar a París. María Antonieta no pudo más que transigir.

El caluroso viaje de vuelta a París duró tres días y fue una humillación constante. Los insultos los acompañaron durante horas. Con aquel intento de fuga, la imagen de los reyes cayó a mínimos

históricos, lo que provocó que tomara fuerza la opción republicana en los círculos revolucionarios, en la que se destacó el club de los jacobinos. Ya de regreso, María Antonieta podía escuchar desde el jardín de las Tullerías los gritos de ¡viva la República! Así mismo, el valor de la pareja real en el extranjero disminuyó cuando el conde de Provenza, que sí había logrado huir de París, se declaró regente y a ellos, prisioneros de la Revolución. La institución podía estar a salvo, incluso si ellos perecían. En septiembre de 1791, Luis XVI fue forzado a jurar la ya ultimada Constitución. Al calor del sistema alumbrado por la Carta Magna, se eligió una nueva Asamblea (Legislativa), en la que todavía tuvieron cabida tanto los constitucionalistas monárquicos como los girondinos y los jacobinos. Pero a María Antonieta le dio mala espina desde el principio, la creía peor que la anterior.

En la primavera de 1792, tras una escalada de tensión contra Austria, Luis XVI fue obligado a declarar la guerra al hermano de María Antonieta, Francisco II, emperador tras la muerte de sus dos hermanos mayores. Aunque jamás se encontraron pruebas en su tiempo, María Antonieta conspiró a favor de Austria en el marco de la contienda desde las Tullerías. Y eso fue sospechado por muchos en París. Una vez más, los libelos en su contra inundaron las calles. Ese verano, el ejercicio del derecho al veto que tenía el rey en la Asamblea provocó un enorme descontento en las bancadas republicanas, ansiosas por rematar a la ya moribunda monarquía francesa. Durante semanas, en el palacio, aguardaron el inminente ataque. María Antonieta, a la que llamaban «*madame* veto», al considerarla detrás de cada decisión del rey, continuó comunicándose de forma clandestina con sus aliados, esperando que alguien los rescatara. El 6 de agosto, una columna de 600 republicanos procedentes de Marsella llegó a la ciudad dispuesta a colaborar con sus camaradas parisinos en el asalto a las Tullerías. Cantaban una canción, *La Marsellesa*, que casi un siglo después se convirtió en el himno de Francia. Tres días más tarde, organizados por Danton y Robespierre, marcharon a la residencia real. María

Antonieta supo que algo malo se avecinaba, el tañido de las campanas y el redoble de los tambores no presagiaban nada bueno para ella desde hacía un tiempo.

Los reyes, junto a sus hijos, lograron escapar y refugiarse en la sala en la que se reunía la Asamblea. Se les permitió permanecer en el palco de los taquígrafos, donde pasaron dieciocho horas. Luis XVI y su falta de liderazgo dejaron sin instrucciones claras a los guardias que debían proteger el palacio, un error que, sumado a la vileza de algunos de los atacantes, provocó la muerte de cientos de personas. Durante tres jornadas, los reyes asistieron a las sesiones de la Asamblea sin poder participar. Allí se decidió trasladarlos a un edificio más seguro, el Temple, y, más concretamente, a la torre. En las siguientes semanas, se les privó de todos sus acompañantes y empleados, se quedaron solos ellos, Elisabeth y los dos niños. Se reforzó la vigilancia. Sin embargo, con el paso de los días, se acostumbraron a aquella vida que, sin ser de lujos, no era tampoco miserable. Comían bien, sobre todo el rey, podían pasar tiempo en familia, tenían servicio y podían salir a pasear al jardín.

Pero más allá de los gruesos muros de la torre del Temple, la Revolución viraba hacia la izquierda. En septiembre de 1792 se disolvió la Asamblea y fue elegido un nuevo gobierno, la Convención Nacional, con mayoría para los girondinos. La Convención no tardó en instalar la guillotina en la Plaza de la República (hoy Plaza de la Concordia) y en empezar a impartir justicia a su modo. En tres días ejecutaron a dos mil personas. Entre ellas, la princesa de Lamballe, gran amiga de la reina, a la que descuartizaron y llevaron hasta el Temple para que María Antonieta la viera. Al parecer, cuando uno de los guardias contó a la reina lo que estaba ocasionando el tumulto afuera, esta se desmayó del horror. La guerra contra Austria y Prusia comenzó *de facto*, se activó una movilización general. Antes de que terminara el mes de septiembre, el gobierno abolió la monarquía. Luis XVI ahora era Luis Capeto y así se lo notificaron.

El siguiente paso de la Convención fue plantear el procesamiento de Luis Capeto, necesario para edificar, sobre él, la

recién nacida República —que ya adolecía de grandes divisiones internas—. Así, el juicio al marido de María Antonieta, con el que, tras los años de incomprensión y las múltiples incompatibilidades, había forjado una relación muy estrecha, comenzó en diciembre de 1792. Durante esas semanas se le prohibió que tuviera contacto con su familia. Cuando el 20 de enero, un empleado avisó a María Antonieta de que podía reunirse con su esposo, supo enseguida que aquello era una despedida. En efecto, Luis XVI fue ejecutado en la guillotina al día siguiente.

María Antonieta notó cómo, en las semanas que siguieron a la muerte de su esposo, la vigilancia se relajó. Incansable, trató de ganarse la simpatía de los guardias y empleados del Temple y lo consiguió. Era un as en las distancias cortas. También continuó comunicándose de forma clandestina con leales externos, ansiando un nuevo plan de fuga para salvarse ella y sus hijos. A principios del verano de 1793, los jacobinos se hicieron con el gobierno y, con ellos, la Revolución entró en la etapa del terror que, si bien amplió los derechos para los más desfavorecidos con una nueva Constitución más democrática, se extralimitó en la institucionalización de la violencia. Esto coincidió con el fracaso del intento de huida de María Antonieta del Temple gracias al temerario barón de Batz y una serie de revolucionarios corruptos, lo que volvió a endurecer la seguridad en la torre. Además, le asestaron un doloroso golpe cuando el Comité de Salud Pública determinó que el delfín debía ser separado de su familia y llevado a otra zona del Temple. Para María Antonieta, esta separación fue uno de los momentos más dolorosos de su vida. No dejaron que hablara con él, ni siquiera cuando estaba enfermo. El niño, de solo ocho años, pronto se acostumbró a su nuevo cuidador, un zapatero, *sans-culotte*, que le enseñó canciones revolucionarias como *Ça ira*.

Poco después llegó la estocada definitiva. Unos comisarios irrumpieron en su alcoba mientras dormía para comunicarle que la trasladaban a la Conciergerie. María Antonieta conocía esa prisión: nadie salía de ella. Consciente de que la ejecutarían más pronto que

tarde, se despidió de su cuñada Elisabeth y de su hija María Teresa. En esa prisión permaneció María Antonieta, la prisionera 280, los sesenta y siete últimos días de su vida. Como solía ocurrirle, logró ganarse el afecto de la mujer del carcelero y de la criada de esta, la muchacha llamada Rosalie Lamorlière, por la que se conocen los momentos finales de esta reina. Trató de salvarse una última vez, gracias al ofrecimiento de un tal Rougeville, pero se descubrió y agravó sus condiciones en la cárcel. La confinaron en soledad y oscuridad mientras el fiscal Fouquier-Tinville pergeñaba una acusación sólida para mandarla a la guillotina. Esta le llegó en octubre cuando el zapatero que cuidaba al hijo de la ex reina le contó que, habiendo encontrado al niño masturbándose, este le había confesado que habían sido su madre y su tía las que le habían enseñado a hacerlo y que habían abusado de él.

Así, se montó un juicio para el que María Antonieta apenas pudo defenderse y en el que abundaron testigos falsos y un testimonio terrible arrancado a un niño furioso, dolido, abandonado que, según su propia madre escribió años antes, era dado a repetir lo que se le decía y a mentir. Cuando, en el último día del proceso, pudo tener la palabra en relación con el asunto del abuso a su hijo, se dirigió a las mujeres que había entre el público, apelando al insulto que ese ataque podía suponer para cualquiera de ellas. Por última vez, María Antonieta logró ese apoyo que conseguía cuando las personas la miraban de frente. Las mujeres silbaron y dieron patadas en el suelo, rechazando aquel ataque. Sin embargo, poco más se pudo hacer. En realidad, nadie osaba defenderla por temor, ni siquiera sus propios abogados de oficio. La declararon culpable de alta traición. Lo era. Pero no tenían pruebas de ello. Tras dos jornadas interminables y agotadoras —con cuatro horas de deliberación del jurado incluidas—, empeoradas por las fuertes hemorragias menstruales que padecía desde hacía un tiempo, se retiró a su celda y escribió su última carta, dirigida a su cuñada Elisabeth. Nunca la llegó a recibir.

A las siete de la mañana del 16 de octubre de 1793, Rosalie entró a buscarla a la celda para ayudar a que se preparara. Tuvo que cambiarse delante de un guardia. A las diez, el verdugo entró, le ató las manos a la espalda y le cortó pelo. Tras despedirse de Rosalie, se dirigió al exterior, donde se subió a una carreta sucia. En el camino a la Plaza de la República, el pintor Jacques-Louis David captó la última imagen conocida de María Antonieta en un sencillo boceto. Subió al cadalso rechazando toda ayuda, la multitud congregada se quedó en silencio al verla. Los verdugos la colocaron sobre el tablero. La cuchilla cayó. A las doce del mediodía, María Antonieta había muerto con treinta y siete años.

Su cadáver fue llevado en la misma carreta hasta el cementerio de La Madeleine. Días después, con la llegada de más cuerpos, se le arrojó cal viva y se enterró en una fosa común. Solo veinte años más tarde, durante el reinado de su cuñado Luis XVIII, se preguntaron dónde estaría su cuerpo. El hijo de María Antonieta murió, enfermo y confinado en el Temple, en 1795. Su cuñada Elisabeth fue guillotinada en mayo de 1794. Solo sobrevivió su hija, María Teresa, su «mousseline», que fue intercambiada con Austria por prisioneros revolucionarios. Así, pese a que sus huesos se hallen mezclados en la profunda tierra que descansa bajo el asfalto de París, la historia ha reservado a sus aciertos y errores un lugar tan privilegiado como complejo. El de una reina que jamás entendió a su pueblo y a la que su pueblo nunca conoció de verdad.



SISI

(1837-1898)

El viento roza este rostro que noto empalidecer. Siento cómo mi cuerpo deja de responder. El cielo azul de nubes caprichosas y las montañas en lontananza se hacen borrosas en estos ojos canela que han visto tantos rincones que ya apenas los recuerdo. Quizá, después de todo, era aquí donde deseaba llegar. Una contracción gélida conquista cada hueso, cada músculo, cada órgano, hasta este cerebro que ha sido hogar y tormento. El mundo que temo y admiro oscurece al sol de esta tarde de septiembre sobre el lago Leman. La sirena del vapor ha dejado de sonar, también el vocerío de los pasajeros. La cubierta de la embarcación me abraza, el suelo detiene una caída más profunda. Enseguida siento cómo me tocan, me llaman. Los gritos se entremezclan con este universo prohibido que ahora observo y que ellos no conocen. Siento la emoción del inicio de una aventura.

¿Por qué? ¿A dónde me dirijo? Si ni siquiera puedo moverme. El pecho me duele. El aire me falta. Ya no aprecio la brisa. Resisto una vez más, estoy confusa. Abro los ojos y pregunto a esas caras que me analizan, desde arriba, preocupados: ¿Qué ha pasado? Sin obtener respuesta, vuelvo a entregarme a la huida que comienza más allá de la frontera de mis párpados. La última de todas, en la que expira esta Titania, con sus versos, sus luchas, sus sueños.



Una vez más, tenemos que pasar algunas páginas y viajar 44 años hacia delante. Tras la muerte de María Antonieta, la Revolución Francesa siguió su curso hasta que su culminación, de la mano de Napoleón Bonaparte, constituyó, a la vez, su declive. Europa se enfrascó en las guerras napoleónicas en las que el avance del otrora general Bonaparte trató de ser contenido. La derrota definitiva del corso en 1815, amén del Congreso de Viena, permitió que las monarquías absolutas volvieran a tomar las riendas en el continente. En este periodo, llamado Restauración, se intentaron revertir los efectos de la Revolución, amordazar las ideas de igualdad, propiedad y libertad que habían cruzado las fronteras francesas gracias a la expansión napoleónica, hacer como si no hubiera pasado nada. Y se logró. Pero solo para algunos, solo por un tiempo...

Algunas ideas liberales habían permeado en muchas familias, incluso pertenecientes a la nobleza. Ese era el caso de la del duque en Baviera, Maximiliano José, casado con la princesa Ludovica, hija del rey Maximiliano I de Baviera y de Carolina de Baden. Aunque fueron el típico matrimonio desdichado, bastante habitual en los enlaces de conveniencia de la nobleza, educaron a sus hijos en un ambiente más distendido de lo que podía esperarse de los Possenhofen, una rama de la casa real de los Wittelsbach. A pesar de que nunca se quisieron, Max y Ludovica tuvieron diez vástagos en total. La cuarta es nuestra protagonista. Llegó al mundo el día 24 de diciembre de 1837, en el palacio de Ludwigstrasse de Múnich. La llamaron Isabel Amalia Eugenia. Pero, en aquella familia, los motes estaban a la orden del día, así que pronto se quedó con el nombre de «Sisi».

Sisi creció en Baviera, entre el palacio de Múnich y el castillo que tenía su familia en el lago Starnberg. Hija de su padre, pronto desarrolló las mismas inquietudes que el duque Max, que adoraba el ejercicio físico, montar a caballo, estar en contacto con la naturaleza

y los animales. A Sisi le encantaba escuchar los relatos viajeros de Maximiliano por Egipto, Arabia o Grecia, en los que, posiblemente, obviaba los detalles de sus muchos amoríos. Con él, un tipo que había asistido a la Universidad, que amaba la ciencia, la literatura y la música —especialmente tocar la cítara—, sentía una mayor conexión que con su madre, Ludovica, quien, no obstante, fue la figura constantemente presente en la vida de sus hijos. En concreto, Ludovica, consciente de lo importante que era desarrollar una óptima estrategia matrimonial, pues ella era, de todas sus hermanas, la que peor matrimonio había conseguido, se centró en preparar a la mayor de las chicas, Elena, a la que llamaban «Nené». Enseguida, la madre pareció encontrar en su criatura rasgos que la hacían material casamentero de primer nivel: era bella, seria, callada y piadosa. Y las buenas noticias terminaron por llegar.



Sofía, una de las hermanas de Ludovica, se había casado con el archiduque Francisco Carlos. Este era hijo del emperador Francisco I de Austria, dignidad hereditaria surgida tras la liquidación definitiva

del Sacro Imperio Romano Germánico durante la etapa conocida como guerras napoleónicas. Aunque a la muerte del emperador, en 1835, el trono había pasado a su primogénito, Fernando, este se vio forzado a abdicar tras la revolución de 1848. ¿Recuerdas que la contención de los vientos revolucionarios solo duró un tiempo? Pues he aquí la prueba. Ante el vacío de poder, el marido de Sofía, al que no le interesaba mucho la política y quizá aconsejado por su esposa, optó por renunciar a sus derechos sucesorios en nombre de su hijo mayor, que empezó a gobernar como Francisco José I. El joven tenía entonces dieciocho años pero, a su lado, Sofía lo ayudó a atar en corto, a base de mano dura militar, cualquier intento de rebelión contra la renovada autocracia de los Habsburgo. La astuta archiduquesa Sofía no tardó en ansiar solventar el asunto que preocupaba a toda casa reinante: el matrimonio del soberano. La escasa oferta de princesas católicas, así como la pertinencia de ganar terreno en Alemania frente a la cada vez más poderosa Prusia, la llevó a mirar hacia Baviera y, en concreto, a la casa de su hermana Ludovica. Nené parecía un partido más que interesante para su hijo. Así que Ludovica y Sofía concertaron un encuentro entre los jóvenes en Bad Ischl durante el mes de agosto del año 1853.

Ludovica optó por permitir que Sisi, que estaba también bastante unida a Nené y acababa de tener su primer desengaño amoroso, las acompañara para distraerse. Así, Ludovica y sus dos hijas llegaron a Bad Ischl el día 16 de agosto. Lo hicieron más tarde de lo previsto, pues una migraña de Ludovica había retrasado su viaje, lo que contrarió a Sofía. Ella y el archiduque Francisco Carlos las recibieron. Sofía las invitó a tomar un té al que se unieron algunos de sus hijos, entre ellos, Francisco José, de veinticuatro años. Parece que el ambiente era algo incómodo, pues todos sabían lo que estaba en juego y debían simular que no. Elena, que se había engalanado y peinado con mimo para la ocasión, parecía ser la candidata idónea para convertirse en emperatriz. Sin embargo, Francisco José no pudo evitar reparar en su otra prima, Sisi, que,

aun con su timidez y nervios por la etiqueta, lo cautivó sin remedio. El día 17 de agosto, en el baile que se celebró en la víspera del cumpleaños del emperador, Francisco José bailó el cotillón con Sisi y le ofreció el ramillete. Con este sencillo gesto comunicó que no deseaba casarse con Nené: Sisi, que se había peinado ella misma y cuyo vestido no podía competir con el que se había preparado cuidadosamente para su hermana mayor, era la elegida para convertirse en su esposa.

Algunas fuentes señalan que madre e hijo habían tenido una conversación hasta bien entrada la noche. Sofía dudaba de la madurez y preparación de su sobrina Isabel, pero al parecer no se opuso a la elección de su «Franzi». Tampoco se quedó tranquila Ludovica cuando su hermana le notificó formalmente la determinación de Francisco José a la mañana siguiente. Sisi era demasiado niña, tenía quince años, y no había atendido apenas a su preparación como futura esposa y menos como emperatriz. Sin embargo, Ludovica sabía que la negativa no era una opción. Poco conocemos de los sentimientos de Sisi, de su opinión ante este giro en los acontecimientos que dejó a Nené bastante desconcertada. Pero, quizá, se le indicó que solo existía una respuesta posible (y más el día del cumpleaños del soberano). Así, la joven aceptó la mano del emperador. Este la visitó el día 19 de agosto en el hotel en el que se hospedaba en Bad Ischl, donde pudieron charlar un rato. Parece que se llevaron bien y conectaron en su amor por la naturaleza. En los días siguientes llegó la autorización del padre de Sisi y del Papa, pues eran primos carnales (como ves, mismos problemas, siglos después). El 24 de agosto se anunció oficialmente el compromiso. Las vacaciones en Bad Ischl llegaron hasta el día 31 de agosto. Francisco José y Sisi se despidieron en Salzburgo. La archiduquesa Sofía, para celebrar ese fructífero verano, compró la casa en la que se habían hospedado, la convirtió en villa imperial y la amplió.

Los ocho meses que pasaron desde el compromiso hasta la celebración de la boda fueron de preparativos. Sisi tuvo que

recuperar el tiempo perdido y esmerarse en aprender historia de Austria e idiomas. Ludovica, que no había atendido al ajuar de Sisi en ningún momento, debió centrarse en ello. Desde Viena llegaron regalos de parte del emperador y de la archiduquesa Sofía. Pero parece que, ya entonces, Sisi comenzó a sentir la presión del compromiso que había asumido. Francisco José, influido por el estado de felicidad que atravesaba, aplicó medidas indulgentes en política y visitó a Isabel en tres ocasiones en Múnich, una de ellas con motivo del cumpleaños de la joven, en Navidad.

El 20 de abril de 1854, tras haber renunciado a sus derechos sucesorios en Baviera, Sisi emprendió camino a su nuevo hogar: Viena. El viaje duró tres días y la última etapa la hizo a bordo de un vapor por el Danubio, por el que recorrió la distancia que separaba Linz, donde fue a darle la bienvenida el emperador, y la capital. Llegó a su destino a las cuatro de la tarde del 22 de abril. El pueblo, poco receptivo a ese rígido y militar soberano, vio en ella la posibilidad de una regeneración, de un atractivo en aquella época compleja de represión tras la revolución del 48. Así, la recibió con calidez y entusiasmo. Las dos jornadas siguientes fueron de compromisos y obligaciones, algo a lo que Sisi estaba muy poco acostumbrada y que ocasionó que rompiera a llorar a escondidas más de una vez.

Todo terminó en la boda, celebrada el 24 de abril por la tarde, en la iglesia de los Agustinos (la misma en la que se casó María Antonieta por poderes), iluminada por miles de velas.

Sin embargo, los compromisos, la etiqueta y la compañía sistemática de cortesanos —entre los que destacó la condesa de Esterházy, la camarera mayor que le asignó su suegra, aleccionada para vigilar y corregir a Sisi en todo momento— no terminó ahí. El regreso de su familia a Múnich tras los fastos hizo que tuviera que afrontar la nueva realidad sin paliativos. Tras una penosa luna de miel en el palacio de Luxemburgo, agriada por la ausencia de Francisco José y las constantes visitas de Sofía, y un primer viaje a Bohemia y Moravia, la vida de Sisi pasó a desarrollarse en el Hofburg

de Viena. Aquel que había sido un hogar para María Antonieta, en el que sus padres habían creado una burbuja hogareña donde la etiqueta sobraba, se había convertido, en esos tiempos, en una corte rígida. Y es que, tras la deriva que habían tomado las nuevas ideas, abrazadas en el siglo XVIII por María Teresa, la madre de María Antonieta, o por Catalina la Grande de Rusia, estas quedaron censuradas y dieron paso a un periodo de auge de tradición e intransigencia. Para una joven que se había educado en un ambiente liberal y casi burgués, habituada al aire libre, a contemporizar con gentes de toda clase, la corte se convirtió en una auténtica jaula. En ella, además, no se promovían las charlas intelectuales y los asuntos políticos eran cosa del emperador, que encontraba en su atenta madre a la mejor interlocutora. Y justo la política fue la protagonista en los primeros años de matrimonio de Francisco José y Sisi, pues la guerra de Crimea entre Rusia y el Imperio otomano, apoyado por Inglaterra y Francia (sí, continuaban peleándose por el mismo territorio que en tiempos de Catalina) había estallado en el verano de 1853, cuando se comprometieron, y no terminó hasta 1856. En esa contienda, Austria, que se alió con Prusia, acabó enemistándose con el resto de Europa, lo que le valió un cierto aislamiento durante los siguientes años.

Con todo, la pareja pudo dar la bienvenida a su primera hija el 5 de marzo de 1855. La archiduquesa Sofía escogió el nombre y se hizo cargo del bebé enseguida. Sisi, como le había pasado a Catalina la Grande justo cien años antes, poco pudo hacer. En julio de 1856 nació su segunda hija, Gisela, que también pasó a estar bajo el ala de Sofía. Tras la Paz de París y el fin de la guerra de Crimea, la pareja imperial realizó un viaje, durante el invierno de 1856-1857, por las provincias italianas del imperio. Pensemos que, en ese momento y tras el fin de la era napoleónica, Austria controlaba el Véneto y la Lombardía, además de tener a familiares Habsburgo gobernando los ducados de Módena y Parma. En aquellas tierras, no obstante, ya existía una intención de liberarse del yugo austríaco; la represión liderada por el gobernador de las provincias, el mariscal de

campo Joseph Radetzky (sí, el de la Marcha Radetzky), resultaba intolerable para muchos. Así, para Franzi y Sisi fue un viaje cargado de tensión en el que tuvieron que lidiar con el rechazo de muchas familias nobles y con el miedo a un ataque. No obstante, ya desde el primer momento, y a pesar de que ella sufría con todo acto público, Sisi despertó cierta simpatía entre los súbditos. También contribuyó a calmar las aguas el ligero giro en la política de Francisco José, que jubiló a Radetzky, aprobó una amnistía y separó la administración civil de la militar de la Alta Italia.

Solo unos meses después de regresar de Venecia y Milán, marcharon a otra provincia problemática que ansiaba una mayor independencia: Hungría. Sisi, harta de hacer concesiones a su suegra, insistió en llevarse a sus hijas. El idilio entre Sisi y la cultura húngara comenzó en ese momento, pues existió simpatía mutua desde el primer instante. Allí, Francisco José también dio su brazo a torcer y permitió el regreso de los exiliados políticos entre los que estaba Gyula Andrássy. La tensión de los primeros días se fue relajando gracias a la aplaudida presencia de la emperatriz y las reformas del emperador. Sin embargo, aquel viaje terminó en tragedia. Sofía, la primogénita de la pareja, cayó enferma y no logró reponerse. Murió el 29 de mayo de 1857, con apenas dos años de vida. Regresaron a Viena con el cadáver de su niña. Sisi, a la que la archiduquesa Sofía hizo responsable por haberse empeñado en llevarse a las criaturas con ella, se hundió. Aunque, desde un primer momento, parece que la ansiedad que le producía su nueva vida de obligaciones, vigilancia y soledad provocó que la emperatriz somatizara, en este punto, su salud se quebró con mayor profundidad: dejó de comer, se aisló. Durante ese verano, su madre, Ludovica, la visitó para tratar de animarla. Quizá lo logró en parte. Un año después, el 21 de agosto de 1858, Sisi dio a luz a su hijo Rodolfo. Pero la joven ya no batalló por retenerlo, ya había renunciado totalmente a Gisela, así que ambos fueron educados por su suegra.

Los años 1859 y 1860 fueron complejos para Francisco José, pues los italianos partidarios de la unificación se aliaron con Napoleón III, sobrino de Napoleón Bonaparte y emperador de Francia desde 1852, y se enfrentaron a Austria. Como resultado de la guerra, perdió la Lombardía, lo que resultó una absoluta humillación que, además, dejó patente la falta de talento militar del soberano. En medio de la crisis, y quizá angustiado por la pésima relación entre su esposa y su madre, comenzó a buscar alivio y consuelo en amantes. Sisi, que en parte se había ido manteniendo a flote frente a la ardua crítica de la corte vienesa gracias a los constantes gestos de cariño de su marido, se sintió traicionada. Se abrió así una brecha en este matrimonio que, sin ser perfecto, sí había gozado, hasta el momento, de cierta reciprocidad. En el verano de 1860 se marchó al castillo de su familia en el lago Starnberg, allí donde había pasado los estíos en su niñez. A su regreso a Viena, su estado de ánimo era pésimo. No soportaba la rigidez, las intrigas y críticas, la ausencia total de libertad. Su médico le recomendó que, para mejorar su salud, lastrada por lo que hoy puede diagnosticarse como anorexia nerviosa, marchara una temporada a Madeira. Y así lo hizo. Pasó allí seis meses en los que pareció recuperarse gracias a una vida tranquila basada en la contemplación, la lectura o los juegos de cartas.

Sin embargo, al regresar a Viena, volvió a encontrarse mal. Partió de nuevo un mes después, esta vez a Corfú. En Viena comenzaron a circular rumores acerca de la pésima salud de la emperatriz, temiendo un final cercano. No obstante, muchos en la corte dudaban de la seriedad de su diagnóstico y creían que, en realidad, eran excusas para no cumplir con sus obligaciones. En cualquier caso, pasó un año alejada de la corte y durante el cual residió en Corfú, Venecia, Bad Kissingen y el castillo de los Possenhofen en el lago Starnberg. En estos meses, Francisco José la visitó, pudo reunirse con sus hijos en la icónica ciudad de los canales y también ver a algunos de sus familiares más queridos: su madre, su hermana Nené —que se había casado con el príncipe de Thurn

und Taxis— o su hermano Carlos Teodoro. Mas tuvo que volver a Viena.

Como ya se ha indicado, Sisi sufría de anorexia nerviosa. Apenas comía y estaba obsesionada con no engordar, por lo que la afición por el ejercicio físico que había desarrollado desde pequeña se convirtió, a lo largo del tiempo, en algo enfermizo. La actividad con la que más disfrutaba era montar a caballo, pero pronto la combinó con ejercicios gimnásticos, para los que hizo instalar aparatos en los distintos palacios en los que residía a lo largo del año. Prueba de su enfermedad es que Sisi medía 1,72 metros —era más alta que Francisco José— pero su peso rara vez subió de los 50 kilos y, en ocasiones, llegó a caer a los 43 kilos. Otra de sus manías tenía que ver con su cabellera, de la que se encargaba la peluquera y confidente Fanny Angerer, a la que descubrió como empleada de Burgtheater. A ella dedicaba tres horas diarias.

Su séquito fue añadiendo, de forma creciente, personas de origen húngaro, cultura e idioma por los que sentía genuino interés y devoción. Una de ellas fue Ida Ferenczy, que se unió en 1864. Y es que, durante la década de 1860, a mitad de la cual el mito de la belleza de Sisi alcanzó su cenit en toda Europa, la emperatriz se convirtió en pieza fundamental en la relación con Hungría.

Sisi convenció a Francisco José, enfrascado entonces, junto a su aliada Prusia, en la guerra de Schlewswig-Holstein contra Dinamarca, de realizar un viaje a Budapest en 1865 para acercar posturas. Ese mismo año, en mayo, Sisi tuvo que acceder a aparecer en público, algo por lo que fue desarrollando auténtica aversión, con motivo de la inauguración de la Ringstrasse vienesa. En verano, se plantó frente a su suegra con motivo de la educación de su hijo Rodolfo, al que habían asignado un preceptor encargado de convertir al pequeño, de apenas seis años, en un auténtico soldado. La emperatriz que, tras su alejamiento de la corte, había regresado con un mayor aplomo y capacidad de influencia sobre su esposo, ganó la batalla y consiguió que se buscara a otro preceptor que primase la formación intelectual sobre la física, el coronel Latour.

Rodolfo siempre estuvo agradecido a su madre por este episodio pese a la distante relación que tuvieron la mayor parte del tiempo.

El viaje a Hungría se realizó en los primeros meses de 1866 y duró cinco semanas. Sisi, que había tenido la oportunidad de conocer y admirar a Gyula Andrássy, se implicó personalmente en convencer a su marido de buscar una solución intermedia al problema húngaro. Esta pasaba por el «compromiso»: la recuperación de la Constitución húngara a cambio de la proclamación del emperador como rey de Hungría, lo que daría lugar a una monarquía dual de Austria y Hungría. Sin embargo, Francisco José tuvo que hacer frente a otro asunto ese mismo verano de 1866: Prusia, su aliada, se había vuelto en contra con objeto de arrebatarle la hegemonía sobre los territorios «alemanes». La guerra estalló en junio. La Prusia de Otto von Bismarck encadenó una serie de victorias que concluyeron en una paz firmada en Praga de la que Austria salió más debilitada que nunca, perdiendo el poder que históricamente había tenido en la zona alemana del antiguo Sacro Imperio. En octubre de ese año, su presencia en Italia también concluyó de forma definitiva. Así, el nacimiento de los dos nuevos estados de finales del siglo XIX, Alemania e Italia, fue posible, en gran medida, gracias a la decadencia y el aislamiento de Austria. Sin embargo, Sisi continuó viajando y residiendo en Budapest y presionando a su esposo para que diera su brazo a torcer con los húngaros. Finalmente, a Francisco José le quedaron pocas opciones. En uno de los puntos más bajos de su popularidad, y a sabiendas de que Bismarck planeaba apoyar a los nacionalistas húngaros, aceptó el acuerdo del compromiso. Desde febrero de 1867, el Imperio austríaco pasó a ser Austria-Hungría. El emperador seguía en la cúspide del poder, pero ahora existían dos capitales, dos parlamentos y dos gabinetes. Solo los ministerios de Guerra, Asuntos Exteriores y Hacienda serían comunes. En contraposición, esto encendió las ansias nacionalistas de otras zonas, ahora infrarrepresentadas, como Bohemia.

El día 8 de junio de 1867 se celebró la coronación de Francisco José y Sisi como reyes de Hungría. En ella, la emperatriz, a la que se consideraba parte fundamental del acuerdo, fue la auténtica protagonista. Como obsequio, la nación húngara regaló a Sisi el castillo de Gödölö, donde comenzó a pasar la mayor parte del tiempo. Viena continuaba siendo un lugar hostil para ella y, pese a las insistencias de Francisco José de reunirse, la visitó lo menos que pudo. Aun así, en abril de 1868, quizá al calor de la concesión de su esposo con respecto a Hungría, nació su última hija, María Valeria, en Budapest. Sisi, que había renunciado a sus dos hijos mayores, optó por no ceder con la benjamina. La convirtió en su compañera y desarrolló por ella una obsesiva atención. Fue su hija preferida lo que, sobre todo, despertó celos en Rodolfo. Desde el episodio de Hungría, Sisi, que había estado apartada de la política hasta entonces, se volvió a alejar de ella —no sabemos si de forma voluntaria o no—. Así, se entregó a sus aficiones mientras la monarquía dual de Austria-Hungría se enfrentaba a una crisis tras otra y Europa se enfrascaba en una nueva contienda, la franco-prusiana (1870-1871), que dio lugar al advenimiento de la Tercera República Francesa. Napoleón III y su esposa, Eugenia de Montijo, tuvieron que exiliarse. Quiso la prensa enfrentar por la competición en belleza a Eugenia y Sisi, pero, al parecer, estas dos mujeres se llevaron siempre bien.

La emperatriz repartía su tiempo, sobre todo, entre Hungría y Baviera. Y evitaba, en lo posible, las obligaciones de representación. Incluso en la inauguración de la Ópera o en la Exposición Internacional de Viena de 1873, en la que redujo su presencia al máximo, lo que generaba desilusiones y desplantes. Ni siquiera la muerte de la archiduquesa Sofía, en mayo de 1872, motivó que la emperatriz tratara de ganar posiciones en la corte vienesa. Había renunciado a ello más allá del yugo de su suegra.

Durante la década de 1870, Sisi se volcó en los caballos. Dedicaba horas al entrenamiento y viajó en varias ocasiones a Inglaterra e Irlanda para participar en cacerías, convertidas en su

entretenimiento favorito durante años. Con ella solía llevarse a su hija María Valeria, cuya salud puso de excusa en varias ocasiones para poder moverse a placer a pesar de las dificultades diplomáticas que, a veces, generaban sus múltiples viajes. Durante esa década, se fortaleció su amistad con su primo, el rey Luis II de Baviera (el conocido como «Rey loco» y por sus castillos de cuento). Con él intercambiaba misivas —él la llamaba «paloma» y ella a él «águila»— y paseos y charlas en Bad Kissingen o en el castillo del lago Starnberg. Compartían el rechazo por la opresión de la corte y la sociedad. Ambos amaban la literatura clásica, la soledad. Los dos eran algo excéntricos y fantasiosos. Sisi era consciente de que su primo era algo peculiar, pero siempre defendió su cordura. Quizá porque ella misma reconocía que no encajaba en los moldes de la normalidad. La salud mental fue un asunto por el que desarrolló un enorme interés a medida que avanzó su vida, visitando diversos manicomios.

En 1875, la muerte del ex emperador Fernando I provocó que Francisco José heredase, por fin, la fortuna asociada a la corona. Aumentó la asignación de Sisi que, gracias a distintas inversiones, se enriqueció considerablemente a lo largo del tiempo. En sus escapadas, Sisi a menudo causó una mala impresión en otros representantes europeos, como la reina Victoria de Inglaterra, pues acostumbraba a tratar de eludir los encuentros, acortarlos sin preaviso o presentarse sin notificarlo. En 1879, a pesar de lo mucho que detestaba aparecer en público, aceptó celebrar sus bodas de plata con Francisco José en Viena. La ciudad se volcó con su emperador. En aquel tiempo, el imperio había cambiado mucho; atrás quedaban los días de estado de sitio y represión del neoabsolutismo, ahora el régimen avanzaba hacia el liberalismo político y económico a pasos agigantados. Muchos veían en Sisi, a la que la prensa había ubicado como némesis de la reaccionaria Sofía, como hacedora de gran parte de los progresos. La realidad era que, en general, la emperatriz vivía al margen de la realidad austríaca y de la política.

Las partidas de caza y la obsesión por montar a caballo terminaron a inicios de la década de 1880, cuando empezó a notar los primeros síntomas de reumatismo. Sin embargo, no dejó de hacer ejercicio. Sustituyó las horas de entrenamiento por largas caminatas en las que sus damas de compañía, entre las que destacaban la mencionada Ida Ferenczy y la condesa Festetics, ambas húngaras, luchaban por mantener el endiablado ritmo de la emperatriz. Aunque, en 1882, acompañó a Francisco José en un viaje de representación a Trieste, que todavía pertenecía a Austria, Sisi continuó alejándose de Viena. En la medida de lo posible, frecuentó la compañía de su madre y sus hermanos, que se fueron casando. Consciente de la soledad a la que condenaba a su esposo, se esmeró en fomentar la amistad de este con la actriz Catalina Schratt, parte del elenco del Burgtheater. Sisi hizo lo posible para que, a ojos de la opinión pública, la artista pasara por amiga suya y, así, garantizar que Francisco José pudiera reunirse con ella sin peligro de que se supiera que, lo más probable y pese a que no ha quedado rastro, eran amantes. De este modo se evidencia que la emperatriz, que quizá desarrolló cierto cariño o apego hacia su marido en los primeros años de matrimonio, y a la que afectó profundamente descubrir que este, pese a sus constantes muestras de afecto por ella, tenía relaciones con otras mujeres, no estaba, a esas alturas, enamorada de él. Quizá nunca lo estuvo. Parece que él, más allá de sus infidelidades, sí sintió amor y atracción por ella. De hecho, en la medida en la que la archiduquesa Sofía perdió influencia sobre él, la ganó Sisi, que se convirtió en la única capaz de hacer cambiar de opinión al emperador que, por lo demás, tuvo paciencia infinita con la dejación de funciones de su esposa y que siempre sucumbía a concederle todos los caprichos. Aunque a Sisi le adjudicaron varios amantes, entre ellos el propio Gyula Andrássy, no parece que estuviera interesada en el amor físico, a juzgar por sus escritos.

Así, otra de las aficiones que ocupó tiempo en los días de Sisi durante esa década de 1880 fue la escritura de poesía. Una actividad

que, sobre todo, le servía de catarsis y por la que conocemos la enorme admiración que sentía por el poeta Heinrich Heine o William Shakespeare, así como el universo de fantasía en el que vivía sumida —se veía a sí misma como Titania, de su obra favorita, *Sueño de una noche de verano*—. Compartía el amor por los versos con su hijo Rodolfo, aunque es posible que jamás lo supiera. La defensa de Sisi a Heine, judío, en un momento de auge del antisemitismo en Europa le valió duros ataques en parte de la prensa.

En el verano de 1886, Sisi recibió una de las noticias más terribles de su vida. Habían encontrado el cadáver de su querido primo Luis II de Baviera en su amado lago Starnberg, escenario de sus recuerdos de juventud y libertad. Al rey bávaro lo habían declarado incapaz y lo habían encerrado en el castillo de Berg, a las orillas del mencionado lago. Tras solicitar dar un paseo junto a su médico, el doctor von Gudden, no regresó. Ambos cuerpos fueron hallados con signos de violencia. Sisi se desplomó al descubrirlo. Pero las calamidades no habían hecho más que empezar. Solo tres años después, y tras el fallecimiento de su padre, el duque Max, a causa de un infarto, su hijo Rodolfo mató a su amante de apenas dieciséis años, Maria Vetsera, y se suicidó. Rodolfo se parecía mucho a su madre y, tras ese cambio de preceptor, había recibido una educación intelectual de tintes liberales. La corte vienesa lo rechazó a causa de esa semejanza y de las ideas políticas que enseguida comenzó a defender. Francisco José, que hubiera deseado un hijo soldado, no dejaba que Rodolfo participara de la política del imperio, no tenía buena relación con él. Aunque Rodolfo bebía los vientos por su madre, por la que más que amor de hijo sentía admiración, jamás logró tener con ella un grado de complicidad que permitiera confesarle sus pensamientos más oscuros, la profunda infelicidad que sentía en su matrimonio con la hija del rey de Bélgica, el aislamiento en la corte, en su propia familia, el rechazo a muchas de las políticas de su padre —que publicaba, de forma anónima, en panfletos—, la necesidad que tenía de que ella lo apoyara en sus ideales. Así, tras mentar que moriría pronto frente a algunos

empleados de la corte que no dieron pábulo a sus palabras, terminó trágicamente con su vida de un disparo en la cabeza el día 29 de enero de 1889. Solo hacía un par de meses que había conocido a la señorita Vetsera.

Sisi fue la primera que lo supo, gracias al conde de Hoyos, amigo de Rodolfo y compañero de caza, que regresó raudo desde Mayerling cuando se descubrieron los cuerpos en la habitación del heredero. Fue ella la encargada de decírselo a Francisco José. En los primeros momentos, Sisi demostró cierto aplomo, pero, después, se hundió por completo. En esos años, y desde la muerte de su primo, se unió a la moda del espiritismo. Sentía presencias y consultaba a una médium por sus seres queridos ya fallecidos. Desde el Hofburg, se trató de blanquear el suceso señalando que el príncipe Rodolfo estaba loco y que había sido la locura la que lo había matado. Esto apenas contribuyó a que Sisi hallara la paz, pues uno de sus mayores miedos siempre había sido traspasar los problemas mentales tan habituales en su familia a sus descendientes. A finales de 1889 decidió regalar a sus hijas Gisela y María Valeria todos los hermosos vestidos que habían nutrido su guardarropa y contribuido a que la leyenda de su belleza se impusiera en Europa. A partir de ese año horrible, al término del cual también murió Nené, solo concebía vestir de luto. También fue el fin de su dedicación a la poesía.

Durante la década de 1890, se unió a su séquito, en sustitución de la agotada condesa de Festetics, la condesa Irma Sztáray, más joven y enérgica. Sisi no paró de viajar. Era como si huyera todo el tiempo. Tras terminar el Achileion, una villa sobre una colina en su adorado Corfú, quiso venderlo. Tampoco le sirvió el palacio que Francisco José, con objeto de hacer más agradables sus estancias en Viena, le había regalado en el parque zoológico de Lainz a mediados de la década de 1880, «Villa Hermes». Sisi necesitaba cambiar de residencia constantemente. En esos años, visitó El Cairo, Florencia, Argel, Lisboa o la Riviera Francesa. Junto a ella, un importante séquito que no pasaba desapercibido y que era un absoluto

contratiempo si se hospedaba en hoteles. En él, destacaron, desde la década anterior, los profesores de griego, idioma que se había propuesto dominar para ser capaz de leer los textos clásicos. Uno de ellos fue el doctor Constatino Christophanos. Los lectores de griego la acompañaban durante las largas sesiones de peinado y en las caminatas, que podían extenderse hasta ocho horas. El ejercicio físico continuó formando parte de la rutina de la emperatriz, que no se detenía ante tormentas o aguaceros. Su atracción por las inclemencias meteorológicas, a pie o en barco, asustaba a muchos de sus acompañantes. Pero es que Sisi vivía fascinada con una muerte que presentía cercana. No en vano, Ludovica, su madre, pereció por causas naturales en 1892. Su hermana pequeña, Sofía, falleció en el incendio del bazar de la Charité, en París, en 1897. Parecía que el cerco se cerraba sobre ella.

Por distintos rincones de Europa, incluida su adorada Baviera, pasó la emperatriz ataviada siempre con su velo negro, su enorme abanico y su sombrilla blanca. La leyenda de su belleza, que ella tanto había mimado, la persiguió durante toda su vida, generando que curiosos desearan verla. Pero, con los años, Sisi se fue haciendo más y más solitaria y reacia al contacto humano. Siempre había detestado el escrutinio público, pero ahora que su paciencia estaba bajo mínimos, quizá también su depresión y anorexia en máximos, y su juventud se había marchitado, no podía soportarlo. Viajaba de incógnito, con nombres falsos, pero eso no evitaba que se descubriera su identidad en algunos destinos. Sobre todo, si el emperador se reunía con ella. Con él protagonizó su última aparición oficial, con motivo del milenario de Hungría, en 1896. Los ojos que alcanzaron a verla comprobaron lo mucho que había cambiado.

Nosotros no podemos saberlo con certeza, pues Sisi apenas se retrató ni fotografió en los últimos treinta años de su vida. Aunque la situación en el continente era de calma tensa, y los ataques anarquistas se habían multiplicado, la emperatriz rechazaba llevar ningún tipo de escolta y no le gustaba descubrir que había agentes controlando sus movimientos, aunque fuera por su seguridad.

Durante el verano de 1898, Sisi pasó dos semanas en Bad Ischl junto con Francisco José y su hija favorita, que se había casado en 1890. Con el emperador mantenía una relación de mutuo afecto y cordialidad, pese a que, a juzgar por el testimonio de su hija María Valeria, el ambiente familiar era siempre tenso. Después, Sisi marchó a Bad Nauheim y, a continuación, emprendió viaje a Suiza, un lugar que le fascinaba, también, curiosamente, a nivel político. Uno de los destinos preferidos de la emperatriz era Territet, en Montreaux, a orillas del lago Leman. El día 9 de septiembre, ella y su dama de honor, la condesa de Sztáray, visitaron a la baronesa Julia de Rothschild en Pregny y se dirigieron a Ginebra, para pasar una noche. Allí visitó sus confiterías favoritas y compró algunos juguetes para los nietos que ya le habían dado sus dos hijas. Se hospedó en su hotel de confianza en la ciudad, el Beau Rivage.

El día 10 de septiembre, tras visitar una tienda de instrumentos por la mañana, la emperatriz y la condesa salieron del hotel en dirección al muelle en el que debían tomar el vapor de las 13:40 h para regresar a Territet. Iban algo apuradas. Avanzaron por el Quai du Mont-Blanc, en la ribera del lago, plagado de castaños en flor. De pronto, un tipo apartó las sombrillas de las damas y, tras reconocer a Sisi, se abalanzó sobre ella. La emperatriz cayó al suelo. El hombre echó a correr, pero varios paseantes lo alcanzaron. Otros ayudaron a Sisi a levantarse del suelo y limpiar el vestido negro de polvo. Ni ella ni la condesa tenían muy claro qué había sucedido. Preocupadas por si perdían el barco, reanudaron la marcha mientras comentaban que, quizá, el tipo había querido robar el reloj a Sisi. Lograron subir al vapor a tiempo. Ya en la cubierta, el rostro de la emperatriz empalideció y, entonces, cayó desplomada. Trataron de reanimarla, creyendo que se había desmayado por el susto, pero, cuando abrieron el corsé, descubrieron una mancha marrón y un agujero en el pecho, justo en la zona del corazón. Sisi recuperó un instante la consciencia y preguntó: «¿Qué me ha pasado?». Fueron sus últimas palabras. Se alertó al capitán de la embarcación, que regresó sin tardanza al muelle. La condesa de Sztáray reveló la identidad de la

herida y la pertinencia de que la viera un médico y un cura. La trasladaron al hotel Beau Rivage, a la habitación 34, en la primera planta. Sin embargo, cuando llegaron el doctor Etiènne Golay y el doctor Mayor solo pudieron certificar su muerte. Eran en torno a las tres de la tarde.

Un día después se practicó la autopsia. Sisi murió a causa de un apuñalamiento con un estilete triangular que había generado un tapón en el pericardio. Tenía sesenta y un años.

El asesino era Luigi Lucheni, un joven anarquista que había actuado por libre. Al parecer, el objetivo inicial era el príncipe Enrique de Orleans, pero este no se encontraba en Ginebra en el momento en que él deseaba perpetrar el crimen. El joven se había enterado, gracias a la prensa, de que la emperatriz de Austria-Hungría se encontraba en la ciudad. Así que cambió su víctima, esperando que no restara impacto. Lucheni fue encarcelado y se mostró orgulloso de su hazaña; se suicidó en su celda diez años después.

El cuerpo de Sisi llegó a Viena el día 15 de septiembre. A pesar de que ella había expresado su deseo de ser enterrada en Corfú, uno de los destinos donde más había podido disfrutar de esa vida contemplativa y exenta de obligaciones, no se le concedió. Sus restos reposan en la ciudad que quizá más detestó. Viena lloró, pero más por su anciano y desafortunado emperador que por aquella emperatriz que, en su deseo de protegerse de las intrigas de la corte, rechazó el que debía haber sido su hogar. Para Francisco José y María Valeria fue un duro golpe, otro más. A Gisela posiblemente la protegió la nula relación que siempre había tenido con ella. Aun así, Sisi dejó su fortuna a sus dos hijas. Al emperador le tocó vivir a solas los años finales del Imperio austrohúngaro, atravesado por la inestabilidad y los nacionalismos internos. Su relación con Catalina Schratt se fue apagando también. Experimentó un último revés al final de su reinado. El día 28 de junio de 1914, un nacionalista serbio asesinó a su sobrino, heredero desde la muerte de Rodolfo, el

archiduque Francisco Fernando y a su esposa, Sofía. Fue el episodio que dio inicio a la Primera Guerra Mundial.

Sisi, que había vaticinado el cataclismo de la monarquía de los Habsburgo en la intimidad, no llegó a vivir para verlo. Tal y como reflexionó su hija María Valeria, su madre se marchó, en realidad, como había deseado siempre: rápido y sin dolor. Escapó de una vida que se le antojó espinosa, en la que la enfermedad y la angustia no dejaron paso a tomar consciencia de los privilegios. Así, pese a no haber ejercido apenas de emperatriz, pese a su constante soledad y retraimiento, pese a su huida persistente y su rechazo al ojo público, Sisi es hoy un mito, una leyenda. Es, más allá de todo, «Sisi, emperatriz».

BIBLIOGRAFÍA

Cleopatra

Mayer Burstein, Stanley. "Chronology of events". *The Reign of Cleopatra.* Norman. University of Oklahoma Press. 2004, pp. IX-XV.

Puyadas Rupérez, Vanessa. *Cleopatra VII. La creación de una imagen. Representación pública y legitimación política en la Antigüedad*. Zaragoza. Prensas de la Universidad de Zaragoza. 2016.

Roller, Duane W. *Cleopatra. A Biography.* Nueva York. Oxford University Press. 2010.

San Vicente González de Aspuru, José Ignacio. «La falsificación del testamento de Marco Antonio y su pietas». Labiano, Mikel. *De falsa et vera Historia 2. Estudios sobre pseudoepígrafos y falsificaciones textuales antiguas*. Madrid. Ediciones Clásicas. 2019, pp. 97-110.

Tyldesley, Joyce. «Cleopatra». *Encyclopedia Britannica*. https://www.britannica.com/biography/Cleopatra-queen-of-Egypt. [Fecha de acceso: agosto de 2024.]

Valtierra Lacalle, Ana. «Mythography and Iconographic Manipulation of the Death of Cleopatra in the Western Painting». *Asparkia. Investigació Feminista.* 37. 2020, pp. 27-49.

Julia Domna

Ghedini, Francesca. *Julia Domna. Mujeres y poder en la Roma de los Césares.* Madrid. Editorial Almuzara. 2021.

González-Conde, María Pilar. «Biografa de Publius Helvius Pertinax». *Historia Hispánica*. Real Academia de la Historia. https://historia-hispanica.rah.es/biografias/36564-publius-helvius-pertinax. [Fecha de acceso: septiembre de 2024.]

Kolb, Frank P. «Caracalla». *Encyclopedia Britannica*. https://www.britannica.com/biography/Caracalla. [Fecha de acceso: septiembre de 2024.]

Landford, Julie. *Maternal Megalomania: Julia Domna and the Imperial Politics of Motherhood.* Baltimore. The John Hopkins University Press. 2013.
Levick, Barbara. *Julia Domna: Syrian Empress.* Nueva York. Routledge. 2007.
Olivares, Juan Carlos. «Biografa de Caracalla» *Historia Hispánica*. Real Academia de la Historia. https://historia-hispanica.rah.es/biografias/9806-caracalla. [Fecha de acceso: septiembre de 2024.]
Olivares, Juan Carlos. «Biografa de Didius Iulianus». *Historia Hispánica*. Real Academia de la Historia. https://historia-hispanica.rah.es/biografias/14465-didius-iulianus. [Fecha de acceso: septiembre de 2024.]
Olivares, Juan Carlos. «Biografa de Severo Alejandro». *Historia Hispánica*. Real Academia de la Historia. https://historia-hispanica.rah.es/biografias/42466-severo-alejandro. [Fecha de acceso: septiembre de 2024.]
Saavedra-Guerrero, M.ª Daría. «Septimio Severo, Julia Domna y Plauciano: El juego de la traición en la domus aurea.» *Gerión.* 27.1. 2009, pp. 251-261.
Scot, Andrew G. «Cassius Dio's Julia Domna: Character Development and Narrative Function» *TAPA.* 147. 2. 2017, pp. 413-433.
The Editors of Encyclopaedia Britannica. «Elagabalus.» *Encyclopedia Britannica*. https://www.britannica.com/biography/Elagabalus. [Fecha de acceso: septiembre de 2024.]
The Editors of Encyclopaedia Britannica. «Lugdunensis.» *Encyclopedia Britannica*. https://www.britannica.com/place/Lugdunensis. [Fecha de acceso: abril de 2025.]
The Editors of Encyclopaedia Britannica. «Seleucid empire.» *Encyclopedia Britannica*, https://www.britannica.com/place/Seleucid-Empire. [Fecha de acceso: septiembre de 2024.]

Teodora

Academia Lab. (2025). Exarcado de Rávena. *Enciclopedia*. https://academia-lab.com/enciclopedia/exarcado-de-ravena/. [Fecha de acceso: octubre de 2024.]
Allan Evans, James. *The Empress Theodora: Partner of Justinian.* Texas. University of Texas Press. 2002.
Barbero, Abilio. «El conflicto de los Tres Capítulos y las iglesias hispánicas en los siglos VI y VII.» *Studia historica. Historia medievo*. vol. 5. 1987.
Bravo Bosch, María José. *Teodora y el feminismo jurídico en Bizancio.* Valencia. Tirant lo Blanch. 2022.
Cartwright, Mark. «Corpus Iuris Civilis.» Traducido por Agustina Cardozo. *World History Encyclopedia*. [Última modificación: abril 24, 2018].
Delgado, Juan Antonio Bueno. «La controversia de los "Tres Capítulos".» *Revista General de Derecho Romano*. 30. 2018, p. 4.

https://www.worldhistory.org/trans/es/116975/corpus-iuris-civilis/. [Fecha de acceso: octubre de 2024.]
Hernández, Pablo Castro. «El hipódromo de Constantinopla: Encuentros y desencuentros. El imaginario en torno al circo y su poder (ss. VI-VII)». *Historias del Orbis Terranum.* 4. 2010, pp. 2-55.
Jiménez Sánchez, Juan Antonio. «Símbolos del poder en el Hipódromo de Constantinopla» *POLIS. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica.* 16. 2004, pp. 109-132.
Krautheimer, Richard y Luca de Tena, Consuelo. *Arquitectura Paleocristiana y bizantina.* Madrid. Cátedra. 1984, pp. 251-257.
Mayor Ferrándiz, Teresa M.ª. «Teodora de Bizancio (497/500-548 d. C.)». *Revista Clases Historia.* 12. 2010, p. 3.

Leonor de Aquitania

Flori, Jean. *Leonor de Aquitania, la reina rebelde.* Barcelona. Edhasa. 2020.
García de Cortázar, José Ángel y Sesma Muñoz, José Ángel. *Manual de Historia Medieval.* Madrid. Alianza. 2008.
Pernoud, Régine. *Leonor de Aquitania.* Barcelona. Acantilado. 2009.
Rodríguez, Ana. *La estirpe de Leonor de Aquitania: mujeres y poder en los siglos XII-XIII*. Barcelona. Crítica. 2014.

Isabel la Católica

Alvar Ezquerra, Alfredo. *Isabel la Católica.* Madrid. Temas de Hoy. 2002.
Carrasco Manchado, Ana Isabel. *Isabel I de Castilla y la sombra de la legitimidad.* Madrid. Sílex. 2014.
Del Val Valdivieso, María Isabel. *Isabel I de Castilla (1451-1504).* Ediciones del Orto. 2004.
Gayubas, Augusto. «Renacimiento y humanismo». *Enciclopedia Humanidades*. https://humanidades.com/renacimiento-y-humanismo/. [Fecha de acceso: marzo de 2024.]
Liss, Peggy K. *Isabel la Católica.* Volumen 5. Editorial Nerea. 1998.
Martínez Díez, Gonzalo. «Panorámica jurídica bajomedieval en la Corona de Castilla.» *Boletín de la Institución Fernán González*. 204. 1985, pp. 39-56.
Sesma Muñoz, José Ángel y Gil Pujol, Xavier. «La Corona de Aragón 600 años de Historia: siglos XII a XVII», ciclo de conferencias impartido en la Real Academia de la Historia del 4 al 20 de junio de 2017. https://www.rah.es/la-corona-de-aragon. [Fecha de acceso: diciembre de 2024.]
Suárez Fernández, Luis. «Biografa Isabel I». Historia Hispánica. Real Academia de la Historia. https://dbe.rah.es/biografias/13005/isabel-i. [Fecha de acceso: diciembre de 2024.]

Universidad de Alcalá de Henares. «Historia de la Universidad». https://www.uah.es/es/conoce-la-uah/la-universidad/historia-mision-y-valores/. [Fecha de acceso: marzo de 2024.]

Cristina de Suecia

Amigo Vázquez, Lourdes. «La estadía de Cristina de Suecia en los Países Bajos Meridionales. Una exreina ante el conflicto hispano-francés (1654-1655)». Esteban Estríngana, Alicia y López Anguita, J. Antonio (eds.) *Mujeres en la alta política de la Europa Moderna. Visibilidad, ocultación y memoria.* Madrid. Docecalles. 2025, pp. 155-188.

Buckley, Veronica. Christina. *Christina Queen of Sweden: The Restless Life of a European Eccentric.* Londres. Harper Collins UK. 2011.

De Allendesalazar, Úrsula. *La reina Cristina de Suecia.* Madrid. Marcial Pons. 2009.

Mark, Joshua J. «Guerra de los Treinta Años.» Traducido por Agustina Cardozo. *World History Encyclopedia.* https://www.worldhistory.org/trans/es/1-19708/guerra-de-lostreinta-anos/. [Fecha de acceso: febrero de 2025.]

Mark, Joshua J. «La Reforma protestante.» Traducido por Antonio Elduque. *World History Encyclopedia*. https://www.worldhistory.org/trans/es/1-20181/la-reforma-protestante/. [Fecha de acceso: febrero de 2025.]

Stephan, Ruth. «Christina.» *Encyclopedia Britannic*a, https://www.britannica.com/biography/Christina-queen-of-Sweden. [Fecha de acceso: febrero de 2025.]

Suárez Fernández, Luis. «Biografa de Beltrán de la Cueva». Historia Hispánica. Real Academia de la Historia. https://historia-hispanica.rah.es/biografias/13274-beltran-de-la-cueva. [Fecha de acceso: mayo de 2025.]

Swedish Institute. Historia de Suecia: Guerra, paz y progreso. https://sharingsweden.se/app/uploads/2023/09/Historia-de-Suecia-low-resolution.pdf. [Fecha de acceso: febrero de 2025.]

Catalina la Grande

Alexander, John T. *Catherine the Great: Life and Legend.* Oxford. Oxford University Press. 1989.

Dianina, Katia. «Art and authority: the Hermitage of Catherine the Great.» *The Russian Review.* 63. 4. 2004, pp. 630-654.

Massie, Robert K. *Catherine the Great: Portrait of a woman.* Londres. Bloomsbury Publishing. 2012.

Miate, Liana. «Catalina la Grande.» Traducido por Emiliano S. Grill. *World History Encyclopedia*. https://www.worldhistory.org/trans/es/1-22174/catalina-la-grande/. [Fecha de acceso: febrero de 2025.]

Siebigk. «Chritian August». Allgemeine Deutsche Biographie. 4. 1876, pp. 157-159. https://www.deutsche-biographie.de/pnd135881366.html#adbcontent_leben. [Fecha de acceso: febrero de 2025.]

The Editors of Encyclopaedia Britannica. «Key Facts of the Seven Years' War.» *Encyclopedia Britannica*. https://www.britannica.com/summary/Key-Facts-of-the-SevenYears-War. [Fecha de acceso: marzo de 2025.]

The Editors of Encyclopaedia Britannica. «Prussia.» *Encyclopedia Britannica*. https://www.britannica.com/place/Prussia. [Fecha de acceso: febrero de 2025.]

María Antonieta

«Carlos X». en PARES. *Ministerio de Cultura*. Gobierno de España. https://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/autoridad/165233. [Fecha de acceso: marzo de 2025.]

«La sala del Juego de Pelota» en Página oficial del Palacio de Versalles. https://es.versailles-tourisme.com/la-sala-del-juego-de-pelota.html. [Fecha de acceso: marzo de 2025.]

«Luis XVIII» en PARES. *Ministerio de Cultura*. Gobierno de España. https://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/autoridad/46947. [Fecha de acceso: marzo de 2025.]

Mark, Harrison W. «María Antonieta.» Traducido por Agustina Cardozo. *World History Encyclopedia*. https://www.worldhistory.org/trans/es/1-20650/maria-antonieta/. [Fecha de acceso: marzo de 2025.]

Pelz, William A. «The Rise of the Third Estate: The French People Revolt.» *A People's History of Modern Europe.* 2016, pp. 40-51.

Saint-Amand, Pierre y Gage, Jennifer C. «Terrorizing Marie Antoinete.» *Critical Inquiry*. 20.3. 1994, pp. 379-400.

Valenzuela Guzmán, Maribel Alejandrina. «La revolución francesa». PhD diss., Universidad de San Carlos de Guatemala. 2008.

Zamorano Benavides, María Luisa. *María Antonieta: Historia de una reina vilipendiada.* Madrid. Ediciones Nowtilus. 2023.

Zweig, Stefan. *María Antonieta.* Madrid. RUTH. 2022.

Sisi

Duggan, Christopher. *Historia de Italia*. Madrid. Ediciones Akal. 2017.

Hamann, Brigite. *Sisi, emperatriz contra su voluntad*. Barcelona. Editorial Juventud. 1998.

Moreno Mínguez, Carmen. *Breve historia del Imperio austrohúngaro.* Madrid. Ediciones Nowtilus. 2015.

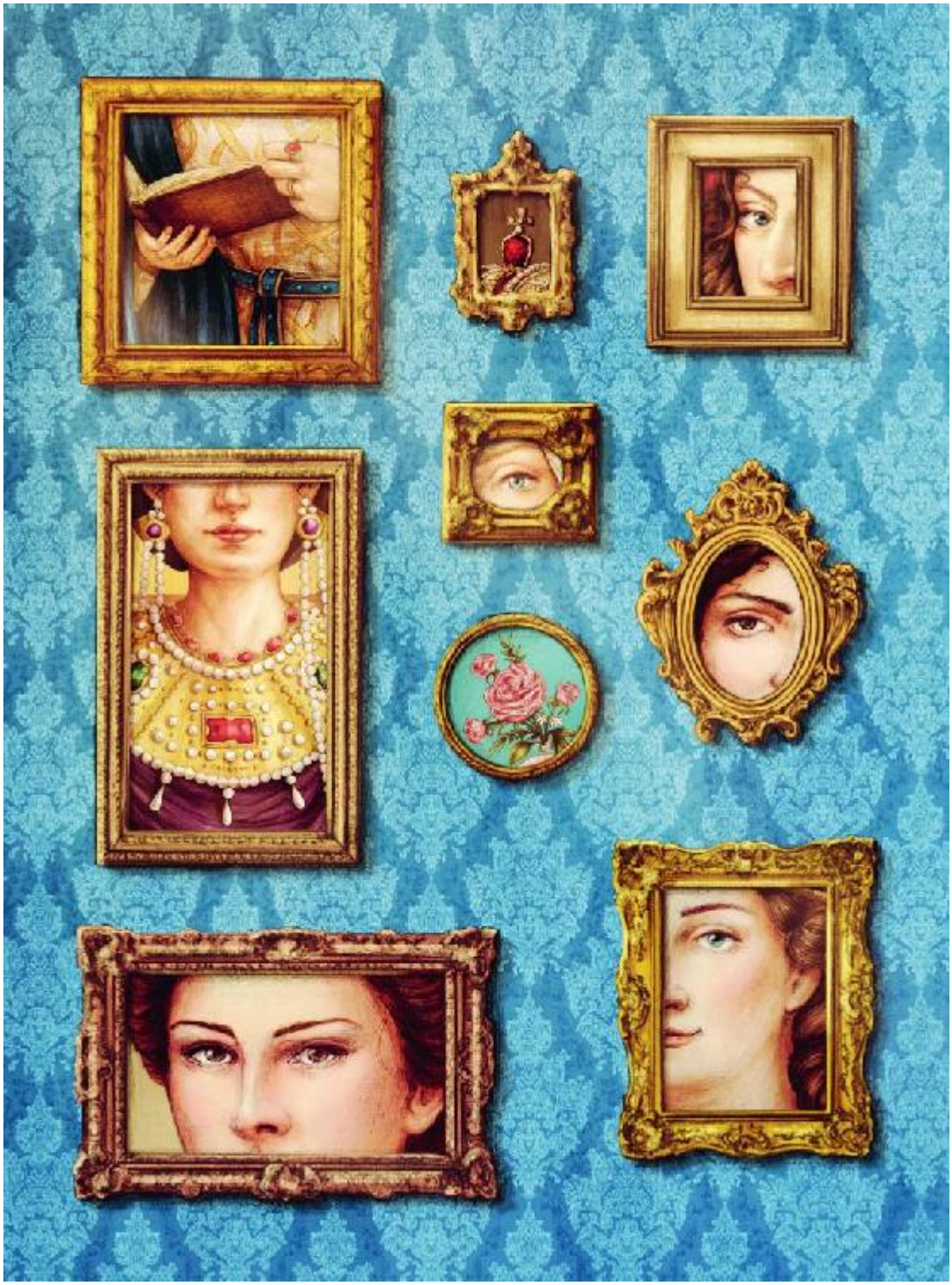
Others, F.B.A. «Franz Ferdinand, archduke of Austria-Este.» *Encyclopedia Britannica*. https://www.britannica.com/biography/Franz-Ferdinand-Archduke-of-Austria-Este. [Fecha de acceso: abril de 2025.]

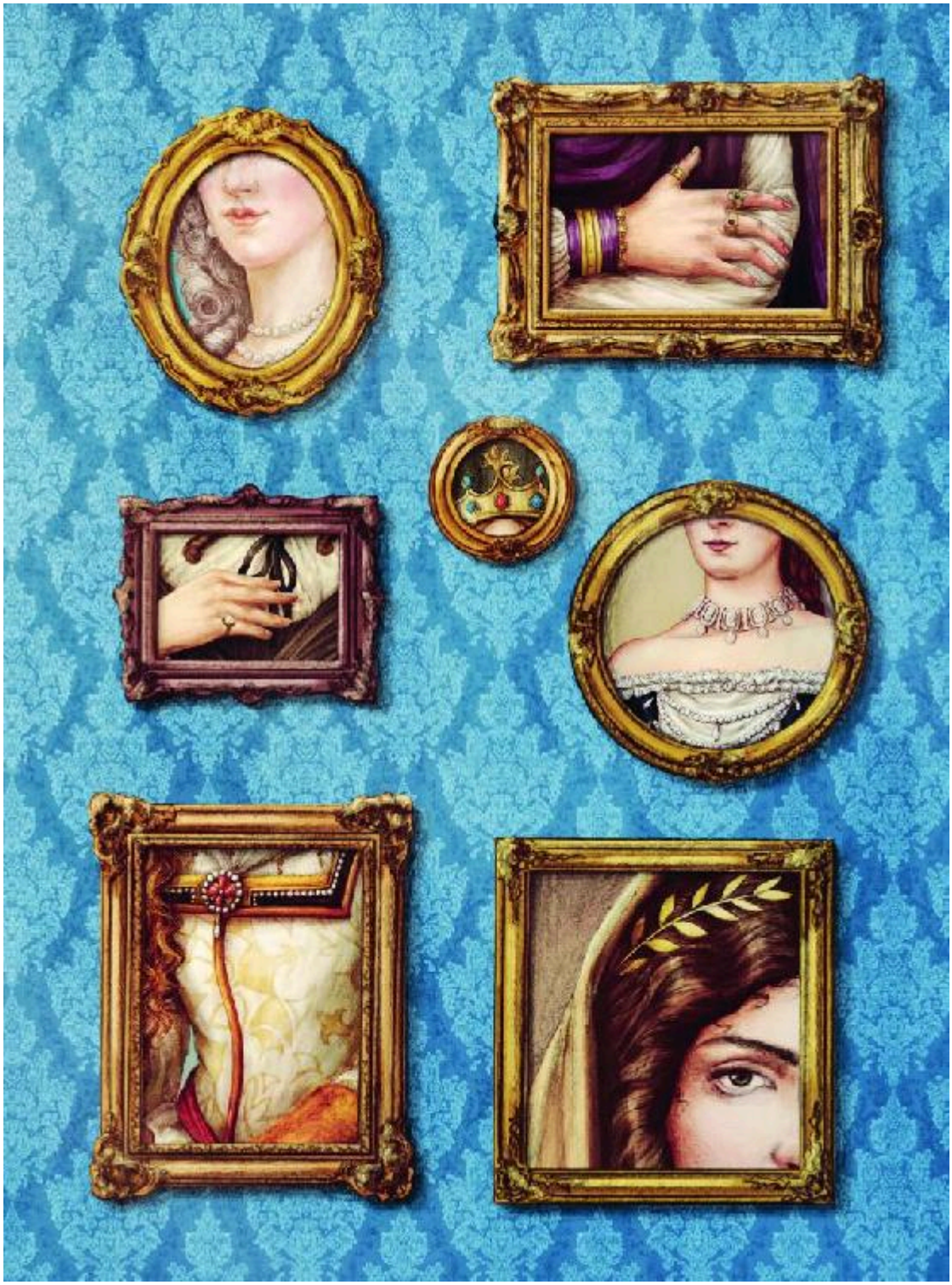
Owens, Karen. «Sisi». *Franz Joseph and Elisabeth: the last great monarchs of Austria-Hungary.* McFarland. 2013, pp. 56-67.

Sedivy, Roland. «The death of the Empress Elisabeth of Austria and Queen of Hungary— retold and reassessed with reconstruction of her autopsy.» *Wiener Medizinische Wochenschrift*. 174.13. 2024, pp. 304-311.

Tapia, Aurora Guerra. «Sissi emperatriz o el abuso de la belleza. Anorexia, bulimia, vigorexia y tricocosmetomanía» *Más dermatología*. 12. 2010, pp. 28-29.

Tschuppik, Karl. *The Empress Elizabeth of Austria*. Pickle Partners Publishing. 2017.





Eternas. Historias de grandes reinas de todos los tiempos
María Reig
Ilustraciones de Elisa Ancori

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© de los textos, María Reig, 2025
www.mariareig.es
@ mariareig.es

© de las ilustraciones, Elisa Ancori, 2025
www.elisaancori.com
@elisaancori

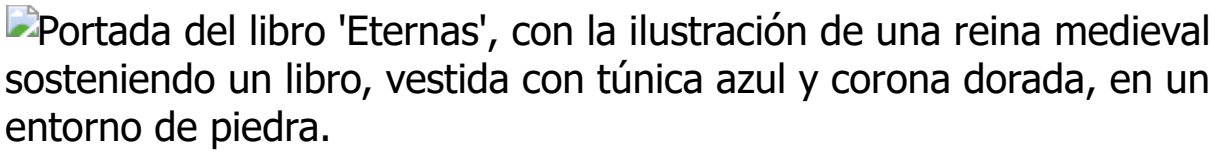
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.instagram.com/lunwerg

www.x.com/Lunwerglibros
www.facebook.com/lunwerg

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2025

ISBN: 979-13-87761-28-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es


Portada del libro 'Eternas', con la ilustración de una reina medieval sosteniendo un libro, vestida con túnica azul y corona dorada, en un entorno de piedra.